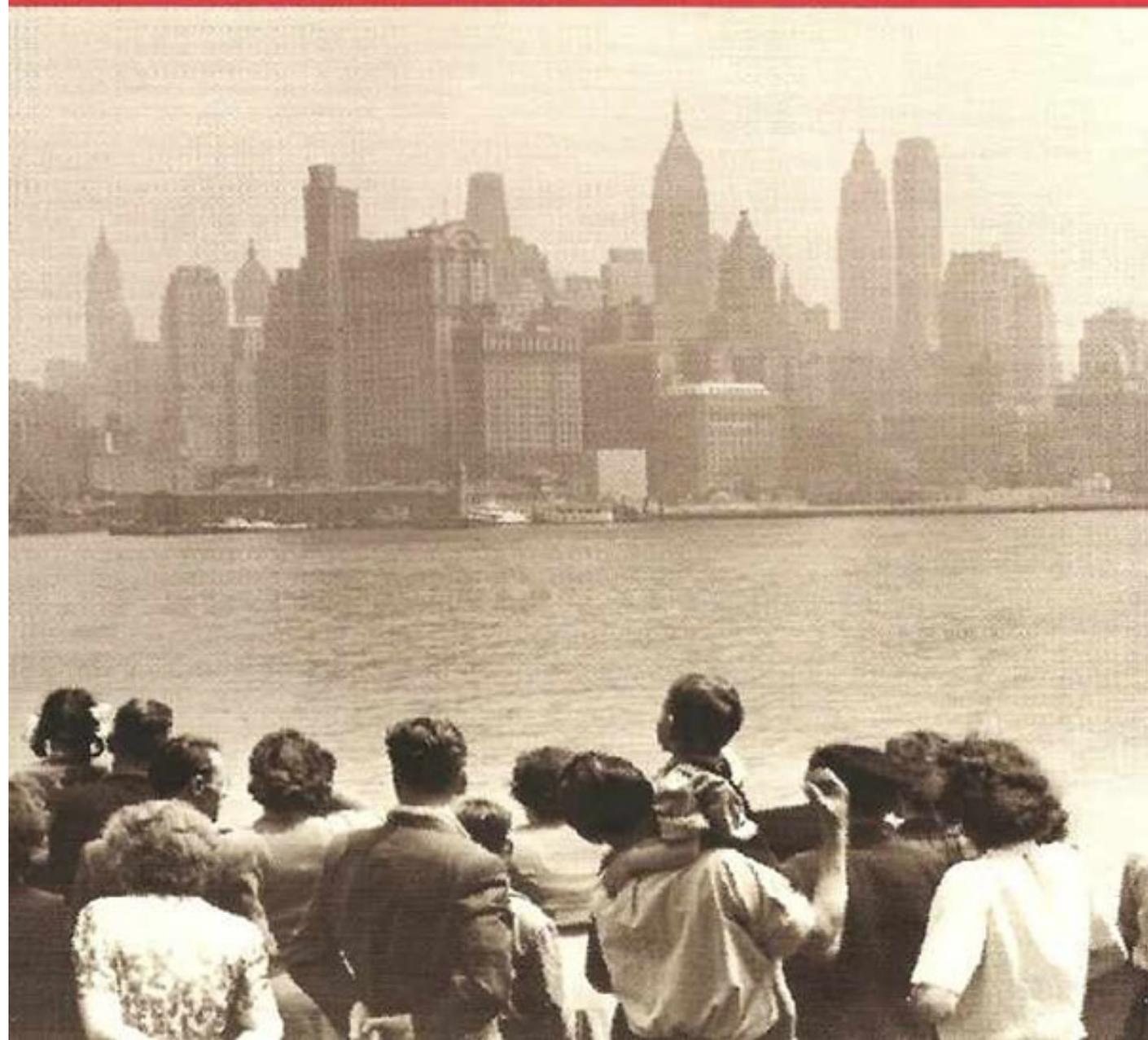
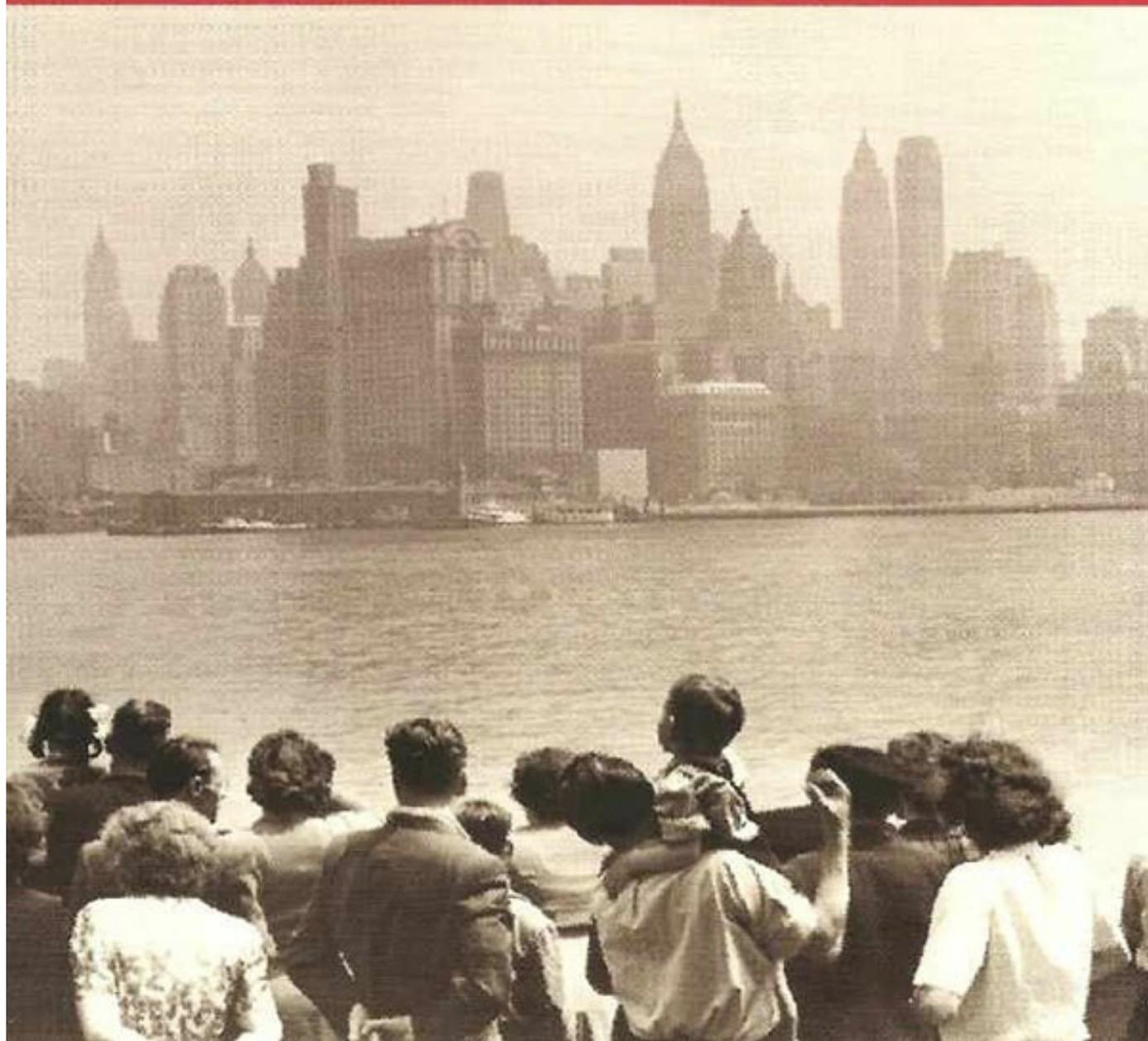


**Marcella Olschki**  
**OH, AMÉRICA**  
**PERIFÉRICA**



**Marcella Olschki**  
**OH, AMÉRICA**  
**PERIFÉRICA**



**CORRE EL AÑO 1946. UNA JOVEN ITALIANA. CULTA Y POLÍGLOTA. LLEGA A ESTADOS UNIDOS PARA REENCONTRARSE CON SU MARIDO. UN OFICIAL NORTEAMERICANO CON EL QUE SE CASÓ EN ITALIA AL FINAL DE LA GUERRA. VIAJA LLENA DE ILUSIONES EN UN SINGULARÍSIMO BARCO REPLETO DE ESPOSAS DE OTROS SOLDADOS YANQUIS. LA ANORMALIDAD DE ESE VIAJE ANTICIPARÁ YA LOS SORPRENDENTES Y A VECES INFORTUNADOS GIROS QUE VA A DAR SU VIDA EN CUANTO LLEGUE A TIERRA. OH AMÉRICA DIBUJA DE UN MODO TAN DIVERTIDO COMO LUCIDO UNA POCA FASCINANTE Y UNA NACIÓN TAN GRANDE COMO CONTRADICTORIA Y LO HACE A TRAVÉS DE UNA VOZ. A RATOS INDECISA. A RATOS SEGURA DE SÍ MISMA. QUE REPRESENTA A TODA ESA GENERACIÓN DE MUJERES QUE SE ALZÓ SOBRE LAS RUINAS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL. LA MIRADA EUROPEA DE LA PROTAGONISTA NOS LLEVA DE LOS ALTOS RASCACIELOS DE NUEVA YORK A LA SOLEADA CALIFORNIA. DE RENO A HAWAII Y COLOCA A UN SINFIN DE PERSONAJES BAJO SU IMPLACABLE Y A LA VEZ COMPENSIVA LUPA. LOCUTORES DE RADIO Y ACTORES. COWBOYS Y MILLONARIOS. INTELLECTUALES Y EXPATRIADOS. MARCELLA OLSCHKI ESCRIBIÓ TAN SÓLO DOS NOVELAS. UNA COMBINACIÓN PERFECTA DE HUMOR Y MELANCOLÍA. DE JUVENTUD Y AVENTURA. PERO BASTARON PARA CONVERTIRLA EN UNO DE LOS NOMBRES MÁS ESTIMABLES DE LA LITERATURA ITALIANA DEL SIGLO XX. ACCIÓN Y REFLEXIÓN. PODRÍA SER SU LEMA.**

Marcella Olschki

**OH, AMÉRICA**

TRADUCCIÓN DE  
FRANCISCO DE JULIO CARROBLES

EDITORIAL PERIFÉRICA  
LARGO RECORRIDO, 53

PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2013  
TÍTULO ORIGINAL: *Oh, America*, 1996

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición  
del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

© Sellerio Editore, Palermo, 1996  
© de la traducción, Francisco de Julio Carrobles, 2013  
© de esta edición, Editorial Periférica, 2013  
Apartado de Correos 293. Cáceres 10.001

info@editorialperiferica.com  
www.editorialperiferica.com

BIC: FA  
ISBN: 978-84-92865-82-6  
DEPÓSITO LEGAL: CC-245-2013  
IMPRESO EN ESPAÑA — PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o  
parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre  
y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

A veces ocurren cosas extrañas. Poco antes de Navidad, después de haber visto en el telediario el homenaje a Ciriaco De Mita [1] en Nueva York, me vinieron a la mente los pocos contactos que en 1946 mantuve con los italoamericanos en aquella ciudad. Ahora, después de tantos años, volvía a ver a un grupo que brindaba entre aplausos por los éxitos de Italia en todos los campos, y especialmente en el del antiterrorismo, ya —se decía con poca prudencia— del todo extirpado. En medio del entusiasmo general, De Mita triunfaba rodeado por un buen número de caras limpias. ¡Cómo han cambiado los italoamericanos! En los gestos y en el vestir, en el aspecto y en el comportamiento no tenían lo que se dice nada que ver con los que yo recordaba de aquellos tiempos lejanos. Aun así no conseguía descartar vagas sospechas, dudas tal vez del todo injustificadas: ¿cuántas de aquellas caras estarán limpias también al otro lado de la pantalla del televisor?

Me entraron ganas de escribir sobre ellos, sobre cómo me había visto en 1946, fresco aún el impacto que los Estados Unidos me produjeron después de padecer cuatro años de guerra. Luego releí lo escrito y me pareció que no podía interesarle a nadie lo que entonces había visto y pensado. Así que hice una gran bola de papel y la arrojé a la papelera. Unos días más tarde, aprovechando el largo puente navideño, me puse a ordenar una habitación donde desde hacía decenios había ido acumulando papeles, documentos, correspondencia y fotografías sin haber tenido nunca el valor de afrontar aquellas pilas de cosas inútiles y arramblar de una vez con todo.

A media tarea aparece un archivador lleno de cartas. Tengo ante mis ojos lo que se dice un auténtico dossier: un año y medio de vida en América; mi vida, desde abril de 1946 a septiembre de 1947, contada a mis familiares casi minuto a minuto. Así que ahora ya no se trataba de recuerdos algo desvaídos por el tiempo, sino de imágenes inmediatas, relatos, comentarios, encuentros, personajes grandes y pequeños, desesperaciones, nostalgias, ilusiones y desilusiones, y esperanzas. En una palabra: una vida entera, intensísima, comprendida en el lapso de tan sólo un año y medio. Todo regresa tan vivo y tan vivido como si de súbito se hubiese caído la pantalla de los decenios que separa el presente del pasado.

Increíblemente, al releer con avidez y pasión aquellas viejas cartas mías, vuelvo a verme tal y como era en aquellos tiempos lejanos. Todo lo que viví y pensé habría podido vivirlo y pensarlo hoy; habría tenido las mismas reacciones, habría sacado las mismas conclusiones. Con una enorme diferencia: hoy no habría podido sobrevivir a las auténticas tragedias que sin previo aviso se cernieron sobre mí, a las humillaciones, a las dificultades y a las desilusiones: me falta ya ese ingrediente maravilloso, ese grande y divino don que es la juventud.

En las descripciones de aquella increíble sucesión de acontecimientos que fue mi estancia en los Estados Unidos, me veo otra vez a mí misma como una muchacha muy joven, lejos de los suyos y del mundo, obligada por el destino a afrontar una aventura mucho más grande que ella cuando creía, por el contrario, ir al encuentro de la seguridad. Vuelvo a ver, como si mirase a través de un catalejo invertido, aquella figurita angustiada y perdida que, como por milagro, consigue salir rápido de un peligroso *impasse* y con coraje planta cara, decide y lucha. Es el poderoso impulso de la juventud, que alienta irrefrenable, triunfante elemento de vida: y la juventud vence; de la apagada crisálida nace una criatura nueva e incólume. El sufrimiento, que había impedido ver, juzgar, apreciar y gozar, que había nublado incluso el sol, cesa un día de repente y empiezan a perfilarse los contornos de las cosas, se colorean los personajes; el deseo de vivir, incontenible, se abre camino y por fin se sonríe y se tienen ganas de reír.

Ahora no sólo recuerdo, sino que, al releer mis cartas, vuelvo a ver y a revivir la gran Nueva York que en un primer momento se me había aparecido como un enorme e impenetrable cementerio, con aquellas ventanas de los rascacielos iluminadas de noche como nichos, un cementerio donde la gente enloquecía aplastando vertiginosamente la propia vida contra el cemento armado. De repente, la ciudad se ilumina de locas girándulas hechas de sucesos inesperados y personajes interesantes, y hasta mi propio callejear para salir adelante vendiendo cosas florentinas a comerciantes desconfiados empieza a mostrar su lado cómico y me divierte. Quién sabe por qué —pensaba entonces— la tienen tomada con los italianos, y quién sabe por qué yo despertaba curiosidad: voy modestamente vestida, pero me muestro educada y trato de ser amable, nada más. Todo el mundo me pregunta de dónde vengo y nunca lo entienden. Invento el juego de las nacionalidades: les pido que adivinen y cuento las que me atribuyen. El récord es veinticuatro: las más inverosímiles. Cuando por fin digo que soy italiana todos responden: «¿Italiana? ¡Qué va! Es imposible. Nos toma el pelo».

Luego comprendí por qué. Por aquel entonces carecía de medios para ir a comer a los restaurantes italianos, todos carísimos y, por tanto, fuera de mi alcance, pero alguna que otra vez alguien me invitaba y aquello estaba siempre a rebosar de familias oriundas, gordas familias con gordos abuelos, gordos padres, niños gordísimos, todos morenos, todos grasientos y todos chillones y gesticulantes. A los niños se les permitía todo: subirse a la mesa, hacer pipí en el suelo, pegarse, tener berrinches furibundos... Comprendí, entonces, el «efecto» Italia. De aquella otra Italia, de aquella Italia nuestra mucho más civilizada, más silenciosa y tan valiente, la que quería reconstruir un país aún ensangrentado por las heridas de guerra, ninguno sabía nada. Delgada como un palillo después de años de hambre, contaba a los americanos cuánto habíamos sufrido en aquel terrible período. Me respondían: «¡Ah!, nosotros también, ¿sabes? Una vez, durante una semana entera, lo único que encontramos para comer fueron pollos». Así que dejé de hablar; al fin y al cabo, no podían comprender.

Pocos meses después de mi llegada a Nueva York encontré a uno de los personajes más inteligentes, divertidos y graciosos que haya conocido nunca. Era un exabogado florentino emigrado a los Estados Unidos en 1939 a raíz de las leyes raciales: se llamaba Renzo Nissim, pero muchos lo recordarán como Renzo Renzi, en primer lugar por las transmisiones de *La voz de América*, durante y después de la guerra, y luego, por aquel genial modo suyo de hacer de disc jockey en la radio italiana cuando, ya famosísimo en Nueva York, la nostalgia de Italia le atenazó la garganta y regresó definitivamente al suelo patrio. Era lo que se dice genial, Renzino, y en todos los campos.

En la época en que lo conocí era redactor de programas para Italia en la NBC, tocaba jazz hasta las cuatro de la mañana en un *night club* de lujo, escribía comedias históricas chorreantes de sangre para el público italiano de Brooklyn: tenía que hacerlas horrendas para que fueran comprensibles, pero así y todo contenían tal surtidor de ideas y de enredos que se hubieran podido extraer de ellas decenas de argumentos para otras comedias válidas. Él no habría tenido tiempo para hacerlo: vivía vertiginosamente. Para los pocos florentinos que había en Nueva York en aquella época, pasar una velada con él era como estar de vuelta en casa. Su mente era un torbellino de hallazgos del mejor espíritu local: cuando estaba en vena no parábamos de reír, pero él continuaba impertérrito, improvisando al piano ciertas cantinelas suyas inventadas sobre la marcha, como cantos dantescos en perfectos endecasílabos, pero con un contenido humorístico irresistible.

Pequeñito, delgadísimo y feote, y muy nervioso, Renzino tenía a sus pies a las más bellas mujeres de Nueva York y aledaños. Fascinante por su inteligencia y simpatía, vivía una vida intensísima de trabajo, de breves y locos amores y de continua necesidad de dinero. Por fortuna, nuestra relación fue siempre y sólo una excelente amistad: creo que únicamente las americanas eran capaces de soportar su caleidoscópica personalidad, y tal vez porque la mitad de las cosas que decía o hacía no las comprendían en absoluto.

Una vez que andaba muy ocupado detrás de algún bellezón que le robaba un tiempo precioso, me pidió el favor de escribirle un fragmento de comedia que debía entregar en tres días.

«Escribe», me dijo, «la más espantosa birria que seas capaz de imaginar. Acábame ese condenado segundo acto, y ajústate a las cosas que ya he escrito. Usa con frecuencia los términos *fementido* y *traidor*; y por favor, escribe algo absolutamente inundo.»

Acepté y me puse manos a la obra. Paralizada ante la calidad de lo que me había dejado para leer, me pasé tres horas y media escribiendo una porquería que me parecía igual a la suya y quedé satisfecha. Me telefoneó a la mañana siguiente. Estaba furioso.

«¿Pero estás loca?», gritó. «¡Has escrito una especie de Divina Comedia! ¡Me toca tirarlo todo a la basura! ¿Pero es que no has comprendido ante qué clase de público va a ser representada *La reina Juana o la corona ensangrentada*? ¿No te bastaba el título?»

No, aquel ambiente no lo conocía. Me invitó a ver la *première* de la comedia. Necesitaba dinero y haría de apuntador para ganarse algunos dólares más. Lo primero que me dijo es que ninguno de los actores se sabía el papel. No podía imaginarme lo que seguiría a continuación. El pequeño teatro de Brooklyn no era más que una

enorme habitación llena de incomodísimas sillas de madera. El público era increíble: había pocos jóvenes (la segunda y la tercera generación estaban ya casi americanizadas del todo), muchas matronas enojadas, envueltas en suntuosas pellizas de visón que en aquella época muy pocas, incluso en América, podían permitirse; en la cabeza, pañuelos pueblerinos, *non foulard di Hermès*, verdaderos pañuelos que, no obstante, habían perdido su dignidad campesina. Los hombres eran clavados a los de las películas de Al Capone y a los del futuro *Padrino*: el aire despectivo, los grandes puros, los trajes azules de raya ancha y el sombrero en la cabeza. Hablaban todos un dialecto cerrado e incomprensible. Cuando se alzó el telón y se vieron dos sillas cubiertas de damasco rojo para crear atmósfera y definir vagamente la época de nuestro drama, pensé que quizá llegaría a armarse alguna bronca. Pero ni mucho menos, no se armó nada, y en el ínterin se había hecho un gran silencio mientras la reina hacía su entrada con un vestiduco negro y un paño de terciopelo rojo que le colgaba haciendo cola y, al arrastrarlo, levantó nubecillas de polvo.

Empezó la tragedia y no tardé en advertir que nadie se sabía el texto. Los actores se volvían una y otra vez hacia la concha del apuntador, y luego, con grandes gestos, repetían como papagayos. Era toda una historia de traiciones del duque de Lagoscuro y del conde de Lagoclaro en perjuicio de la pobre reina Juana, que no obstante traicionaba al duque traicionado a su vez por el conde, y entre todas estas intrincadas maquinaciones, aparecía y desaparecía, sin mostrarse nunca, un extraño personaje llamado Nissim, al que todos debían dirigirse para obtener consejos y ayudas. Nadie sabía quién era, pero cuando el duque de Lagoscuro, luego de haber declarado que tenía que tratar de cierto asunto con Nissim, al no haber entendido las palabras que seguían, se puso a bisbisear en el oído de la reina, desde el público se alzó un hombre gritando: «¡No le creas... que ése te traiciona! ¡Te traiciona...!».

Otros más se pusieron de pie con gesto amenazador, y después de haber reído tanto con todo aquel invisible ir y venir del misterioso Nissim, temí de verdad que el pobre actor acabase linchado.

Así constaté lo que me contó un muchacho cariñoso y amable, y muy atractivo, que había conocido en una pequeña emisora de radio de lengua italiana donde trabajaba como locutor. Una vez que hubo leído las previsiones del tiempo, nos pusimos a charlar y me contó que cuando en las emisoras italianas de Nueva York se retransmitían seriales, entre un capítulo y otro llegaban montones de cartas dirigidas a los personajes (no a los actores) dándoles consejos, revelándoles intrigas, elogiándolos o amenazándolos con vengarse. Entonces no había creído lo que me había contado aquel muchacho, que se llamaba Mike Bongiorno y era justo nuestro Bongiorno nacional, pero aquella noche pude comprobarlo con mis propios ojos.

El drama llegó a su fin, entre el regocijo general, con el acuchillamiento de varios fementidos traidores en aras de la justicia triunfante. Y la última frase, pronunciada por la reina con los brazos en alto, los ojos y los oídos dirigidos al apuntador, sonó de esta guisa: «¡Y ahora... queridos amigos... voy a casa de Nissim!».

Fue un gran éxito, y esto también era algo que me resultaba imposible de creer, pero me aclaró muchas cosas sobre la actitud de otras etnias hacia la comunidad italoamericana de aquella época.

Y, sin embargo, había encontrado entre ellos personas modestas y amables. Me vendían fruta y queso, y no me habrían negado ayuda en caso de habérsela pedido. Pero a éstos la gente ni siquiera los tenía en cuenta. Eran aquellos otros los que veía: los gordos ricachones que ostentaban brillantes en los dedos y preciosas pellizas sobre los hombros de sus mujeres: por eso me era imposible estar en desacuerdo con los que no los amaban. Y sólo entre los intelectuales, que son siempre una minoría, se sabía quiénes eran Segrè, Rasetti y Fermi, que ya desde hacía años trabajaban con Einstein, o quiénes Salvemini, Tucci y Prezzolini. Pero justo ahora, con la guerra recién acabada, daba comienzo la gran revalorización de Italia. Para acercar a la opinión pública a nosotros fue necesaria la bomba de la moda italiana, que explotó, inesperada y clamorosa, en 1951.

## ESPOSAS DE GUERRA

En Nueva York y en 1946, ¿pero cómo y por qué había ido a caer allí? Había dejado Italia y mi familia cuando la sombra tenebrosa de la guerra apenas había empezado a disiparse, pero todavía quedaban las ruinas, los ferrocarriles devastados y las esperas de quien seguía confiando en el regreso de un hijo o de un marido. Todo estaba por reconstruir y habría deseado de todo corazón formar parte del nacimiento de aquel mundo nuevo que habíamos soñado, que había costado tantos sacrificios y un mar de sangre.

Pero no podía: era una esposa de guerra. Me había enamorado de un joven comandante americano, un hombre inteligente y simpático con el cual me entendía a la perfección porque entre nosotros ni siquiera se daba una fractura cultural. Era médico, había estudiado en la Universidad de Harvard, y allí, la cultura europea no es sólo un mito. Amaba la música, pintaba bien, conocía la historia del arte, era perspicaz, divertido y muy bien educado. Nos casamos en octubre de 1945 y sólo estuvimos tres días juntos. Su nombre figuraba entre los primeros en la lista de los que debían ser repatriados: había pasado dos años en un hospital de campaña del frente italiano y por eso tenía derecho a regresar cuanto antes a su casa. Esperé seis meses para reunirme con él en Nueva York, pero pasaron casi volando, porque yo trabajaba en Radio Florencia y me preparaba para los últimos exámenes y para la defensa de mi tesis doctoral. Me sostenían sus cariñosas cartas, en las que me hablaba a menudo del psicoanálisis al que se había sometido nada más llegar a su país: se había especializado ya en psiquiatría y veía en el psicoanálisis un gran futuro económico, pero no podía ejercerlo sin haber sido a su vez analizado. Me parecía algo inútil para él, pero si así había de ser, naturalmente yo lo aceptaba.

Para las esposas de guerra el único medio de reunirse con su marido era embarcarse en un buque de la Cruz Roja americana. Pasados seis meses me llegó el telegrama con la convocatoria en Nápoles, donde tendríamos que pasar una decena de días para las vacunaciones de rigor. Me doctoré tres días antes de la partida y en aquel estado de ánimo la defensa de mi tesis fue toda una anomalía. Paso por alto lo referente a la estancia en la fascinante ciudad partenopea. De aquella estancia preparatoria recuerdo sobre todo la masa de gente que nos seguía cuando salíamos del local de la reventa, el enorme trajinar de las esposas para vender bien las cosas en el mercado negro, el desorden de nuestro dormitorio en un triste edificio que había sido cuartel y la muchacha que dormía a mi lado.

Ésta tenía sobre la mesilla de noche un portarretratos de doble cara. Cuando iba a acostarse lo volvía por el lado de un muchacho moreno, descamisado y sonriente, frente al cual suspiraba con ternura; por la mañana le daba la vuelta al marco y aparecía un sargento americano en uniforme con el pelo cortado al cepillo y la cara redonda. Yo estaba un poco escandalizada, pero todo esto eran minucias en comparación con lo que vino después.

Nos embarcamos por fin en el *Vulcania*, que conservaba todavía su aspecto de transportador de tropas. Qué cosa tan romántica, un buque todo lleno de esposas. No tanto, quizá, si se piensa que éramos 560.

Cuando nos alejamos de Nápoles —con el corazón oprimido miraba a mi madre, que desde el muelle agitaba un pañuelo blanco— yo aún no había comprendido entre quiénes me encontraba, pero mientras se desvanecía ya aquella silueta doliente, aunque fuerte y valerosa, estalló a mi alrededor una furibunda escena digna de un melodrama. Se trataba de una masa de mujeres vociferantes, muchachas que trataban de inmovilizar a las que querían arrojar al mar: llantos, crisis histéricas, desmayos, invocaciones, lenguaje soez.

Se había desencadenado un infierno. ¡Dios mío!, ¿pero quiénes eran aquellos monstruos? ¿Qué clase de bestias habían elegido estos americanos? Estaba aterrorizada y, de pronto, por primera vez en mi vida, me sentí completa y desesperadamente sola. Me quedé quieta en el puente mientras se difuminaban los contornos de Nápoles y de sus islas, de mi tierra italiana, y tuve miedo. ¿Qué había hecho? ¿Por qué me marchaba y adónde me dirigía? ¿Qué tenía yo que ver con aquella turba de mujerzuelas chabacanas y delirantes?

Seguía en el puente cuando las energúmenas se serenaron un poco y se me acercó una muchacha rubia. Tenía los ojos claros y dulces, me parecía tan extraviada como yo. Me dijo que se llamaba Paola, y luego, como se hace de niños, me preguntó: «¿Quieres que estemos juntas?». Tenía un aire dócil y bueno y nos adaptamos la una a la otra. Al cabo de dos o tres días se nos unieron otras muchachas. Formábamos un grupito de ocho, y sólo estando siempre juntas nos parecía poder defendernos de los monstruos. Por la noche yo dormía con otras diez muchachas en un camarote de cuatro, y no me conté entre las más desafortunadas. Releo en la primera carta que escribí a casa desde el barco: «Las muchachas que están junto a mí son bastante decentes, pero en cuanto el mar se agita un poco vomitan por todas partes. Hay una muchacha pelirroja que siempre se siente mal, incluso cuando el mar está en calma, y es la copia exacta de la protagonista de *Roma, ciudad abierta*. No tiene pelos en la lengua, pero en las piernas le crecen abundantemente. Luego está una pobre inocente de diecisiete años, encinta, que llora cuando se marea, y otras de menor relieve». Por supuesto, no podía referir a mis familiares qué tipo de conversaciones mantenían mis compañeras: no sólo los habrían hecho palidecer a ellos, sino a todo un dormitorio de soldados. Continuaba escribiendo en la misma carta: «Trabajo todo lo que puedo con las muchachas de la Cruz Roja para ayudarlas con esta masa de palurdas que arman toda clase de líos. La mala educación, la falta de civismo, que se considera típica de los italianos, aquí alcanza cotas nunca vistas. El putáismo (perdona, papá) alcanza y quizá supera dichas cotas. Es para avergonzarse de verdad...». Y era cierto. Cuando en nuestro pequeño grupo faltaba una de nosotras e íbamos todas juntas a buscarla, en los largos pasillos del buque se abrían y cerraban continuamente las puertas: entraban y salían marineros, camareros y muchachas, y todos ponían la misma cara ingenua; había quien silbaba, quien se ajustaba la corbata y quien seguía desenvuelto con paso danzarín. Las esposas se sacudían los hombros con ademán de indiferencia y luego, como si estuviesen sumidas en profundos pensamientos, se pasaban las manos por los cabellos. El burdel navegante funcionaba a todas horas, día y noche.

Las muchachas americanas se desvivían de verdad para ayudar, curar y solazar a sus futuras compatriotas. Las acompañaban en sus visitas a las esposas con hijos que se alojaban en los camarotes que una vez habían sido de tercera clase. Cuando había mar gruesa, me daban pena todos ellos, las madres, los niños y las enfermeras de la Cruz Roja. Y en una ocasión me di pena a mí misma, no pude soportar las dantescas escenas que vi y apenas tuve tiempo de correr a cubierta, para pagar yo también mi tributo a aquellas oleadas gigantes que sólo los océanos consiguen generar.

Nuestras vigilantes eran buenas en la ayuda y en la asistencia, pero en cuanto al esparcimiento —¡ay de mí!— eran un desastre. Lo de las dos películas al día estaba bien, pero cuando trataban de organizar algunos juegos, nos proponían unos hasta tal punto cretinos que nadie quiso nunca participar. Peor fue la idea del espectáculo en vivo. Eligieron a nuestro pequeño grupo para cantar, acompañadas al piano, *La serenata del pequeño asno*, un tema popular que todas conocíamos. Además de cantar, nos obligaron a imitar el repiqueteo de las pezuñas con fuertes chasquidos de lengua. Ellas no veían nada raro, pero nosotras, un poco por timidez y un poco porque el conjunto nos parecía de un ridículo disparatado, lanzamos unos sonidos que no se parecían en nada a las pezuñas de los asnos. Y, de hecho, el día de la representación, a nuestra primera nota, ante las más de quinientas esposas presentes, de aquellos dulces labios se elevaron coros nutridos de pedorretas al estilo masculino, potentes y viriles como sólo los entrenados labios partenopeos son capaces de emitir. Nuestro número se fue a pique piadosamente y no era de extrañar. Otra idea que nuestras ingenuas sanitarias de la Cruz Roja tuvieron que abandonar fue la de hacernos cantar, entre película y película, una canción de moda cuyas palabras aparecían sobre una pantalla.

Casi ninguna sabía inglés, así que no se entendía nada, y todavía era peor cuando sobre la pantalla aparecía, con un perentorio signo de exclamación, la palabra *hum*.

Nos explicaron varias veces que quería decir «canta con la boca cerrada», pero nadie lo hizo nunca.

Por la sala resonaban, en cambio, sonoros bramidos, y las pobres muchachas americanas no comprendían que también a nosotras aquel esparcimiento nos parecía de lo más ridículo. Luego vi que en los cines americanos el coro a boca cerrada se hacía siempre, y con gran desenvoltura, mientras que a mí me provocaba risa aquel coro desafinado, ejecutado obedientemente por personas de lo más serias y desconocidas entre sí. Puede que en aquel entonces los italianos estuvieran llenos de complejos, pero es evidente que no los tenían en otros campos.

Comíamos en un salón grandísimo, sobre largos tablonés de madera, en dos turnos de más de doscientas muchachas. El griterío era infernal, excepto en los días de mar agitado, cuando en la mesa, gracias a Dios, éramos muy pocas y por fin había silencio. Cuando había lleno, los pocos camareros, pobres hombres solos e indefensos

entre una turbamulta de mujeres, tenían que pasar por las horcas caudinas de los comentarios, las alusiones y los reclamos; y a menudo, abochornados, se batían velozmente en retirada, como aquella vez que un cocinero perverso mandó a la sala bandejas de puré de patatas en las que había clavado centenares de salchichas de Frankfurt en posición vertical. Las risotadas fueron tales que los camareros, rojos como la grana, dieron de repente media vuelta y el cocinero rehizo su composición tumbando y troceando las salchichas, lo que resultó aún peor.

No obstante, en aquel viaje de pesadilla, hubo también valiosos encuentros y se estrecharon amistades que duraron en el tiempo, al menos para quienes se quedaron. En aquellos once días de navegación entramos en contacto con otros grupos como el nuestro. Era común el ansia del próximo encuentro, como lo era la añoranza por las personas queridas que habíamos dejado, pero el salto en la oscuridad no nos daba miedo: teníamos confianza, éramos jóvenes, sabíamos afrontar diferencias y dificultades. Para la mayoría, en cambio, América representaba sólo el país de Jauja. Nos conocimos mucho más a fondo en aquellas horas que pasamos en las tumbonas del puente de aquel barco, que si hubiésemos estado varios años juntas en nuestro ambiente, que ahora dejábamos atrás.

Sólo para una de las ocho no fue así: Marta, una muchacha romana que no hablaba nunca, que no abrió ni una sola vez la boca con ninguna de nosotras, aunque siempre estaba a nuestro lado.

Era muy guapa y elegante. Tocábamos con envidia la suave tela de sus vestidos, su abrigo de piel de camello, la lana auténtica de sus jerséis. Tumbada a nuestro lado sobre el puente, miraba el mar y el cielo en silencio. Era misteriosa, pero tan llena de dignidad y exenta de orgullo que nunca intentamos que nos hiciera partícipes de sus confidencias.

El día antes de la llegada la excitación se había vuelto incontenible. En nuestro camarote, la muchacha que se parecía a Anna Magnani se pasó despierta toda la noche, hablaba a voces en un diálogo absurdo con su hombre, cosa que siempre había hecho susurrando. La emprendimos a almohadillazos con ella para que nos diese un respiro, pero no sirvió de nada. Nunca había visto a nadie tan locamente enamorada como ella y, aunque nos daba la lata, inspiraba ternura.

Llegamos a primera hora de la tarde. Yo ya había preparado todo y subí al puente para gozar del espectáculo de mi nueva tierra, que ya se divisaba. Allí estaba Marta, sola, en la tumbona, con una manta de viaje sobre las rodillas, muda, con los ojos cerrados. Me senté junto a ella. De pronto vi una lágrima que se abría camino desde su pestaña y luego se deslizó hacia abajo, gruesa como el grano de una uva, hasta ocultarse en el cuello. Sentí una pena terrible por aquella muchacha.

«Marta», le susurré, «¿qué te sucede?» Entonces, entre lágrimas, me lo contó. Unos años antes su novio romano había partido al frente. No había recibido ni siquiera una carta comunicando su muerte. Había desaparecido. Al acabar la guerra ella había conocido a un oficial americano bueno y amable que la quería mucho, y se había casado con él.

Dos meses antes de nuestra partida, el novio había vuelto a Roma. «Y ahora», me dijo llorando, «está aquí, a bordo. Se ha embarcado clandestinamente para seguirme, ¿comprendes?...» Sí, ahora lo comprendía todo: su reserva, su deseo de estar junto a nosotras, aun sin hablar, para sentirse protegida, sobre todo de la idea de aquel hombre que había pasado cinco días en la bodega sin comer ni beber y que ahora sería llevado a la Isla de Ellis y luego reembarcado y devuelto a Italia. Pobre Marta, ahora ella debía encontrar de verdad el coraje de vivir.

Por fin atracamos. El pequeño grupo se disolvió al instante. El desembarco fue desordenado y tumultuoso. Buscábamos entre la multitud las figuras y los rostros de nuestros maridos y los altavoces nos llamaban por nuestros nombres. De vez en cuando una de nosotras se separaba, la veíamos precipitarse, gozábamos de aquel encuentro tan esperado y nos sentíamos felices. Yo no vi a mi marido entre la multitud y fui una de las últimas en desembarcar.

# UNA ITALIANA EN NUEVA YORK

Primeros días atroces en Nueva York, 1946. Estallaba de alegría cuando descendí del *Vulcania*, el buque de las esposas enamoradas, de las locas desenfrenadas, de las aventureras, de las tímidas casi niñas con enormes barrigas dentro de las cuales un minúsculo americanito daba ya patadas a la madre y al mundo entero. No había conseguido divisar a mi marido entre la multitud jubilosa que esperaba en el muelle. Por fin, una vez en tierra, alcancé a verlo.

Corrí hacia él con el corazón inundado de ternura. Me sentía conmovida y dichosa, ahora era con él con quien tendría que construir nuestra existencia, nuestro magnífico futuro. Lo abracé, y las lágrimas me nublaron la vista mientras el corazón me latía como si hubiese enloquecido. Aún no lo había mirado, sólo lo había visto, y luego me había perdido en aquel abrazo con el que silenciosamente le había dicho todo. Después miré su rostro, y algo dentro de mí lanzó un grito de alarma. ¿Qué había sucedido? Parecía diferente: pálido, los rasgos tirantes, los ojos inquietos y cansados. Me pareció terriblemente afligido. Cuando nos sentamos en el coche y empezamos a seguir la riada de innumerables coches iguales al nuestro, aguardé a que su tensión se relajase para que, por fin, pudiésemos hablar. Yo me sentía incapaz de decir nada debido a la emoción del encuentro tan ansiado, pero sobre todo debido a aquella carcoma que había empezado a roerme por dentro.

¿Estaba ocurriendo algo terrible o ya había ocurrido? Todavía no podía saber que entre él y yo había ya, y vencedor, un enemigo al que no podría combatir con ningún arma.

Con el paso de las horas, mientras se sucedían dentro de mí tantas preguntas sin respuesta, mientras me percataba de que mi entusiasmo por todo lo que veía, por la abundancia de todas aquellas cosas que se me ofrecían después de cuatro años de hambre, frío y miedo, mientras seguía sin encontrar en él complicidad alguna, supe con seguridad que algo de enorme importancia, algo esencial, se interponía entre nosotros como un muro insalvable.

Me había llevado sin perder un minuto a aquellos espléndidos *department stores* donde no tenía más que extender la mano para coger alguna cosa que hasta ahora había sido sólo un sueño: el pan fragante, el azúcar, todo aquello que durante tanto tiempo había turbado, por su carácter irreal e inalcanzable, mis sueños de jovencita. Y él me miraba, pero no como lo había hecho seis meses antes, riéndose y disfrutando de mi estupor; me miraba, mientras revoloteaba tocando vestidos y abrigos y gritando de alegría al pensar que podría enviar una parte de aquel bien de Dios a mis lejanos seres queridos; me miraba pálido, inmóvil y distante, con hostilidad. ¿Quién o qué había levantado aquel muro entre nosotros? Identifiqué al enemigo aquella primera noche, cuando me llevó a cenar a un restaurante alemán, lleno de alemanes, con música alemana. Me parecía imposible que quisiera herirme obligándome a escuchar aquella lengua que no hacía mucho tiempo me negaba incluso a hablar porque, en los oídos y en el alma, resonaban todavía las voces que gritaban *Halt! Raus! Feuer!*, seguidas de disparos y de muerte.

Ahora él me hablaba, y me contaba sobre su psicoanálisis. Y hablaba de ello sin parar, y yo me preguntaba por qué tenía que ceñirse sólo a aquel tema, y me presionaban por dentro infinidad de cosas que me hubiera gustado decir y oír decir, pero no podía porque lo único que le interesaba era aquello, y no se daba cuenta de que, dentro de mí, algo límpido y bello estaba empezando a marchitarse penosamente. O quizá lo comprendía, y era su modo de darme a entender que, como esposa y como mujer, ya me había eliminado por completo. He ahí el enemigo, ahora sabía qué era lo que había erigido aquel muro insalvable: el psicoanalista quería hacer de él un hombre nuevo y diferente, y para llevar a cabo su labor, con tijeras implacables, había cortado todos aquellos preciosos vínculos que nacen de los profundos afectos. Sobre un paciente así individualizado, tal vez se pudiera actuar mejor.

Pero yo, nosotros los italianos, ¿qué sabíamos en aquella época del psicoanálisis? Conocíamos la teoría, habíamos leído también algo, pero nadie había experimentado las teorías en sí mismo, ni había visto los efectos positivos o negativos sobre personas conocidas. Quizá con ligereza, se decía por entonces: a nosotros nos viene mucho mejor un cura, un buen amigo. En cambio, en los Estados Unidos, Freud ya hacía, casi a nivel masivo, milagros o desastres.

No puedo juzgar si para mi marido el análisis fue algo bueno o malo, pero sin lugar a dudas fue una tragedia para sus parientes y para mí. Supe enseguida que, como consecuencia de un análisis, la ruptura de un matrimonio era un acontecimiento inevitable. En esta dramática situación traté por todos los medios de contactar con el médico que trataba a mi marido. ¿Cómo tenía que comportarme? ¿Tenía que sufrir y aceptar o debía rebelarme? ¿Qué sería lo mejor para él, antes que para mí? Pero no hubo modo de hablar con aquel que en ese momento tenía en su mano la hebra de nuestro destino. Ni siquiera llegué a oír su voz. Se negó categóricamente, a través de su secretaria, a cualquier encuentro. Aunque ahora sé que ésta es una praxis común también en nuestro país, entonces me pareció de una crueldad inaudita. Me parecía justo que se hiciera todo lo posible por el bien del propio paciente, ¿pero por qué tenía que hacerse arremetiendo contra las personas que lo amaban y a las que él una vez había correspondido?

Permanecimos en Nueva York unos cuantos días, y fueron angustiosos. El ritmo febril que nos rodeaba, las luces enloquecidas de Broadway, el continuo y frenético movimiento de los coches, el correr de la gente como si fuese impulsada hacia algo ineludible, me producía la impresión de que la ciudad era un inmenso y trágico parque de atracciones construido por un gigante loco. Me parecía que aquel ritmo era de un estrés insoportable para mi marido, y lo era también para mí, que anhelaba una casa propia en la que hubiera podido aprender a cocinar, trabajar, leer y pensar, y me hacía la ilusión de que hubiera podido ofrecerle serenidad, comprensión y amor, y que aquélla sería la verdadera medicina para el ser trastornado que tenía junto a mí. Al amanecer del quinto día de mi llegada, escribí a casa, obligándome a no hacer la más mínima mención de lo que me estaba ocurriendo. Les hablaba sólo de mi entusiasmo y de las maravillosas sorpresas que me ofrecía el nuevo mundo, y de sus colores: «Desde la ventana del hotel donde estamos se ven todos los rascacielos, y el Empire State Building justo en medio. No os podéis hacer idea de lo bonito que estaba ayer por la noche: me despertaba a menudo y miraba afuera. Nunca he visto colores como éstos. De noche el cielo es de un rosa violáceo debido a todos los anuncios luminosos, y ahora... ¡qué decir del alba! ¡Resulta increíble que Nueva York, gris de día, pueda cambiar así de noche y con las primeras luces del sol...!»

Fuimos a nuestra casa con algunos días de antelación a la fecha prevista. Estaba a unos setenta kilómetros de Nueva York, dentro de un parque enorme lleno de animales, y se trataba de una pequeña y deliciosa construcción típicamente americana con todas las comodidades, algunas de las cuales eran para mí poco menos que ciencia ficción. La adorné con mis queridas cosas florentinas, las bellas porcelanas, los cuadros, la Virgen miniada, que tendría que haberme protegido y no lo hizo, mis objetos preferidos, tantos preciosos fragmentos de una tradición que en cualquier caso permanecería conmigo. Traté de hacer todo lo que estuvo en mi mano para convertirme en una esposa ideal, pero no tardé en tropezarme con los escollos de la cocina.

No podía hacer siempre espaguetis con mantequilla, mi única especialidad. Compraba otras cosas, luego me quedaba perpleja delante de chuletas y verduras y les preguntaba: ¿y ahora cómo os preparo? Había en Nueva York otra esposa de guerra que se encontraba en idénticos apuros culinarios. Se llamaba Nicoletta Passerini, procedía también de Florencia, y éramos amigas. La telefoneaba llena de ansiedad: «Desgraciada de mí, he comprado espárragos. ¿Cómo los meto en el agua? ¿Cabeza arriba o cabeza abajo?». Ella se reía divertida: no tenía ni idea. De todos modos no tardé en darme cuenta de que si le hubiese preparado a mi marido caviar beluga iraní y lenguas de papagayo en salmis, lo habría encontrado todo igualmente repugnante.

Pasaron unos cuantos días y nuestra situación se fue agravando. El que un día había sido un hombre alegre, apacible y dulce, ahora se había vuelto agresivo. Por la noche, con aquel extraño a mi lado, que se había convertido en mi enemigo, seguía durante horas el movimiento de las ramas de un árbol que arañaban el cristal de nuestra ventana. Incapaz de dormir, si hubiese podido habría gritado de desesperación. En lugar de eso invocaba a mis padres hundiendo la cabeza en la almohada, y a cada noche que pasaba el miedo iba en aumento. Finalmente, una mañana, con dureza inaudita, mi marido me pidió que tomase de inmediato una decisión: o yo en Nueva York o él recluido en un hospital. Herida, me fui de allí a la ciudad. Sus parientes me exhortaban a tener paciencia, se le pasará, decían, nunca ha sido así.

Habían pasado sólo veinticinco días. No era posible que todo se hubiese acabado. Decidí buscar a los colegas de mi marido que había conocido en Italia, psiquiatras y psicoanalistas, y aquí tuvo lugar el primer gran desencuentro entre dos mentalidades muy diferentes. Para mí no podía ser verdad lo que mi marido había dicho y que para él era una justificación: había cambiado de personalidad, y por tanto si yo antes le convenía, lo cierto es que ahora ya no era el caso.

A diferente hombre, diferente mujer. Yo lo creía sólo temporalmente trastornado. Volverá, volverá, me decía. No es posible en absoluto cambiar de personalidad como se cambia de camisa, ni yo soy un par de zapatos que de repente empiezan a apretar. Pero los colegas de mi marido, a cuyo encuentro había ido para que me

aconsejaron y me ayudaran a soportar aquello que yo creía sólo un período pasajero, de forma brutal, con una crueldad para mí desconocida, me quitaron al instante cualquier esperanza. Dos años de guerra, me decía, han cambiado a casi la totalidad de los supervivientes, no hay nada que hacer. Hay treinta mil como el tuyo. Pero entonces, decía yo, ¿cómo es que nuestros desgraciados soldados que se han pasado tres años de guerra en la nieve, en el fango, que calzaban zapatos de cartón en lugar de vuestros elegantes botas impermeables, cómo es que ellos que combatieron en las montañas en condiciones desastrosas, cómo es que aquellos que regresaron como figuras espectrales reducidos a piel y huesos, cómo es que ellos no se han vuelto ni locos ni dementes y sólo buscaban una cosa: sus familias, sus esposas, sus hijos, los amigos, todos sus afectos, y con eso les bastaba? No tenían necesidad del psicoanálisis para volver a convertirse en hombres.

Tal vez a los amigos psicoanalistas les parecieran absurdos mis argumentos y no el suyo, ¿pero cómo podían quitarle toda esperanza a quien esperaba sólo una palabra de consuelo, aunque hubiese sido una mentira? Fue por esto por lo que salí una tarde del estudio del psicoanalista decidida a arrojarme bajo el primer autobús para que me rematara, aplastándome. No pasó ninguno, y el horror de acabar bajo los vagones de un metro negro y hediondo me hizo cambiar de idea. No habían conseguido asesinarme, como sí habían hecho con mi marido, al que yo no consideraba ni culpable ni responsable. Tenía que armarme de valor: estaba segura de que lo conseguiría y de que todo volvería a ser como antes. Y en ese momento sentí un deseo enorme de ver las estrellas, colgadas allí arriba, en aquellas franjas de cielo violeta que asomaban entre los rascacielos.

# GRETA, MARLON Y EL RATONCILLO

La vida en América no era fácil para ninguna de las esposas de guerra que se habían separado del marido, pero no creo que se diesen otros casos como el mío. Había sido repudiada tras sólo veinticinco días de convivencia por un hombre que al casarme era alegre y feliz y que, por haberse sometido al psicoanálisis, se había transformado hasta el punto de convertirse en otra persona.

Con este peso en el corazón, y con ese sentimiento de desolación que experimenta quien se siente tan injustamente golpeada, afrontaba peor que mis compañeras de desventura los tres problemas comunes a todas: encontrar una casa, un trabajo y la posibilidad de distraerse.

Una casa: ¿pero dónde?, ¿cómo? Cómo se busca y cómo se encuentra una casa en Nueva York cuando todos te dicen: lo que cuenta es la dirección; aquí no valen ni nombres ni nacionalidades ni cualidades personales, hay que tener una buena dirección, sólo en este rectángulo de Manhattan, no demasiado cerca de Harlem, el barrio de los negros, ni del Greenwich Village, el barrio de los artistas locos, de los marginados, de los drogadictos. Hoy, en América, todavía existen las buenas y las malas direcciones, pero el Village, como ahora se le llama afectuosamente, se ha vuelto *chic*, es la zona donde los americanos y los extranjeros muy ricos se hacen el *pied-à-terre*. Sigue habiendo artistas locos, marginados, y cada vez más drogadictos, pero le dan un toque de color, y la falsa *bohème* millonaria se mezcla con ellos sin mancharse las manos.

En espera de un trabajo fui huésped de una muchacha muy rica que vivía en una bonita casa de Park Avenue: el no va más de las buenas direcciones. Pagábamos a medias a la mujer de la limpieza y le daba una cantidad por mi manutención. Era rica, sí, pero, como muchos ricos, bastante estricta con el dinero. Hacía coreografías y se esforzaba mucho sin demasiado éxito. No comprendía por qué yo no me lanzaba a buscar un trabajo y no me echaba —y enseguida— un amante. Ni siquiera parecía darse cuenta de que me estaba muriendo de melancolía y de que no tenía ni fuerzas ni ganas de vivir.

A menudo me preguntaba cómo se las arreglaban los americanos para reaccionar de un modo tan positivo ante los grandes golpes que la vida ciega nos inflige. Los veía reaccionar sin titubeo ante la muerte, ante un amor acabado, ante una traición, y me preguntaba si se trataba de coraje o de absoluta falta de sensibilidad. Los veía lanzarse de cabeza a la lucha, matarse de cansancio, correr como locos, hacerlo todo, verlo todo, participar en todo y a toda prisa, para no hundirse, para no perder un minuto, ¿pero un minuto de qué, si me parecía que en ciertas situaciones ya no podrían disfrutar de nada?

Me sentía profundamente ajena a su mentalidad y cada vez más sola. Desde la ventana de la habitación que se me había asignado miraba los rascacielos que se erguían firmes frente a mí. De día eran indiferentes e impasibles, pero por la noche, con todas aquellas luces que veía apagarse una a una, hasta que por la mañana sólo quedaban encendidas unas pocas, asumían un aspecto aterradores: las ventanas me parecían nichos de sonrisas sarcásticas a la espera de tragarse al muerto, y la gran mole de cemento armado me ahogaba como una amenaza inminente. Trataba de aislarme echando las cortinas, pero a través de una puerta de cristal que separaba mi habitación de la de mi anfitriona, la veía tumbada en la cama con un montón de periódicos encima, de los cuales recortaba frenéticamente artículos y fotografías, no sé por qué ni para qué. Y telefoneaba, telefoneaba sin parar hasta las cuatro de la mañana. Nunca dormía y permanecía cerrada e indiferente a todo aquello que oliese a sufrimiento. Tal vez para defenderse, tal vez porque ella, pobre muchacha, también sufría. No tardé en darme cuenta de que me despreciaba, y empezamos a detestarnos mutuamente. Cuando tuve la prueba de que me robaba vestidos y joyas (¿acaso una diversión de ricos?), me marché de allí.

De aquella triste época conservo muy vivos dos recuerdos. A menudo, cuando salía de casa, me encontraba a Greta Garbo, que vivía cerca de nosotras. Era guapísima y tenía un modo muy personal de vestir: iba siempre de un mismo color, toda de *beige*, o toda de gris perla, de pies a cabeza, y era silenciosa e impenetrable, detrás de las enormes gafas oscuras. Me volvía tres veces a mirarla: iba siempre sola, y a su alrededor, como un impalpable ectoplasma, flotaba en invisibles oleadas la fascinación que produce el misterio.

El otro recuerdo agradable fue una velada mundana que ofreció mi anfitriona a un nutrido grupo de intelectuales neoyorquinos. Entre ellos había algunos actores de una compañía de teatro judío. La primera actriz, de una belleza extraordinaria, alta, rubísima, vestida de negro con profundo escote y guantes largos hasta las axilas, negros como el enorme sombrero posado sobre la espléndida cabeza, y que daba sombra a los grandes ojos azules, iba acompañada de un jovencito silencioso de mirada triste, guapo él también como para no quitarle los ojos de encima. Formaba parte de la compañía, era muy joven y todavía desconocido: se llamaba Marlon Brando. Hablamos largo rato y dejamos que los otros charlaran alegres y rieran, mientras nosotros dos nos encontramos sumidos en la tristeza hasta acabar en el silencio, unidos de forma extraña por nuestras tragedias: a saber cuál era, entonces, la suya. De aquel tiempo no quiero recordar más que esto.

Dejé Park Avenue para irme a una habitación fea y miserable, pero era una dirección de lo mejorcito. Socialmente estaba a salvo.

La propietaria y casera de aquellas sórdidas habitaciones poco limpias, con baños compartidos y muros desconchados, era una vieja loca irlandesa, con los cabellos tiesos y enmarañados y el rostro arisco: una auténtica arpía a la que ya desde por la mañana temprano se la oía discutir. Despellejaba vivos a sus inquilinos protestando por cualquier cosa, y a horas antelucanas daba tremendos golpes en la puerta cuando vencía el alquiler semanal y luego se metía en el bolsillo puñados de dólares a cambio de aquellas prestigiosas señas: 32 East 74th Street, cosa de señores.

Pero en las largas noches insomnes, interrumpidas sólo por las pesadillas o por las sirenas de las ambulancias, los bomberos o la policía, que con aullidos lacerantes rompían el murmullo atenuado del tráfico nocturno, sucedió que hice amistad con un diminuto ratoncito. Lo oía morder cuando apagaba la luz, y empecé a llevarme a la habitación trocitos de pan y de queso que colocaba para él en medio de la estancia. Estaba oscuro y al rato oía el leve tintinear del platito sobre el suelo. Después de algún tiempo probé a dejar la luz encendida cubriendo cautelosamente la bombilla con una pantalla. Al principio se mostró desconfiado, pero poco a poco quité la pantalla y no tuvo miedo. Ahora podía verlo: era diminuto, tenía unos ojos de lo más vivaces y se movía como si fuese un minúsculo juguete de cuerda. Con las patitas se llevaba velozmente la comida a la boca, y mientras comía me miraba.

A veces, bien entrada la noche, me volvía a vestir y me iba al bar que había debajo de casa para romper de algún modo el cerco de la angustia y de la soledad. Pero los encuentros eran demasiado fáciles y demasiado frustrantes. Todos, y en demasía, se interesaban muchísimo por aquella muchacha solitaria que a veces aparecía a horas absurdas: empezaban a hablar y poco después me tocaba huir de allí.

Luego, en la habitación, ponía otro platito en el suelo hasta que llegaba el ratoncito: me miraba con aquellos ojitos relucientes como pequeñas piedras preciosas y todo aquel revoltijo que tenía por dentro se disolvía en la ternura. Durante los meses que estuve en aquella habitación, él fue quizá el ser que más cariño me inspiró.

# LA CENA DE UNA NOCHE

El verano de aquel 1946 en Nueva York fue de todo punto insufrible. Puede que fuese siempre así, pero yo no estaba acostumbrada a aquel calor tórrido y a una tasa de humedad que con cuarenta grados llegaba a menudo al 99%.

Se asfixiaba una. De día el asfalto de las calles se reblandecía y todo el mundo dejaba la huella de sus zapatos. De noche, puede que el aire fuera menos bochornoso, pero los rascacielos, con tantas horas de sol, habían absorbido el calor y el cemento armado nos lo volvía a escupir encima, y se pegaba a la ropa húmeda antes de hacerlo remontar hacia el cielo lechoso. También septiembre fue terrible, pero en aquel mes sucedieron cosas maravillosas: empezaron a llegar de Italia viejos amigos, para mí entonces viejos de verdad, pero muy queridos. Nada más llegar, se puso en contacto conmigo Mario Vannini Parenti, que había venido a Nueva York en misión oficial, para reanudar, sobre todo en el campo de la artesanía, las relaciones comerciales entre Italia y América después de la larga interrupción de la guerra. Fue el primero que con su buen carácter, su alegría y su humanidad, consiguió por fin liberarme de la apatía en la que me había hundido después del naufragio de mi matrimonio. Como no hablaba bien inglés (¡qué gracia me hacía aquel inequívoco acento toscano en las pocas palabras que sabía decir!), me llevaba consigo a todas partes para hacerle de intérprete, y así me presentó a varias personas que me fueron muy útiles cuando empecé a considerar la posibilidad de un trabajo.

Y luego, gracias a él, que me invitaba a los mejores restaurantes, empecé otra vez a comer. Le debo a él y a Frigio de Bellegarde, padre de una gran amiga mía, haber despertado en mí aquel mágico estímulo que tantas veces, a lo largo de mi vida, revolucionó de improviso una situación negativa en la que me debatía con esfuerzo. Mi organismo sano, mi optimismo y mi alegría de vivir, todo de golpe, sin ninguna señal premonitoria, se apoderaron otra vez de mí y barrieron todo aquello que durante meses me había impedido respirar, reír, sentirme viva. ¡Pero caray, ahora tenía que ver clara mi situación, tenía que encontrar en serio las fuerzas para afrontarla con coraje, no podía dejarme destruir, y además, después de todo, estaba en Nueva York! La ciudad debía ofrecerme también aspectos diferentes a aquel cuartucho enclavado en una óptima dirección. Afuera, la vida, aunque neuróticamente, bullía sin cesar. Tenía que involucrarme, sacudirme de encima aquel deseo absurdo de autodestrucción.

A mi alrededor vivían ocho millones de personas, ¿es posible que tan sólo desease como única compañía la de aquel cariñoso ratoncito que hacía tintinear el plato durante las obsesivas noches de insomnio, en el cuartucho alquilado a la loca irlandesa? Frigio de Bellegarde, que era entonces funcionario en el Consulado de Italia, continuó la obra de mi metamorfosis, que había empezado a gestarse después de la llegada de Mario Vannini Parenti. Bellegarde vivía también en la delictiva organización explotadora de la irlandesa, era bueno y generoso, tenía un gran sentido del humor, y también él me trató como a una hija y me empujó a salir, a encontrar gente, a tener ganas de divertirme. Y fue el primero en conseguir que por fin me riera con grandes carcajadas liberadoras.

En aquel momento lo perseguía una señora italoamericana que había conocido en la travesía de Italia a Nueva York. La pobrecilla había literalmente enloquecido ante la idea de relacionarse con un conde, no lo dejaba en paz y lo perseguía por todas partes. Él estaba desesperado, pero al final tuvo que aceptar por fuerza una invitación de la señora, que vivía en un chalet a las fueras de Nueva York, y me imploró que lo acompañara para compartir conmigo aquel engorro que, a buen seguro —añadió—, tendría también su parte de comicidad.

Partimos juntos en un enorme cochazo que la señora nos envió con su *sciaffè*. Cuando llegamos a nuestro destino, la familia en pleno nos estaba esperando formada en fila: el gordo marido, los hijos Ciccino, Peppino y Carmelino, y otros muchos parientes invitados para la gran ocasión. En la mesa éramos al menos veinte, y treinta al menos los platos servidos. Tras haber resucitado a una nueva vida, tenía un hambre insaciable, un hambre poco común y del todo psicológica: estaba demasiado reciente el recuerdo de la que había sufrido durante la guerra. Hice pues grandes honores al banquete, pero me comporté como una reina, dado que debido a mi nombre la familia en pleno había decidido que yo era una pariente cercana del zar y no me pareció oportuno desilusionarlos confesando que como mucho era «polonesa». El almuerzo se alegró con el centelleo de los brillantes y de las perlas lingüísticas de las señoras y de los señores. Las transcribí en la carta que envié a los míos: «¿Sabe?, señor conde, mi marido ha vuelto ahora de Roma donde ha conocido a muchos importantes *personales*». «¿Sabe?, el señor Pennisi aquí presente *es la mar de riquísimo*: ha ganado diez mil dólares en tres meses.» Y él se defendía: «¡Muy amable de su parte, *madama*, muy amable, *me parangoné* a los millones que usted tiene!». Y luego, de buenas a primeras: «¡Ah!, como me *adolescén* las extremidades inferiores, dicho sea con respeto, querido señor conde». «Pero usted, princesa —a mí— ¿no ha estado nunca en Catania? ¿Sabe cómo dicen en Catania? Quien a Catania quiere andar el culo de *u liotru* [un elefante] debe besar...»[2]

Bellegarde y yo, en ruin connivencia, nos divertíamos de lo lindo hasta que tuvo lugar el episodio de los gatos.

Había un par de ellos que maullaban, evidentemente en celo, debajo de la ventana del comedor. El dueño de la casa se levantó, agarró un fusil de la pared, salió por la puerta y desapareció. Disparó dos veces y volvió a la mesa satisfecho: «Ahora podemos continuar la conversación», dijo, pero yo les oí a todos en lo más profundo, y a partir de ese momento ya no me hicieron ninguna gracia. Mientras la señora a la que había dicho que me dedicaba a la moda me preguntaba: «Ah, ¿hace usted bocetos?», me levanté de sopetón pretextando un fuerte dolor de cabeza, Bellegarde me siguió al instante y nos fuimos de allí. A un conde y a una princesa también les estaba permitida tamaña grosería.

Al partir, Mario Vannini Parenti me había dejado un montón de direcciones de personas que podrían ayudarme a encontrar un trabajo. Aún no me sentía capaz de afrontar un empleo fijo. Preferí aceptar un trabajo de vendedora ambulante. Recorría las calles llevando en una bolsa fotografías y muestras de objetos artesanales florentinos. Era un poco cansado y, a veces, también un poco humillante, pero en el fondo me divertía y empezaba a conocer gente.

Entraba en las floristerías, en las *boutiques* y, cuando me armaba de valor, incluso en los grandes *department stores*, donde hacía largas antesalas pero luego era recibida con amabilidad. Hacía turnos y recorridos por mi cuenta y me sacaba algunos dólares más. Ahorraba todo lo que podía para mandar a casa paquetes llenos de un poco de cada cosa. No conseguía quitarme de la cabeza que mis familiares, mis parientes y mis amigos en Italia seguían teniendo necesidad de todo. Mi pensamiento estaba siempre con ellos. Hacía largas colas en la oficina de correos, siempre cargada de paquetes y paquetitos llenos de calcetines y *pullovers*, de sopas en lata, azúcar, cosméticos y todo cuanto pensaba que podría serles útil o grato.

Ahora estaba empezando a conseguir pasármelo bien. Leo en una carta de una conocida intelectual, terriblemente *snob*, dirigida a mis padres: «Marcella es un almacén ambulante: vende bajo cuerda faldas y camisas de noche, miniaturas, cestitas, bajoplatos, y visita a *buyers* de empresas donde ofrece mayólicas y alabastros en representación de una empresa que le da un porcentaje sobre las ventas efectuadas. Por supuesto, yo no lo apruebo, y ella lo sabe». A mí no me importaba lo más mínimo. Estaba saliendo de la pesadilla y me las arreglaba como podía.

También empecé a escribir algunos artículos para *La Nazione*, que entonces se llamaba *La nazione del popolo*, y también, ante el horror de los *snobs* intelectuales, pequeños relatos para aquel inverosímil periódico neoyorquino, por otra parte, de gran difusión, que era *El progreso italoamericano*. La verdad es que como progreso no era gran cosa, pero pagaban, y cada diez dólares extra significaban nuevos paquetes sorpresa para casa.

Por fin había tomado contacto con la gente y con su vida, y con la vida de la ciudad. Iba a menudo al Museo de Arte Moderno y disfrutaba de aquellos preciosos Rousseau y de los excepcionales Chagall, que hasta entonces sólo conocía por los libros de arte, y allí, en el tranquilo jardín, podía comerme un bocadillo y beber una taza de té.

Empezaron a llegar en tropel los amigos. Ya no estaba sola y la carcoma de la desilusión me roía de un modo menos doloroso. Trataba de contactar por teléfono con mi marido, pero sentía que se alejaba cada vez más. Me quedaba sólo la comprensión y la amistad de sus padres y de su hermana. Un vínculo, éste al menos, que ha durado toda una vida. Ahora empezaba a ver todas las cosas positivas que había a mi alrededor, y lo apasionante que era sentirse renacer y volver a ser yo misma otra vez.

Releyendo mis cartas, descubro el momento exacto en que puse punto final al sufrimiento, miré el presente e imaginé el futuro con confianza y alegría, los dos pilares de mi existencia. Quiero transcribir parte de una carta dirigida a mi madre con fecha 1 de noviembre de 1946. Le contaba un episodio sin importancia, pero vivido

con una conmovedora intensidad, y hoy pienso que las pequeñas cosas como ésta, breves instantes de profunda emoción, son los verdaderos momentos sublimes de nuestra vida, y quien los ha vivido debe por fuerza llevar en sí mismo la riqueza de esos regalos.

Era una noche como otra cualquiera. Me habían invitado a cenar Frederick Hartt (el entonces teniente americano al que le había sido conferida luego la ciudadanía honoraria de Florencia por haber recuperado para nuestra ciudad tantas obras de artes sustraídas por los alemanes) y su reciente esposa. Estaba con nosotros un jovencito amigo suyo. Así le escribía a mi madre: «...con el amigo de Hartt, después de la cena, fui a escuchar a aquel trío maravilloso... ¡aquellos negros divinos! Entre él y yo se había establecido esa comente de emoción que nace a veces entre dos desconocidos y parece algo perfecto precisamente por tratarse de dos desconocidos. Me llevó a casa a las tres. Salí del coche y me acompañó a la puerta: nos dimos las buenas noches y luego él dijo que dejarnos así era terrible, y los dos volvimos atrás y fuimos hasta el East River y nos pusimos a caminar entre la espesísima niebla y las luces veladas de las farolas y yo, mamá, me sentía tan feliz, tan maravillosamente plena de una sensación hermosa, que me pareció estar soñando. Qué dichosa me sentí, mamá, ni siquiera puedes imaginártelo, y desde aquella noche me ha quedado como un vestigio de sueño adherido al corazón y al cerebro, aunque al día siguiente él regresó a Washington y puede que ya no volvamos a vernos nunca más. ¡Pero qué perfecto fue todo, qué completo! Un sueño de verdad, de esos que te dejan durante días un poco incierta, un poco fuera de ti, y ya no entiendes muy bien si sigues siendo la misma o si un sueño ha logrado cambiar en ti algo muy importante. Y, sin embargo, fue una cosa de nada que, quién sabe por qué, asumió de repente una grandeza misteriosa y extraña, una gran importancia, una necesidad. Todo puede resumirse en esto: dos personas necesitadas de afecto se encuentran, y eso es todo. ¡Pero qué riqueza encierra entonces un apretón de manos, un abrazo en que parece vaciarte de tu vacío y sientes cómo te llena el vacío del otro, que a su vez se llena de ti! Y luego nace otro día y recuperas el control, y te vistes como todos los días y piensas que has sido un poco loca, pero luego vuelves a pensar que fuiste sincera de verdad y que algo muy importante ha permanecido: un recuerdo tan bonito que nadie podrá estropearlo, ni con mezquinas conjeturas, ni con reproches, ni con consejos. Y un recuerdo es también un tesoro. Estoy segura de que dentro de veinte años me acordaré de aquella noche en que estallaba de felicidad, de una felicidad tan nueva y tan hermosa...».

¿Qué nunca olvidaré...? Sin embargo, he olvidado. Ya no recuerdo a aquella persona, ni su aspecto, ni su nombre. Pero fue una fractura con el pasado, y de ella nació la conciencia de que todavía podría probar la dulzura de los afectos y, tal vez, del amor. Y, para mí, eso lo era todo.

# AQUELLA VEZ QUE HABLÉ EN LA RADIO DE NUEVA YORK

En noviembre de 1946 se cumplieron siete meses de mi estancia en Nueva York. Sólo entonces la ciudad se me reveló en todos sus infinitos matices, que por fin conseguía ver y gozar después de haberle tomado tímidamente el pulso durante mi callejeo de vendedora ambulante. Casi de improviso me percaté de que aquellos rascacielos que había visto como macabros cúmulos de nichos tenían también grandes puertas, y que aquellas puertas eran franqueables y atrayentes.

El programa de Renzo Nissim, *La voz de América*, era muy oído durante la guerra, casi tanto como Radio Londres, y gracias a él se me abrieron fácilmente las puertas de la NBC, la más importante emisora de radio neoyorquina, en la que trabajaban muchos italianos de los que había llegado a conocer la voz pero ignoraba el aspecto. Al cabo de poco tiempo me encargaron escribir algo para el programa de Renzo y me hacían entrevistas sobre temas que podían interesar en Italia.

Cuando leía algo que había escrito para los oyentes italianos al otro lado del océano, o respondía a las preguntas que se me hacían, me sentía loca de contento ante la idea de que mis padres y mi hermano pudiesen escuchar mi voz, y que por su sonido pudiesen estar seguros de mi salud y de mi estado de ánimo.

Durante mucho tiempo me había callado infinidad de cosas que habrían podido trastornarlos, pero luego, aunque dorando un poco la píldora, me había visto obligada a informales sobre todo lo que me había sucedido. Releyendo mis cartas de entonces a menudo me río de mis ocurrencias, pero recuerdo bien que las escribía con el llanto en la garganta y como si tuviese que esforzarme en no ceder a la tentación de vaciar aquella pesada carga sobre sus hombros y pedir ayuda.

Ahora, después de tantos meses, ya no había necesidad de contar piadosos embustes sobre mi vida, mis pensamientos y mi situación económica. Todo se estaba apaciguando con enorme rapidez. Frecuentaba los ambientes más dispares: el de los intelectuales de una cierta edad, casi todos recién inmigrados (escribía a casa: «serán muy conocidos, pero también pueden resultar aburridísimos»), el de las pandillas guasonas que gravitaban en torno a Renzo, el de los fanáticos aficionados al jazz que me llevaban a extraños, oscuros y malolientes locales subterráneos de fama acreditada, donde Maxine Sullivan cantaba divinamente o Billie Holiday se desgarraba en blues como para ponerte la carne de gallina.

Todo se había vuelto ahora fácil y divertido, y poco a poco, sobre la serenidad ya recobrada, afloraba de nuevo en mí aquel ingrediente inagotable que ha sido siempre causa de mis mayores errores pero también de mis mayores alegrías: el entusiasmo. Un poco loca, un poco inconsciente, pero alegre y abierta a toda esperanza, pese a los enormes límites que la educación y la moral de aquellos tiempos, gracias a Dios, me imponían, aquella ciudad, que ahora me parecía interesante y emocionante, me había quitado, literalmente, las cadenas; y cada día descubría las mil cosas que podía ofrecerme, y saboreaba con loca alegría mi libertad de pensamiento y de acción.

En cada esquina me aguardaba una sorpresa: las ofertas de trabajo, algunas personas ancianas que me querían como si fuesen mis padres, el descubrimiento de que era apreciada, de que quizá tenía algo que decir y de que la gente se interesaba por mí. Si me hubiese empujado la ambición o la vanidad, aquél habría sido mi gran momento. No me aproveché de ello porque para mí ya era suficientemente gratificante (y me bastaba) saber y sentir que todos eran mis amigos.

Antes de partir hacia América había trabajado durante más de un año en Radio Florencia.

Allí, todos, en el período que siguió a la llegada de los aliados, trabajamos con pasión. Como director de nuestra emisora de radio fue elegido por los aliados un ser extraordinario: un pequeño sargento del ejército americano, natural de Livorno, que había emigrado a los Estados Unidos poco antes de la guerra. Se llamaba Sergio Funaro, era licenciado en Historia y estudiaba medicina cuando fue llamado a filas. Nos había fascinado con su profunda cultura, casi impensable en alguien de su edad, y nos había electrizado con su simpatía, con la vastedad de su mente. Trabajamos sin límites de horario, con empeño y gran entusiasmo. Todo debía ser renovado, todo debía ser llevado al máximo nivel cultural, y aun así, resultar divertido, comprensible y agradable.

Teníamos bastante libertad de expresión (y Sergio nos la habría dado total), pero también estábamos sometidos siempre a un cierto control. Cada programa debía ser aprobado por la autoridad aliada en Roma, antes de ser retransmitido, y los locutores debían limitarse sólo a leer, no pudiendo permitirse ninguna libertad al margen del texto. Cerca de un año después de la toma de posesión de Funaro, los aliados empezaron a sospechar de aquel muchacho demasiado inteligente y demasiado innovador, descubrieron que en el despacho político donde se redactaba el informativo, de los cuatro redactores tres eran comunistas, y de repente, una mañana, en el puesto de director, nos encontramos a un oficial inglés de las Coldstream Guards de la Reina, con bigotito rubio y carrillos rosados, y al cabo de poco tiempo nos fuimos todos, porque ahora, sin duda, ya no íbamos a poder expresarnos sin sufrir inútiles y desalentadoras trabas.

*La galería del jazz*, que redactaba con Mario Cartoni, y que todavía hoy se recuerda, ¡ay de mí!, entre los ancianos, me había inculcado la pasión por la radio, y ahora, en Nueva York, conseguía colarme de rondón en aquellas emisoras que consideraba, por diferentes razones, las más interesantes. Cuento en una carta a los míos: «La otra noche estaba en casa de Renzo con dolor de muelas y un poco aburrida. Oíamos la radio, y yo estaba a punto de irme a casa, cuando él me dijo: ‘¿Sabes que conozco bien a Art Ford? ¿Lo llamamos?’ (Porque aquí los locutores tienen el teléfono al lado del micrófono y se les puede llamar cuando se quiera.) Conque Ford nos invita. Llegamos a la WNEW y lo encontramos jugando al Monopoly con otros dos: mientras apuesta, notifica, siempre con gran brío, los diferentes titulares. Nos ponemos a charlar y luego yo voy a ver la discoteca (¡50.000 discos!) y allí se me acerca uno y me dice que elija cuatro discos de gran popularidad en Italia porque van a hacerme una entrevista. En pocas palabras, a las dos y media (su programa dura desde la medianoche hasta las seis de la mañana), Art Ford dice: ‘Tengo el placer de presentarles a una *charming young lady* de Florencia, etcétera, etcétera’, y empezamos a charlar por los codos y a decir cosas graciosas y a reír, y me parece habérmelas arreglado lo que se dice bien. Y, mientras tanto, al teléfono...: ‘¿Cómo es? ¿Es bonita? ¿Se la puede conocer? ¿Nos la describes?’... Fuego pusieron un disco de Renzo y a él también lo entrevistaron. No os podéis imaginar lo bien que me lo pasó, y entre paréntesis: este Art Ford es guapo a rabiar, con un par de ojazos azul celeste y una simpatía sin igual...».

Volví allí otras dos veces, y una noche me lo encontré jugando a las cartas con otros tres que me presentó. Entre ellos había un muchacho ruso. Mientras le daba la vuelta al disco, Ford se dirigió al ruso y a mí: «Escuchadme», nos dijo, «ahora tendría que hacer los anuncios de los cigarrillos Camel. Hacedlos vosotros. Decid lo que se os ocurra, tú en ruso y tú en italiano: basta con que en cada frase metáis la palabra Camel». Y se puso de nuevo a jugar, mientras el ruso hacía como si se fuera a morir. Fue él quien empezó. No entendí ni jota de lo que dijo, excepto la obsesiva palabra Camel. Luego me tocó a mí y no sabía a qué santo encomendarme, pero tenía que hablar y rápido, y me salió una alocución más o menos así: «¡Qué aventura esta noche! He llamado a un taxi y en su lugar se ha presentado un enorme animal con joroba: era un camello y tenía una matrícula en el trasero. Camel 86798. El camello me invitó a subir y me encontré a la altura del segundo piso y podía mirar a través de todas las ventanas. Qué extraño, todos fumaban Camel, me enseñaban el paquete con la foto de mi taxi y decían: ¡Ah!, ¿lleva matrícula Camel 86798? ¡Lo conocemos! Pasa siempre por aquí, y a veces lleva un collar de camelias alrededor del cuello, y en invierno coloca bufandas de pelo de camello sobre los hombros de sus clientes. ¡Qué bonito es ver un camello adornado de camelias y a su camellero ofreciendo un Camel al cliente! Me bajé del camello y vine aquí, y delante de mí está Art Ford con una bonita muchacha a su lado que se llama Camila, pero a la que él, con gran ternura, llama Camella».

Telefonaron varias personas para saber si era tan sexy como mi voz y otras amenas ocurrencias por el estilo, y llamó también un profesor de la Columbia University preguntando de qué ciudad era, porque mi italiano no tenía ningún acento especial. A la mañana siguiente me telefoneó mi dentista, que había encendido la radio en el coche mientras se emitía el programa, me había reconocido en el acto y se devanaba los sesos por saber cómo diablos había llegado hasta Art Ford.

¡Oh, América! ¡América! Empezaba a gustarme con locura.

## 1946, NAVIDAD EN NUEVA YORK

Cuando estaba en Nueva York, no habían llegado todavía los tiempos de las curiosidades y de las manías astrológicas. Si alguien me hubiese preguntado, como suele hacerse hoy, «¿de qué signo eres?» lo habría mirado asombrada. Pero si entonces hubiera sabido ese poquito que hoy todo el mundo sabe, quizá no me habrían sorprendido tanto la cantidad de desventuras que me sucedieron, y hasta habría podido alegrarme de que ciertas conjunciones astrales estuvieran sin duda preparándose un venturoso 1947.

Todo aquel fluir de oportunidades, de cambios, de valiosos encuentros y positivos acontecimientos, que caían sobre mí como una refrescante llovizna en aquellos fríos meses de noviembre y diciembre, me parecía casi algo mágico. A saber: que benévolos astros habían tendido una mano caritativa a una pobre Cáncer hambrienta de afectos. Se acercaba la Navidad y los astros, Santa Claus, el Niño Jesús o quienquiera que fuese, me habían preparado un buen montón de sorpresas. Justo en aquella época, cuando estaba ya más que harta y disgustada con mi belicosa y entrometida casera, alguien me propuso un alojamiento; no era una dirección prestigiosa: era una vieja casa de ladrillos, y tendría que compartirla con una señora italiana que no podía permitirse pagar sola el alquiler. Después de la fastidiosa experiencia con la intratable muchacha de Park Avenue, no me atraía la cohabitación, pero sólo la idea de poder librarme de la irlandesa ávida y gritona, me parecía ya un sueño; fuera como fuese esta señora del nuevo apartamento, peor, ciertamente, no habría podido ser.

Hoy que sé que mi astro protector es la luna, creo que debo darle las gracias por haber encontrado a aquella dulce señora florentina, que me pareció la mismísima hada de los cuentos.

Me recibió con un abrazo y con una sonrisa de felicidad, y me enamoré de ella al primer golpe de vista. Tenía cincuenta y nueve años y por eso llegó a parecerme viejísima, pero apenas empezó a hablar, descubrí al punto su corazón maravilloso, observé mejor su carita graciosa y me percaté de que en cuanto a entusiasmo y ganas de vivir podíamos ser coetáneas. Estaba en Nueva York para visitar a una hija que, varios años atrás ya, se había casado en América, luego se había divorciado y ahora vivía con el nuevo marido y los hijos fuera de la ciudad. Pero mi vivaz viejecita, por suerte para mí, no era una de esas veteranas autoritarias y prepotentes que suelen esgrimir vejatoriamente la baza de su experiencia: Nueva York la había cautivado al primer contacto y, sin saber una palabra de inglés, salía completamente sola y se pasaba las horas fuera viendo y observando todo lo que se le ponía al alcance de los ojos: volvía a casa feliz y emocionada y me contaba los grandes descubrimientos que había hecho, con un brío y una jovialidad que todavía hoy, al recordarlo, me conmueve. Querida, amena y graciosa señora Romagnoli. ¡Qué felices eran entonces mis vueltas a casa: después de la bruja irlandesa, la *mamma* italiana! Me mimó de manera vergonzosa; me despertaba con un beso todas las mañanas, y acto seguido me llegaba el ruido del batir de los huevos y el olor del pan tostado y el buen café. Estaba otra vez en un hogar, un hogar verdadero y cálido de afectos, en el que acontecían pequeños milagros: la ropa blanca se lavaba y se planchaba sola, los vestidos que había dejado sobre la cama los volvía a encontrar en el armario como si fueran nuevos, y cuando avisaba de que iba a volver a la hora de la cena, me aguardaban, ya preparados, platos suculentos. Era ella la que, usando su varita mágica, me ofrecía todo aquel bienestar con su maravillosa sonrisa y sus bonitos ojos chispeantes, tan felices por complacerme.

Cuando tenía tiempo me gustaba salir con ella, porque se entusiasmaba con todo, con aquel infantil e incólume candor suyo que dulcificaba tanto su vida como la de quien estuviese a su lado.

Un día la llevé conmigo a Central Park, donde había un pequeño parque zoológico y, entre los bancos, un auténtico bullir de ardillas, que venían a coger las nueces de nuestras manos, unas ardillas tan gordas y bonitas que me habría gustado echármelas al cuello para acariciar su sedoso pelaje. Había también un pequeño lago con escolleras de cemento, y allí mismo una pareja de focas había procreado una deliciosa foquita: jugaban al corre que te pillo y al escondite todo el día, y se gastaban miles de bromas, y parecía imposible que aquellos juegos fueran exactamente los mismos que nuestros padres jugaban con nosotros cuando éramos niños. Disfrutamos de aquel espectáculo como si fuésemos dos chiquillas rebosantes de ternura por el mundo y sus criaturas. Pero habría preferido no llevar a mi compañera a ver el inmenso gorila que, siempre enfurruñado e inquieto, permanecía encerrado en una jaula, colgando de un grueso árbol seco. Me parecía un espectáculo terriblemente cruel, pero mi querida señora Romagnoli siempre quería verlo todo, y tuve que llevarla; y fue así como aquel día, para hacerle los honores, el animal montó un número fenomenal.

Como siempre, estaba sentado, inmóvil, en una gruesa rama. Había más gente, y él nos miraba uno a uno. Me dio la impresión de que se podía cortar con un cuchillo el desprecio que sentía por nosotros. Saltaba a la vista que nos consideraba seres inferiores, y tenía toda la razón, puesto que habían sido los seres humanos, justamente, los que lo habían encerrado allí de por vida. No lejos de nosotras había una mujer estúpida, toda teñida y oxigenada, que encontraba al gorila de lo más cómico: quizá se reconocía en él, y aquello le debía de parecer bastante gracioso, porque no paraba de reír. La mirada del gorila se posó en ella. De repente saltó de la rama con gran estrépito y empezó una aterradora danza de guerra sacudiendo las barras y golpeándose el pecho, que retumbaba como un enorme bombo. Y aquella estúpida venga a reírse. Cuando el animal hubo dado dos o tres vueltas a la jaula, de un salto se subió otra vez a la rama sin dejar de mirar a la pertinaz reidora. Se acuclilló, acurrucándose, y sin dejar de mirarla lanzó de repente un enorme esputo que la acertó en pleno rostro. Ella dejó de reír y todos los presentes disfrutaron de lo lindo.

Se acercaba la Navidad y la ciudad empezaba a transformarse. Copio de una carta dirigida a casa: «No os podéis imaginar lo que son las Navidades aquí. Un verdadero torbellino enloquecedor. Las tiendas llenas hasta los topes, los escaparates más maravillosos que puedan imaginarse: verdaderas obras de arte frente a las cuales la gente se agolpa admirada. En los *department stores* no se puede dar un paso debido al gentío. Cintas, arbolitos, luces, colores, lentejuelas. En Radio City, en el circuito de la pista de patinaje, han colocado un árbol de Navidad de ochenta metros de altura, completamente decorado e iluminado. Unas Navidades de pesadilla, donde el *shopping* es una tortura a la que hay que añadir todos los falsos Papá Noel que pululan por las calles y en cada esquina te piden un *nickel*. Esta fiesta llega como una amenaza: parece que estuviéramos siendo arrollados por las coronas de laurel adornadas de rojo, incendiados por los millones de velas, perseguidos por los vejesterios barbudos que te quieren enterrar bajo montañas de cajas variopintas. ¡Dios, qué *cauchemar*! ¡Y la humanidad, presa del paroxismo, pisándose en las tiendas, empujándose, magullándose y gastándose hasta el último céntimo! ¡Casi añoro una Navidad en guerra, pobre y desnuda, en la que el único regalo era la esperanza!».

Esto lo escribí hace treinta y nueve años. Entonces, por supuesto, no podía imaginar que algunos lustros más tarde llegaríamos a tener también aquí ese mismo tipo de orgía de la que sólo se desea escapar. Pero el día de Navidad en Nueva York fue bastante feliz, aunque la nostalgia de los míos era tal como para hacerme sufrir profundamente.

Pasé la jornada en ambientes del todo distintos. Me habían invitado a almorzar Max Ascoli y su mujer, que formaban parte del grupo de los superintelectuales, pero de los buenos. Él era un hombre inteligentísimo de verdad y de vasta cultura, y había fundado una revista muy conocida, *The Reporter*, en la que colaboraban los mejores escritores de aquella época, incluido nuestro Niccolò Tucci y otros del *staff* del gran *New Yorker*.

Los Ascoli vivían en una gran mansión atestada de cuadros y de muebles bellísimos, y, como escribí con gran entusiasmo a casa, ofrecieron a sus quince comensales una comida sobre una mesa dispuesta «por los dioses» y servida por nada menos que tres camareras de negro con cofia, cosa de otros tiempos incluso para los americanos muy ricos. Además de la brillante conversación de los invitados, me ha quedado el recuerdo indeleble del pavo relleno de ostras: una inaudita exquisitez que no he vuelto a encontrar en ningún menú.

La fiestecita posmeridiana de Renzo Nissim fue algo completamente distinto. Nos apiñábamos en su pequeño y delicioso apartamento y él estaba lo que se dice en vena: tocaba el piano y cantaba con su vocecita ronca, e improvisaba graciosísimas bobadas y motivos que luego se desvanecían sobre el teclado, y que, si se hubieran grabado, habrían podido incrementar más aún su celebridad. La habitación estaba llena de mujeres guapas y elegantísimas (todo su numeroso harén al completo) y los hombres eran jóvenes, brillantes y divertidos.

Mi jornada concluyó en el apartamento de la fabulosa Park Avenue, aquel en el que había vivido con la amiga intratable, a cuya madre, sin embargo, había cobrado afecto.

Aquella pobre madre había amontonado hasta el techo pilas de regalos para su hija, pero también había un transistor para mí. La hija, a su vez, me había preparado

un paquete redondo, envuelto en papel y adornado con lacitos.

Escribí en una carta a los míos: «He recibido de S. el regalo de un coco y he pensado al instante que su intención era, sin duda, darme no un coco, sino una caca, que le devuelvo de todo corazón... Luego han venido a cenar un montón de alemanes y a las cinco de la tarde ha empezado el ataque al pavo y al género humano. Todos los conocidos comunes han sido hechos pedazos, escarnecidos, devorados y cubiertos de mierda, con tamaña velocidad que ni siquiera nuestras famosas ánaes habrían llegado a tanto, a tal punto que yo me sentía bullir por dentro y hacía esfuerzos sobrehumanos para no gritar *¿Pero no os dais cuenta de que es la noche de Navidad? ¡Es Navidad!*».

La señora Romagnoli no estaba en casa, se había ido con la hija y con los nietos. Sobre mi colcha encontré un paquetito: era un pequeño marco doble de plata, donde puse las fotos de mis padres; de pronto, sentí tan dolorosamente su falta que me pregunté por qué diantres me demoraba en pedir el divorcio y regresar a casa de una vez por todas. Mis éxitos, mis numerosos proyectos, mi porvenir en América me parecieron en ese instante cosas sin el más mínimo sentido. Mi vida era mi familia y mi ciudad. Decidí que empezaría el año nuevo yendo a ver a un abogado a fin de que iniciara cuanto antes los trámites para volver a ser libre, y luego buscaría un trabajo fijo para ganar algo más de dinero. Aquella noche en la calle estábamos a dieciocho grados bajo cero, pero el calor en las casas americanas era sofocante. Abrí de par en par las ventanas sobre el radiador ardiente y, en combinación, me puse a escribir una larguísima carta de amor a los míos hasta las primeras horas de la mañana.

Después de aquella Navidad bastante mundana, pero embebida en aguda nostalgia por mi familia distante, decidí buscar un trabajo fijo bien remunerado y un abogado, para acabar, mediante una anulación, con mi situación matrimonial, ya definitivamente comprometida.

Mi marido y yo no nos habíamos vuelto a ver. Yo siempre lo había deseado, pero él nunca había querido saber nada al respecto, y puede que tuviera razón: no nos habría acarreado más que una mutua vergüenza, y en mí, que he sido siempre muy emotiva, tal vez habría reavivado sentimientos que ya estaban apagándose ante el irrefrenable apremio de mi juventud, que exigía su derecho a la vida. Ya no sufría como en los terribles primeros meses, aunque en mi subconsciente aquella imprevisible y profunda herida no había cicatrizado del todo. De mi marido ahora me llegaba tan sólo una pequeña asignación mensual con una cortés, pero fría, nota manuscrita.

Los amigos se desviaron por encontrarme un abogado, pero no tardé en advertir que ninguno estaba al corriente de las leyes italianas en materia de anulación y de que yo, que acababa de doctorarme en jurisprudencia, sabía más que cualquier buen abogado americano. Me di cuenta de que iba a ser una búsqueda nada fácil y un procedimiento más bien largo. Entonces me pareció mucho más urgente encontrar un buen empleo. América ha ofrecido siempre grandes posibilidades a quien tiene ganas de ponerse manos a la obra, yo tenía varias ofertas y sólo dependía de mí elegir qué quería hacer.

Muy poco dotada para los negocios, había terminado harta de malvender cosas a diestro y siniestro y, por tanto, no deseaba de ninguna manera un futuro que tuviese como meta una actividad comercial. Decidí intentarlo en un campo para mí nuevo del todo y en el que me parecía que podría tener posibilidades, no sólo en el nuevo mundo, sino también en Italia: la moda.

Para sentar las bases de un lanzamiento de la moda italiana en el extranjero, había venido a Nueva York Giovan Battista Giorgini. Nos habíamos visto y me había entusiasmado con sus proyectos. Italia estaba de nuevo en pie, milagrosa como siempre después de cada desastre, y si no podía ofrecer casi nada a quien quisiera dedicarse a la ciencia, ahora, en cambio, sus embajadores podrían encontrar importantes salidas para quien había elegido objetivos basados en la creatividad y la fantasía. Para esto había venido a Nueva York Mario Vannini Parenti, y ahora Bista Giorgini, que había tomado contacto con el importantísimo mundo de la moda en América.

Quien creía, como muchos de nosotros antes de la guerra, que los Estados Unidos eran el reino del mal gusto, se equivocaba de medio a medio. Entre las cosas que más me habían fascinado en Nueva York, estaba precisamente el altísimo nivel de refinamiento y de buen gusto de los grandes almacenes, con sus fantásticos escaparates, en los que se exponían vestidos y complementos de gran clase. En América nada se dejaba a la improvisación: todos debían ser, en su campo, técnicos, incluidos los que hacían moda y los escaparatistas que la mostraban: no eran, por supuesto, personas dotadas sólo de buen gusto y de inventiva, sino que tenían tras ellos años de estudios especializados, y así la fantasía, emparejada con la competencia profesional, producía resultados asombrosos. A mí la moda como moda no me interesaba en absoluto, no la veía como un medio para ganar dinero, y detestaba el mundo chismoso y vanidoso en que se movía, pero siempre había sido muy sensible a los colores y a los dibujos: y era esto, sobre todo, lo que me gustaba. Había notado, también, que una simple tela, cuyos dibujos y colores fuesen bonitos y estuviesen armónicamente fusionados, me emocionaba en lo más profundo y, a continuación, producía en mí la imagen de un modelo. No era, por supuesto, ni habilidad ni un particular conocimiento de dicho sector: era algo que salía por sí solo, por puro instinto, sin ningún esfuerzo ni preparación: era tan sólo un reflejo vivo e inmediato. Sabía que no sabía nada desde el punto de vista técnico y, por eso, estaba dispuesta a empezar desde cero, como habían hecho todos los que en América por aquella época ya tenían un nombre famoso.

Durante muchos años había estado abonada a una revista de moda que se llamaba *Mademoiselle* y que era particularmente adecuada para un público juvenil. Sólo la guerra interrumpió aquella cita mensual que desde muy jovencita me había orientado y me había creado una cierta sensibilidad en aquel campo. Y la redacción de aquella revista estaba precisamente en Nueva York. Decidí intentar algo. Siempre me quedaría tiempo para continuar emborrionando papeles para periodistas y pequeñas revistas o seguir colaborando en *La voz de América*.

Una mañana me vestí con mis mejores galas, me armé de valor y, sin recomendación alguna, me dirigí a la redacción de *Mademoiselle*. Al no tener credenciales de ningún tipo, me presenté sólo como fiel abonada y pedí hablar con la directora. Era una mujer guapa y simpática y de gran estilo. Por suerte simpatizamos en el acto. Le dije que buscaba un empleo y que aceptaría cualquier propuesta que estuviese relacionada con la moda, declaré que era licenciada y que hablaba cuatro idiomas, con el fin de evitar que me pusieran a limpiar lavabos en cualquier tienda, e hice también constar que carecía de cualquier experiencia.

Obtener el empleo fue de lo más fácil. La directora alzó el auricular del teléfono, llamó a Bergdorf Goodman, que en aquel tiempo estaba considerada la tienda más elegante y exclusiva de Nueva York, habló con alguien repitiendo cuanto yo le había dicho, añadió algunas consideraciones personales y esperó una respuesta. Durante aquel breve lapso de tiempo el corazón me latía enloquecido y tuve miedo de echarlo todo a perder desmayándome como una estúpida. Me las arreglé para mantener un aparente decoro. El auricular volvió a posarse en su sitio y la señora me dijo que desde aquel momento había un empleo para mí.

A la mañana siguiente me precipité para solicitar el permiso de trabajo. Pensaba que sería un trámite largo y difícil, pero al cabo de un cuarto de hora tenía todos los documentos en regla. Me pasé la tarde entrando y saliendo de aquel inmenso establecimiento de la calle 50, donde había cosas maravillosas y carísimas en todas las plantas. Pensaba con loca alegría que al día siguiente yo también formaría parte de aquella prestigiosa organización, que me daría la posibilidad de aprender muchas cosas. Aquella noche no dormí, y a las ocho y media, una hora horripilante para mí, que me había convertido en una noctámbula, me presenté en aquel lugar de ensueño.

Me destinaron a la tercera planta, la frecuentada por la mejor sociedad americana, por diplomáticos y otros extranjeros ricos que querían y podían gastar sólo en vestirse cifras para mí entonces exorbitantes. Me recibió con extremada gentileza una señora de mediana edad: me pareció una mujer muy dulce, pero pronto me percaté de que por dentro era de hierro. Éramos un grupo de muchachas, entre *vendeuses* y modelos, y la disciplina y los horarios eran rigurosos. El sueldo estaba bien, teníamos derecho a una rebaja del 10% sobre todo lo que se vendía en aquella espléndida tienda, y a los tres meses de contratación recibiríamos además un porcentaje sobre las ventas de las que nos hubiéramos ocupado personalmente. Nosotras, las *vendeuses*, debíamos establecer una relación personal con las clientas, a las que se hacía pasar a elegantes *séparés*, mientras nosotras teníamos que correr hasta la estancia de las maravillas y elegir para ellas los vestidos que nos habían encargado o los que considerábamos más apropiados.

Entretanto, en los grandes salones circulaban bellas y antipáticas muchachas que se desnudaban y se volvían a vestir treinta veces al día para mostrar las últimas novedades. No hice amistad con ninguna de mis compañeras, mientras que con las clientas me llevaba bastante bien. No me resultaba difícil captar su gusto y estilo y, por tanto, me equivocaba pocas veces en la elección de las prendas que, pensaba yo, podrían gustarles. Por desgracia he olvidado el nombre de una señora que venía bastante a menudo y que me buscaba siempre. Era amable, simpática, inteligente y de modales muy refinados. Tenía un nombre famoso, tipo Kennedy o Rockefeller o Vanderbilt, y todo el mundo sabía que para ella el dinero no era ningún problema. Me llevaba muy bien con ella y siempre atinaba con sus deseos, y ella me daba las gracias por no haberle hecho nunca perder el tiempo.

Recuerdo una vez que le llevé un pequeño *tailleur* de terciopelo negro, ribeteado de trencilla: era de lo más sencillo, con gran clase y de un corte perfecto. Me gustaba con locura y sabía que a ella también le iba a gustar. Me dijo que aquel día estaba muy cansada y no tenía ganas de probarse. Charlamos un poco, mientras ella permanecía cómoda y relajada en uno de aquellos grandes sillones, y luego le pregunté si quería que se lo pusiera una de las maniqués.

«¡Hágame un favor», me dijo riendo, «póngaselo usted en lugar de esa estúpida jirafa!» Teníamos la misma talla. Yo corrí hacia la dulce señora de hierro y le pregunté si podía complacer a mi clienta. Me lo concedió. En la estancia de las maravillas me miré al espejo: me estaba perfecto. En aquel instante una idea loca y divertida empezó a agitarse en mi interior: «¡Me lo regala!... ¡Me lo regala!», pensaba, y atravesé con paso rápido el salón, frenando el deseo de una carrera poco digna mientras las «estúpidas jirafas» me miraban de reojo.

Estaba segura de recibir aquel regalo, quién sabe por qué, y estaba emocionada y lista para hacer profusión de conmovidos agradecimientos. Lo más seguro es que se me escapara también una lagrimita, pero una lagrimita verdadera. Me presenté con el rostro encendido, di algunos pasos, giré dos o tres veces sobre los tacones. La

señora me miró sonriente: «¡Querida», dijo, «qué bien le sienta! Es lo que se dice perfecto. Lo compro. Haga que me lo preparen». Desilusionada, corrí a quitarme aquella pequeña perfección y volví a ponerme el vestidito de rigor: negro, bonito, pero no como aquel otro. A la señora seguí teniéndola en igual estima y volví a verla en más ocasiones. Cada día que pasaba me sentía más y más rica. Echaba cuentas para el futuro: era una locura lo que acabaría ganando cuando llegase la hora de los porcentajes. Tenía muchas clientas en exclusiva y cada vez llegaban más. Luego advertí que me buscaban no sólo por mi habilidad para atinar (y esto también era puro instinto), sino porque era amable y educada con todas. Justo las mismas razones que fastidiaban terriblemente a mis compañeras.

Muy cerca de Bergdorf Goodman, en Central Park, había un pequeño restaurante griego. Empezaba a sentirme literalmente asqueada de la clase de comida, hoy llamada en Italia *fast food*, que te ofrecían en las llamadas «cafeterías», odiosos locales hechos para los que, como yo, disponían sólo de cuarenta y cinco minutos y de poco dinero para dedicar al almuerzo. El descubrimiento de aquel pequeño restaurante fue otra de las alegrías que me ofreció 1947. Iba y venía hasta allí a toda prisa, y en él encontraba el aceite y las alcachofas, las chuletas de cordero y los dulces de almendra, y todo era casero y sabía a casero. Olía a Mediterráneo, a olivos y a sol: era un poco el olor de Italia.

# DIVORCIO EN LOS ESTADOS UNIDOS CON UNA PIZCA DE LOCURA

En los primeros meses de 1947 mi vida en Nueva York ya estaba organizada. Había pasado casi un año desde mi llegada pero, no teniendo ya ninguna esperanza de resolver positivamente mi situación matrimonial, había encontrado por fin un abogado que me ayudaría a salir de ella. Se trataba de Renzo Ravà, un hombre culto, preparado e inteligente que ejercía desde hacía ya algunos años la profesión allí, después de haber tenido que dejar, por razones raciales, su bufete en Florencia. A él no tenía que darle largas explicaciones ni sugerirle soluciones para que se me reconociera la disolución del matrimonio una vez regresara a Italia.

En efecto, dado que las cosas se habían hecho bien, ya en 1950 mi matrimonio se anuló en mi país gracias al famoso juez Peretti Griva, que tenía la manga bastante ancha concediendo y reconociendo anulaciones. Estábamos todavía muy lejos de alinearnos con los otros estados europeos en admitir el divorcio: de hecho, tuvieron que pasar decenas de años antes de que en Italia fuese por fin promulgada una ley al respecto.

En aquella época ya lejana, los italianos sabían muy poco de cómo se podía obtener la disolución de un matrimonio, y muchos creían que sólo la Iglesia podía hacerlo. Ignorar que existía, también entre nosotros, la posibilidad de obtener una anulación civil, aunque calcada de aquellos motivos reconocidos por el derecho canónico, había tenido como consecuencia una cantidad de situaciones irregulares que en muchos casos tuvieron fuertes repercusiones en la vida de quienes las protagonizaban. ¡Imaginémonos además las esposas de guerra que se habían dirigido a abogados americanos completamente ignorantes de nuestras leyes, y que se habían divorciado por causas a las que ningún tribunal italiano habría podido nunca dar validez, como —por citar sólo una— la incompatibilidad de caracteres! Muchas de aquellas jóvenes regresaron a Italia seguras de ser ya libres y, en lugar de eso, se encontraron todavía ligadas durante más de treinta años a un marido que en América se había vuelto a casar hasta tres veces. Cuántas de ellas habrían deseado rehacer su vida dentro de la legalidad.

Pero recobrar la libertad en los Estados Unidos no era en modo alguno difícil. A mí, en aquel tiempo, me resultó de lo más interesante estudiar los dictámenes de las diferentes leyes en materia matrimonial en los cuarenta y ocho estados, porque cada uno tenía, y tiene, y no sólo en esta materia, leyes propias, y a veces en neto contraste con las del estado limítrofe.

En lo que se refiere a la posibilidad de contraer matrimonio, todos los estados están de acuerdo en negarla en caso de bigamia o de incesto, y todos ponen límites de edad que aun así varían según las latitudes y el derecho consuetudinario. Donde reina por el contrario el desacuerdo más absoluto es en lo referente a la prohibición del matrimonio por motivos raciales. En gran cantidad de estados el matrimonio mixto no está permitido: el sagrado blanco con el negro, ¡por favor!, y tampoco con el mulato; y en algunos estados tampoco con el individuo de raza mongólica, ni con el indio, ni con el indio piel roja, ni con el malayo, ni con el coreano. Extrañas contradicciones: la liberalísima California impone severas prohibiciones a las mezclas raciales, mientras que la Alabama del profundo Sur ni siquiera considera la pertenencia a razas diferentes como un impedimento. Sólo a título de curiosidad cito un impedimento común a diversos estados, y lo considero justo y lo comprendo, pero hay algo *que no va*. Ele aquí lo que dice, por ejemplo, la ley de Dakota del Norte: «Está prohibido el matrimonio a aquella persona que sea un borrachuzo o un delincuente habitual, o bien, epiléptico o imbécil, idiota o mentalmente deficiente, o esté loco o lo haya estado por causas hereditarias, así como a personas afectadas por la tuberculosis en estado avanzado o por enfermedad venérea contagiosa, a no ser que la esposa haya cumplido al menos los cuarenta y cinco años». Esto último es lo que no me cabe en la cabeza. ¿Por qué? ¿Qué pasa, que a esa edad ya está para tirarla a la basura? ¡Pues entonces que se vaya también al infierno!

Causas de anulación, en los Estados Unidos, existen a centenares, y también son numerosísimas, por supuesto, las de divorcio. Pero también aquí se dan casos extraños, como éstos: mientras que el estado de New Hampshire reconoce hasta doce causas legítimas de divorcio, el de Carolina del Sur no reconoce de hecho ninguna (y por eso no permite el divorcio), a diferencia de su hermana gemela Carolina del Norte, que concede al menos cinco. No sé si desde la época en que estuve en América ciertas leyes han sido modificadas, y en cuántos estados, pero espero que el alejarse en el tiempo de la época de la conquista del Oeste o de la esclavitud haya llevado a abrogar ciertas disposiciones tan en desacuerdo con un país tan profundamente democrático como los Estados Unidos... Una única causa de divorcio es reconocida como válida en todos los estados: el adulterio, y, caso bastante curioso, el estado de Nueva York no admite ninguna otra.

O adulterio o nada. Muy pocos, está claro, recurrían en mis tiempos a esta única posibilidad, también porque podía llegar el escándalo, y de los escándalos, en América, prefieren mantenerse lo más lejos posible, mucho más que por aquí, que los hemos convertido en un deporte nacional. Claro que para quien nada de aquello le hubiese supuesto preocupación alguna, la cosa le resultaría mucho más económica que tener que trasladarse a otro estado y conseguir allí la residencia, que a veces tardaba meses en ser concedida, sólo para poder valerse de leyes que concedían el divorcio por crueldad mental, incompatibilidad de caracteres u otras causas menos escandalosas.

Además, aunque el adulterio no se hubiese cometido, se podía simular fácilmente. La Corte exigía pruebas irrefutables, y éstas no podían ser más que fotografías de uno de los cónyuges sorprendido en un momento de deleite extraconyugal. Más simple no podía ser: pagando, todo se consigue; a lo largo y ancho del mundo entero. En Nueva York, por una suma bastante módica, una agencia facilitaba una muchacha, a menudo intachablemente virgen, y una habitación de hotel. Ella se metía entre las sábanas toda vestida pero con los hombros al aire, el falso adúltero se tumbaba a su lado, y en ese momento irrumpía el *paparazzo* contratado con el *flash*. Y problema resuelto, la prueba era irrefutable. Es evidente que este procedimiento no habría sido aceptado ni por mi marido ni por mí; es más, el divorcio se nos habría concedido sólo después de un año, quizá para darles a los cónyuges la posibilidad de reconsiderarlo. Tampoco al cornudo se le puede negar la dulzura del perdón.

Mi abogado y yo nos decidimos por un procedimiento más bien corriente, recurriendo al divorcio por una causa considerada válida también para una anulación italiana. Para acelerar la cosa lo más posible sólo había que ir al estado de Nevada, pero no a Las Vegas, divorciatorio para ricos, estrellas del cine y magnates con ganas de gastar y divertirse a lo loco, sino a Reno, un lugar mucho más modesto, que recibía a todos los aspirantes, ya en la misma estación, con una gran pancarta en la que aparecía escrita la leyenda LA PEQUEÑA CIUDAD MÁS GRANDE DEL MUNDO. Allí, en sólo seis semanas podría obtener la residencia y, por consiguiente, aprovecharme de las leyes de aquel estado.

Sólo en un punto no estaba de acuerdo con mi abogado, como por otra parte, con todos los demás. En América los agravios de cualquier tipo se pagan muy caros, y basta el más pequeño error para que salga a relucir la cuestión de los «daños morales», por los que se piden suculentas indemnizaciones. Sin duda yo habría podido aprovecharme de esta costumbre pidiéndole a mi marido una suma mensual de por vida equivalente a una buena pensión, pero preferí hacerme «liquidar» de una vez para siempre, y sobre el alcance de la liquidación tuve que luchar lo mío con mis defensores, togados o no. Escribí en una carta a mi familia: «Papá, tú que siempre has sido imparcial, generoso e indulgente, incluso con aquellos que te han hecho daño, puedes comprender hasta qué punto estoy enfadada por la actitud general a propósito de la suma que todos querrían que pidiese a mi cónyuge. Puede que él tenga toda la culpa, pero yo no puedo reprocharle con plena conciencia haber sido un sinvergüenza. Sus actuales posibilidades no le permiten darme más de una quinta parte de lo que todos pretenden que le pida. Medir las responsabilidades morales a golpe de dinero me parece, y es, algo asqueroso e inmoral. No veo por qué razón debería yo lucrarme a costa de esta desgracia...».

Así luché a favor de mi marido, vencí, y todos me miraron como si fuese de otro mundo; y, de hecho, lo era.

Más o menos por aquella época sucedió un hecho bastante cómico, que se trató de silenciar por todos los medios posibles. Una famosa empresa había lanzado al mercado un nuevo sostén hinchable que se vendió como rosquillas, dado que las americanas están por lo general más bien escasas de esos atributos que aquel particular indumento tendría que sostener. Una señora compró un ejemplar junto a unos jerséis ajustados y asumió en el acto un aire mucho más provocativo, pero un día se le ocurrió tomar un avión para ir a una ciudad vecina. A mitad del trayecto, cuando el aeroplano se agitó, al parecer por no estar presurizado de manera adecuada, se oyó un inesperado estallido, y la provocativa señora, roja de vergüenza, trató en vano de ocultar con ambas manos lo que le había sucedido. El sostén hinchable, puede que demasiado hinchado, había explotado, y ella, de pronto, delante de todos los pasajeros, había perdido tres cuartas partes de su *sex-appeal*. Por todo ello demandó a la empresa productora y obtuvo una suma cinco veces superior a la que yo había pedido a mi marido por haber hecho que se fuera a pique nuestro matrimonio. Claro que mi matrimonio valía para mí mucho más que una bajada de pantalones (lo de pantalones es un decir), pero al menos yo sentía que mi conciencia estaba en paz y no me

hice odiar ni por mi marido ni por sus familiares, con los cuales mantengo todavía relaciones de lo más afectuosas. Todo el mundo me llamó tonta, pero los míos me comprendieron y para mí eso era lo único que contaba.

## ESE GÉNERO DE MÚSICA LLAMADO JAZZ

Una vez iniciados los trámites del divorcio en el bufete Ravà de Nueva York, alimentaba la esperanza de que todo iría muy rápido y de que el viaje a Reno sería inminente; sin embargo, entre complicaciones burocráticas, ausencias del abogado, respuestas del corresponsal del Estado de Nevada, documentos que debían llegar, ¡ay de mí!, desde Italia, decisiones sobre la cuantía de mi liquidación y aceptación por parte de mi cónyuge del no demasiado honorable motivo que había elegido como causa del divorcio, al final resultó que la cosa iba para largo. Cada vez más entusiasmada con América, que después de un año de permanencia me ofrecía nuevas y cada vez más tentadoras posibilidades, consideraba la *propuesta* Reno como la chispa final de mi experiencia en los Estados Unidos, pero a pesar de que la vida en el nuevo mundo ahora me electrizaba, se me hacía cada vez más insoportable la nostalgia por mi familia.

Pero tenía que esperar. Entonces me zambullí de lleno en la vida neoyorquina, que ahora me abría todas sus puertas. Sabedora de que al cabo de algún tiempo tendría que dejar aquella ciudad que me proponía y ofrecía de todo, sentí unas ganas enormes de atiborrarme de jazz, del que entonces era una experta apasionada.

En la época de la guerra, relegada en una habitación de nuestra casa de campo donde nos estaba permitido fumar unos repugnantes cigarrillos malolientes rellenos de una mezcla inventada por nosotros (hojas de roble y de patata con un toque de manzanilla), mi hermano y yo nos movíamos por el mundo entero, a través de las ondas largas y cortas, para pillar retransmisiones de aquel género musical prohibido por el fascismo que tanto nos apasionaba, y del cual nos habíamos hecho profundos conocedores. A fuerza de buscar y de encontrar lo que nos interesaba, habíamos conseguido acoplar los programas de varias emisoras extranjeras que captábamos a todas horas, tanto de día como de noche. En una libretita de hule negro, apuntábamos los títulos de los fragmentos transmitidos, los nuevos conjuntos, los nuevos solistas y las nuevas interpretaciones de viejos temas, hasta el punto de que en 1944 estábamos perfectamente al corriente del panorama jazzístico americano. Esto me fue de gran utilidad cuando en Radio Florencia, con Mario Cartoni, compilábamos y elegíamos discos para nuestra *Galería del jazz*.

Ahora en Nueva York me encontraba justo en el crisol de esta música, porque hasta los de Nueva Orleans, exceptuando a Louis Armstrong, venían aquí a dar conciertos. Tenía por tanto una vasta gama de maestros para elegir, y podía ir a escuchar en directo a los que habían sido mis ídolos, conocerlos personalmente y hablar con ellos. Casi siempre iba a escucharlos con Renzo Nissim, que los conocía a todos, puesto que era un *gran jazzófilo*, pianista y compositor, aparte de todo lo demás, y me parecía imposible que un tan entusiasta *hepcat* como él se hubiese dedicado tiempo atrás a ejercer de serio abogado en un bufete florentino. Y todas las veces que salía a cenar con alguien, proponía uno de aquellos tugurios de la calle 52 donde, en aquella época, tocaban y cantaban todos los que hasta entonces habían sido para mí tan sólo un nombre y un sonido. Era algo enormemente emocionante oír cantar *Loch Lomond* a Maxine Sullivan en carne y hueso, *I Love My Man* a Billie Holiday, ser testigo del apogeo de los Three Deuces, ir a un estadio en las afueras de Nueva York para escuchar al fabuloso cuarteto de Benny Goodmann. Aquella música, expresada de aquel modo, me sumergía en un estado de gracia, ese mismo que en años posteriores he experimentado sólo merced a aquellos que han sido para mí los máximos dispensadores de emociones: el Cuarteto italiano, Benedetti Michelangeli, Zubin Mehta en su primer concierto en Florencia en un Teatro Comunale casi vacío, Maria Callas, Cari Boehm y su Mozart, en Salzburgo.

En aquella lejana época de 1947, a pesar de que el oyente preparado experimentaba una profunda turbación al escuchar tanto en los pequeños locales como en los grandes estadios aquel género de música que se llamaba jazz, y acaso perturbado hasta el punto de no saber ya distinguir entre el gozo y el sufrimiento, no existían todavía ni histerismos ni violencia. Puede que aquella música tan bella y tan perfectamente ejecutada, provocase sensaciones mucho más elevadas y complejas que las puramente sexuales, por mucho que en ciertos blues cantados por Billie Holiday también dicho aspecto, incitado por aquella bella mujer con una gardenia sobre la oreja, drogada hasta morir, tuviese también su importancia. Pero aquellos estímulos, que sin duda existían, eran sublimados por la perfección de la ejecución, por las insuperables voces, por el modo de expresar un profundo sufrimiento existencial, verdadero y revelado con dolor. A esto no se podía responder más que con una profunda participación rebosante de carga humana. Puede que en eso consistiera el estado de gracia: en sentirse transportados a otro mundo, en conseguir superar nuestras limitaciones, y disfrutar con ello.

En los pequeños locales especializados me presentaba a los artistas, y así conocí a muchos grandes personajes, casi todos de color. Por mediación de Maxine Sullivan, a la que iba a escuchar con frecuencia, conocí a su *mánager*, que me contó muchos episodios y anécdotas sobre la vida de aquella gente.

Era abogado, muy negro y muy inteligente, y me hacía pasar buenos ratos con todas aquellas historias tan interesantes por ser de primera mano. Una noche me pidió que al día siguiente fuese a cenar con él. Acepté y prometí que lo llamaría a su despacho. Quería conocerlos a todos, descubrir mentalidades tan distantes a la mía, escuchar cuáles eran sus deseos, sus frustraciones. Pero se me impidió ir a cenar con este abogado. Mis amigos (todos blancos) se coaligaron contra mi propósito y acabaron asustándome. Me dijeron que no sólo me habría arriesgado a ser insultada y hasta golpeada, sino que él mismo habría corrido muchos más riesgos que yo. Me persuadieron y ya no volví a dar señales de vida, aunque sentí vergüenza y remordimiento. Ni como italiana ni como persona conocía ni admitía ninguna forma de racismo.

De que mis amigos tenían razón, no a nivel teórico, sino debido a la realidad que tenían que afrontar todos los días, tuve una clara demostración una noche en que fui invitada a casa de una clavicembalista austríaca que en aquella época estaba intentando hacer caer de su áureo pedestal a la celeberrima Landowska. Fue una velada brillante, con gente de lo más interesante y variada. Yella Pessi, la clavicembalista, me había anticipado que entre los huéspedes estaría también Teddy Wilson, el famoso pianista del Cuarteto Benny Goodman. Me había dicho que era un hombre cultivado, que había hecho el Conservatorio y que tenía también un enorme talento para la música clásica. Juntos habían montado un dúo y tenían planeado emprender, una vez se hubieran firmado los contratos de rigor, una larga *tournee* por los estados del Sur. Poco antes de partir recibieron más de mil cartas anónimas de amenaza en las que se les intimidaba por comparecer juntos en público. ¡Un negro y una blanca! Aquello sólo podía traer desórdenes y revueltas, y tuvieron que renunciar al proyecto.

Teddy Wilson era una persona muy simpática y cordial. Al principio hablamos de sus estudios clásicos, de Bach y Scarlatti, pero luego le dije que yo también era una apasionada del jazz, que tenía todos sus discos y que muchos de ellos los había hecho sonar en Radio Florencia. Se puso la mar de contento y me firmó en el acto las habituales postales que enviaba a mi hermano y a Mario Cartoni. Excitada por este ambiente, tan agradable y efervescente, propuse en voz alta que fuéramos todos juntos a cenar más tarde. La propuesta cayó en un repentino silencio, transformado luego en una gran conversación sobre esto y aquello para ocultar un evidente embarazo. La señora Pessi, en el curso de la velada, me llevó aparte y me rogó que olvidase aquella idea: si hubiésemos ido juntos a un restaurante, incluso vacío, nos habrían dicho sin duda que todas las mesas estaban reservadas, y ella no quería que su huésped y amigo fuese humillado de aquella manera ante sus ojos. ¡Vaya, y yo que deseaba tanto ir a uno de aquellos locales de Harlem donde tocaban un jazz de locura! Ninguno quiso acompañarme. Decían que como mínimo nos hubieran desnucado. Así que debía conformarme oyendo aquellas fabulosas sesiones en mi pequeña radio.

Mi vida, en aquel período de espera ante mi próxima partida, era de lo más intensa, y un poco loca. Pasaba de un entusiasmo a otro, quemaba aquellas ganas de vivir: tenía sólo veinticinco años y el mundo me parecía algo maravilloso, hecho de millones de cosas interesantes que habría podido aferrar en su totalidad con sólo alargar una mano. Quería ver países nuevos, colores nuevos, gente diferente, viajar un poco a ciegas, para descubrir, para quedarme luego encantada, fascinada o furiosa. Me ofrecieron bellísimos viajes a Arizona y a Colorado, a México y a Perú, e incluso, algo para mí apasionante, la posibilidad de volver a Italia, no en el habitual transatlántico, sino en un carguero que iba a Cuba a cargar azúcar para luego descargarla en Argelia y proseguir, por último, hasta Génova. Cuarenta días de viaje por mar, ¡qué maravilla! Pero no tardé en percatarme de que todos estos viajes habrían de ser pagados de la consabida manera, y pagar con esa moneda no iba conmigo.

Pero, mientras tanto, hacía programas e itinerarios con quienes me hacían aquellas propuestas, para, en el último momento, decir que no.

Todos mis impacientes deseos de viajar se volvían humo, pero eran tantas las ganas que tenía de que aquellos proyectos llegaran a hacerse realidad, que de todos modos me parecía haber llegado a aquellos lugares densos de colores, de voces y de historia, y tras haber renunciado a ellos, nunca se apoderó de mí el mal humor o el arrepentimiento. Era yo quien así lo había querido, nadie me había obligado, mi absoluta libertad consistía también en saber renunciar.

# DÓLARES DE PLATA Y SLOT-MACHINES

Dejé por fin Nueva York en abril de 1947, justo un año después de mi llegada a los Estados Unidos, y sin añoranza alguna, porque en cualquier caso tendría que regresar unos meses más tarde para partir hacia Italia.

Así lo había decidido tras cavilar primero sobre un programa que me parecía apasionante: una vez hubiese pasado de Reno a California, donde tenía parientes muy queridos, ¿qué hacía falta para atravesar el Pacífico, detenerse en China y desde allí ir a la ventura para luego volver a Italia a través de la India? Había apartado, y la consideraba intocable, una buena cantidad del dinero recibido de mi cónyuge como «liquidación», y de la que sólo quería servirme para realizar este maravilloso proyecto. Me parecía una cosa harto factible, pero luego, como de costumbre, encontré alguien que sabía por experiencia mucho más que yo y me fue quitando uno a uno todos los grillos de la cabeza, cosa que en aquellos tiempos no resultaba demasiado fácil. De modo que dejé de buscar barcazas a buen precio que hicieran la travesía de San Francisco a Shanghái y de momento me conformé con sacar un billete para Reno.

Para llegar al Estado de Nevada en tren se atravesaba toda América de Este a Oeste, empleando tres noches y dos días de viaje: vería al menos un buen número de estados desde la ventanilla y esperaba disfrutar de magníficos panoramas. Pero el viaje fue de una monotonía exasperante: llanuras y más llanuras, todas iguales, una inmensidad en la que acababas perdiéndote sin ninguna emoción. Así que me puse loca de contento cuando el tren se detuvo unas pocas horas en Chicago y vino a buscarme a la estación aquel simpatiquísimo amigo que era Pierantonio Abetti, hijo del astrónomo Giorgio, el cual dedicó toda su vida y su ciencia a nuestra florentina Arcetri.<sup>[3]</sup>

Pierantonio había sido mi compañero en el instituto, luego había estudiado física y había puesto tierra por medio inmediatamente después de la guerra para irse a los Estados Unidos, donde un físico inteligente tenía por delante un futuro asegurado.

Pierantonio condensó al máximo todo lo que había que ver en el breve lapso de tiempo que se me había concedido, y reemprendí feliz el viaje, después de haber visto a mis impresionistas favoritos en el gran Museo Nacional, los girasoles de Van Gogh y su habitación en Arlés, los cuadros verdaderos y no las reproducciones que tantas veces había contemplado en los libros. Menuda diferencia tener ante los ojos el espesor de aquellas pinceladas, sentir la intensidad de aquella mano en los relieves del color y, a través de la tridimensionalidad, llegar a establecer un contacto más profundo con el pintor: era casi como conseguir participar en el nacimiento de su obra de arte. Me quedaba aún mucha tierra aburrada que atravesar, muchos grandes espacios vacíos sin nada que ver, pero aquellos girasoles me animaron con su luz durante un buen trecho.

Curiosa siempre en lo que al ser humano se refiere, en el tren había hecho ya gran amistad con mis compañeros de viaje, varios de los cuales se dirigían a Reno por las conocidas razones, y los escuché contar historias lamentables, trágicas o absurdas. En comparación con las suyas mi historia bien hubiera podido hacer reír. Con mis «colegas» y con los otros pasajeros se convivía en una extraña intimidad. Después de haber estado charlando todo el día, al llegar la noche se nos veía a todos juntos, hombres y mujeres, en camión o en pijama, antes de ocupar nuestros puestos en bonitos y cómodos catres separados unos de otros por gruesos cortinones. Los pensamientos poco castos se podían cortar con un cuchillo detrás de las cortinas protectoras, pero había un negro alto y grueso que vigilaba y pasaba a menudo para controlar que todo estuviese en perfecto orden. Yo dormía como un lirón, pero me despertaba sobresaltada cuando oía una profunda voz de bajo que decía «¡Good morning, miss!», y veía aquella enorme cara negra enmarcada en la cortina, a un palmo de mi rostro.

Atravesamos como un cohete las ciudades de Omaha y Salt Lake City, que me habría gustado ver, pero era de noche y sólo me dio tiempo a comprar una postal con un saquito de sal del lago para mandársela a los míos. Llegamos a Reno por la mañana temprano y me precipité sin dilación a ver al abogado, cuya obligación era, simplemente, tomar nota de la hora y el día de mi llegada.

Transcribo de una de mis cartas a casa: «Ahora os explico cómo funciona la *curat*, como se llama aquí al procedimiento para obtener el divorcio. Cuando las cosas van sobre ruedas y el marido no se opone, lo único que hay que hacer es presentarse aquí y establecer el domicilio en una dirección cualquiera, el mismo día de la llegada. Al cumplirse la sexta semana de permanencia se va al tribunal con un poder legal del marido o un abogado que lo represente, el juez escucha las patrañas que le cuentas, luego te pregunta cuándo has llegado, cuándo te has casado y si has venido a Reno para divorciarte. A todo lo cual tienes que responder con aire indignadísimo que nada de eso, por favor, que tú has venido aquí para establecer residencia permanente en el Estado de Nevada. Entonces el juez dice: «Muchas gracias», y en el piso de abajo te dan un maravilloso diploma lleno de cintas rojas y un sello dorado en el que se declara que tu marido y tú ya no tenéis nada que ver el uno con el otro. Llegados a este punto pueden suceder dos cosas: o sales a toda prisa para atrapar el primer tren y regresar a tu país natal, o te vas a la puerta de al lado y descansas un poco. Y jugada resuelta. Parece immoral, pero os aseguro que son tantos los casos que se oyen, que al final resulta una bendición, considerando la gran cantidad de maridos granujas y de esposas granujas que existen, de ahí que yo esté de acuerdo en que Reno es, sin lugar a dudas, la pequeña ciudad más grande del mundo».

En la pensión que nos habían reservado vivíamos cuatro huéspedes: mujeres y hombres pares en número, pero se fraternizaba poco entre los dos sexos, probablemente porque en aquel momento salían a relucir con mayor fuerza los resentimientos hacia el ya casi excónyuge, tanto si era varón como si era mujer, y durante al menos seis semanas se hacía lo posible por evitar complicaciones. Algunos, en cambio, se habían traído a remolque un nuevo varón o una nueva mujer que esperaba con ellos el momento de contraer nupcias en la puerta de al lado.

Mis colegas, casi todas coetáneas mías, me proporcionaron al instante las informaciones sobre los usos y costumbres de la ciudad. No había más que locales de juego, porque Nevada es el único estado americano que permite cualquier juego de azar: vive prácticamente de eso y del turismo de divorcio. Entre los adeptos a los trabajos de uno y otro pasatiempo, circulan *cowboys* tan guapísimos como falsos que se encargan de localizar señoras ricas recién llegadas a la ciudad, seguirlas, ver en qué hotel se hospedan y empezar a bombardearlas con ramos de rosas rojas. La presa más fácil es, naturalmente, la ya adentrada en la senda del crepúsculo. Recibirá todos los días las rosas con un billete anónimo: «Te he visto y me he enamorado en el acto», «Concédeme un minuto de tu tiempo», «Tu desconocido admirador», y así sucesivamente.

La pobre inexperta, que se aburre o llora sus tristes errores, siente curiosidad, empieza a mirar a su alrededor para descubrir al remitente de tan fastuosos homenajes y, cuando se considera que ha llegado al punto justo de cocción, el guapísimo *cowboy* cae sobre ella, la engatusa, la fascina y luego la arrastra hasta el fabuloso rancho de su patrón, decorado como un hotel de lujo, donde la señora será desplumada a conciencia durante las cinco semanas restantes.

Trágico, pero yo era joven, y aquello me hacía reír. Era cómico, en cambio, aunque también penoso, el espectáculo que daba la humanidad frente al juego. En cada hotel, en cada restaurante, en cada tienda, en cada farmacia, en cada portal decorado sólo para este fin, miles de personas reducidas al nivel de monos enloquecidos accionaban arriba y abajo las palancas de las *slot-machines*, las infernales maquinitas en las que introduces monedas esperando que salgan muchas más de las que has introducido y, a menudo, acabas encontrándote con las manos vacías. Había destinado diez dólares a aquel popular divertimento, los perdí en un abrir y cerrar de ojos y desde entonces sólo me divertí mirando, dado que a veces podía ser también un espectáculo extraordinario.

A Nevada se le llama el Estado Del Dólar De Plata, y existe el tácito compromiso de que en todo su territorio no circule dinero en billetes: en cuanto los sacas, en todas partes te los retiran en el acto y te los cambian por bellas y relucientes monedas: por eso, sobre cada mesa de juego, había montañas de aquellos espléndidos dolarazos. En nuestro pequeño grupo había una afortunada: se trataba de una gordinflona alegre y pimpante que no había vez que no ganara, hasta el punto de resultar indecente, en cualquier juego al que se arrimase. Una noche había conseguido ya una buena suma y se arriesgó a probar suerte en las máquinas tragaperras de un dólar que, debido a su mucho riesgo, no eran demasiado frecuentadas. Había dos, una al lado de otra. Metió un dólar aquí y otro allá, tiró de las palancas hacia abajo, una con la mano derecha y otra con la izquierda. Acertó con las dos: 360 maravillosos dólares de plata se esparcieron tintineando por todo el local.

Todo el mundo enmudeció y nosotras nos precipitamos a recogerlos bajo las mesas y de entre los pies de la gente. Pesaban lo suyo y ayudamos a nuestra compañera a llevar el precioso cargamento, pero ella era tan generosa como afortunada y nos invitó a todas a un local muy *chic*, donde no había manivelas sino mesas

silenciosas de *chemin de fer* y *trente et quarante*. Había señores serios y señoras elegantes que permanecían impávidos tanto si ganaban como si perdían. Sobre sus mesas aumentaban o disminuían a gran velocidad las columnas de plata formadas por aquellas monedas, y nuestra amiga nos dejó también una discreta columnita para invitarnos a una cena fría y a una botella de whisky de excelente marca.

Pocos días después de mi llegada escribía a los míos: «Esta ciudad es un gigantesco y variopinto casino, donde el juego no es ni mucho menos la única actividad». Pero aún no sabía cuánto acabaría ofreciéndome Nevada. Fue quizá el único estado al que me hubiera hecho feliz volver. Y no sólo porque allí encontré a Andy.

## VIRGINIA CITY: UNA ZAMBULLIDA EN EL FAR WEST

¡Qué cosa tan extraordinaria y emocionante fueron para mí aquellas seis semanas en el Estado de Nevada! Sólo allí me percaté de cuánta necesidad tenía, para vivir plenamente, de sol, de aire, de cielo y de animales, y me di cuenta de repente de lo extraños y contrarios que le resultaban a mi naturaleza el hormigón, las calles asfaltadas, las estructuras geométricas de las grandes ciudades, sus barreras. Ahora sentía que algo para mí de lo más esencial se había visto obligado a límites angostos, y quizá precisamente por este constreñimiento, del que no era consciente dadas mis cada vez más frenéticas ganas de vivir, no paraba de hacer un proyecto tras otro en la gran ciudad donde había vivido durante un año: decidía y luego renunciaba, quería irme y, sin embargo, me quedaba en el mismo sitio. Mi energía vital no producía más que sueños, deseos irrealizables, programas imposibles.

Ahora, en Nevada, me parecía poder expandirme, adentrarme en las cosas que amaba hasta formar parte de ellas y respirar con ellas. Sólo aquí me percaté de lo profunda que había sido la nostalgia por mi campiña, por su color y, sobre todo, por sus voces. En torno a Reno corrían los animales, volaban los pájaros, el viento soplaba entre las ramas de los árboles, todo era silvestre y seguía intacto, y yo me sentía revivir dentro de aquella naturaleza donde reencontraba el latido humano de la vida. Los animales, por ejemplo, ¿dónde había visto alguno en Nueva York? En las jaulas o en el estupendo Museo de Historia Natural, embalsamados en fingido movimiento dentro de aquellos nichos que reproducían con exactitud su ambiente, sus plantas, sus piedras, sus paisajes. Pero estaban embalsamados, como, ahora al recordar, me parecían embalsamados los pobres perros de Nueva York, perros lujosísimos, con el pelo rizado, perfumados, y que con suma urbanidad exponían sus culitos fuera de la acera, tal y como les ordenaban los carteles diseminados por las calles. Sí, eran perros limpios, educados y amaestrados, pero también cautivos y, por lo tanto, un poco muertos, mientras que aquí todos los animales corrían por sus grandes espacios, eran libres y estaban vivos.

En la pensión para aspirantes al divorcio tenía una bonita y espaciosa habitación que durante algún tiempo compartí con una muchacha de Pittsburg. Era la primera vez que me encontraba en un ambiente exclusivamente americano y me interesaba contactar con personas de la pequeña burguesía y descubrir su mentalidad. Escribía a los míos: «Siento una terrible nostalgia por la mediocre inteligencia italiana, que es algo apasionante en comparación con la notable inteligencia de los de aquí. En cuanto a cultura, cero. El nivel general es realmente muy bajo, están llenos de prejuicios raciales y podría decir que en realidad, por término medio, son más fascistas que nosotros cuando teníamos el fascismo en pleno desarrollo. Debo admitir que los únicos americanos que desde un punto de vista intelectual vale la pena conocer y frecuentar, son los comunistas. *Rara avis*, pero sin embargo existen». No andaba tan equivocada, aun cuando mis juicios fuesen algo precipitados, sea por mi edad, sea por mi temperamento: de hecho, no estábamos lejos de los vergonzosos tiempos del macartismo, que señalaron un momento negro en la historia de la democracia estadounidense.

Pero aquellas cuatro muchachas colegas mías, aunque incultas del todo, eran simpáticas, alegres y muy amigables, lo que hacía mucho más interesantes las conversaciones: no paraban de venir a mi habitación para charlar, ponerse los bigudíes, hacerse las uñas y admirar mis protuberancias superiores, de las cuales carecían casi por completo. Era un poco como encontrarse en un colegio femenino, desde el momento en que nuestros colegas masculinos no nos interesaban en absoluto. De aquellas muchachas recuerdo sobre todo a Barbara, la más inteligente y simpática. Yo la había bautizado *Father Kelly*, debido a su típica cara irlandesa, y porque cuando se alzaba el pelo con las pinzas, tipo tonsura, parecía justamente un fraile franciscano. Aquel mote se le quedó grabado de tal manera que muchos no sabían siquiera cuál era su verdadero nombre. Barbara, que tenía veinticinco años como yo, había dejado a sus dos niños con sus abuelos durante seis semanas para que su querido marido, que le había puesto los cuernos con una chica brasileña, pudiera volver a casarse en la puerta de al lado el mismo día en que ella obtuviese el divorcio. Cosas muy tristes, de las que estos caracteres de extraordinaria entereza no parecían, verdaderamente, resentirse demasiado.

Nuestro pequeño grupo se cansó pronto de quedarse mirando a la gente que ganaba o que perdía al juego. Contribuimos con un dólar y medio al día y alquilamos un coche, y gracias a ello pude ver cosas que colmaron con creces toda mi capacidad de entusiasmo. Nunca podré olvidar la belleza del lago Pyramid, una gran charca inmóvil, como una inmensa turquesa incrustada entre rocas blancas que emergían a intervalos como pirámides de aquella agua increíble, y sobre las que construyen su nido los pelícanos, amarillos y blancos, que parecían también esculpidos en piedra dura.

En los alrededores están las reservas de los indios pieles rojas, que me esperaba bellos y pintorescos, adornados con plumas multicolores y abalorios, e iban, en cambio, vestidos como nosotros, y se les veía míseros y feos y terriblemente tristes. Esta ruin raza blanca nuestra ¿cuántos pecados no tendrá sobre la conciencia? Mis compañeras estaban acostumbradas a estas cosas y se mostraban indiferentes, pero yo, frente a aquellos lastimosos restos de seres humanos, me avergonzaba. ¡Qué diferente me pareció, comparado con aquel lago turquesa y blanco como el yeso, el lago Tahoe!

Fuimos allí un día de finales de abril que parecía casi verano, poco después de la última nevada. El lago es enorme, todo rodeado de montañas plagadas de abetos, y en la cima, bajo aquel cielo inmaculado, se alza un pico cubierto de nieve. Todo era tan bonito, tan luminoso y tentador, que no me lo pensé dos veces: escalé las rocas, descendí y llegué hasta el borde del agua. Era imposible no darse un baño en aquel cristal líquido. Me desnudé y, en bragas y con una púdica chalina en torno al pecho, con unas ganas locas me tiré de cabeza al lago. Salí a flote, pero enseguida noté que tenía las piernas y los brazos paralizados. Quería llamar a las chicas, que me miraban aterradas desde lo alto del camino y no conseguía emitir ni siquiera un hilillo de voz. Tenía la impresión de que el pecho se me había partido, y sólo entonces recordé que el lago era famoso por sus gélidas aguas: en él se disolvían los hielos de aquel pico blanco que se cernía sobre mí. No recuerdo el sabor de aquellas aguas, pero lo cierto es que tragué bastante antes de advertir que aún podía hacer algunos movimientos, al menos los que serían suficientes para llegar hasta aquella roca cercana. Con un último esfuerzo llegué hasta ella y me tumbé chorreando. Estaba congelada pero viva, y poco a poco recuperé el aliento. Las chicas me vistieron y me dieron masajes, y se dirigieron a toda prisa hacia un local en la montaña donde me hicieron revivir del todo con varios tragos de coñac.

Era un lugar curioso que, desde hacía tiempo, deseaba ver. Justo en medio de aquella baja construcción pasaba la frontera entre los estados de Nevada y California, de modo que en una parte del enorme bar la gente se afanaba con las *slot-machines*, apretujándose a su alrededor para no perder ni un centímetro útil, y se extendían un montón de mesas con tapete verde, mientras que en la sala de al lado sólo había inocuos veladores redondos para las bebidas. En California están prohibidos los juegos de azar, y a menudo irrumpía la policía en aquella habitación para controlar que la frontera fuese respetada y, por tanto, lo fuese también la ley. Cuando en la parte de Nevada se agolpaba la gente y alguien traspasaba la frontera entrando en la habitación californiana con los naipes en las manos, si la policía le echaba el guante no sólo se le multaba: era detenido.

Una de las experiencias más extraordinarias de aquella estancia demasiado breve, que se me ha quedado grabada para siempre en el corazón, fue nuestra excursión a Virginia City, la ciudad del oro y de la plata, que cien años antes había tenido cuarenta mil habitantes: gente de toda calaña que se movía en un torbellino increíble de tiroteos, dinero y lujo. Hoy viven allí cuatrocientas personas dedicadas a mantener intactos el aspecto y la atmósfera de aquella ciudad muerta. Existe todavía la larga calle central con las casas de madera, algunas muy bonitas, en las que se daban bailes fastuosos, se exhibían espléndidos vestidos, una servidumbre numerosa y carrozas con tapicerías y acabados preciosos. Y, justo al lado, estaban los diecisiete *saloons*, con sus puertas batientes y sus máquinas musicales, en las que se introducía un centavo para producir un ruido infernal que encubriera el seco impacto de los disparos.

Entré en un bar cuyo nombre estaba pintado fuera en un bellissimo estandarte: se llamaba *The bucket of blood* (el cubo de sangre, ¡un nombre premonitorio!), y allí, en las paredes, entre los daguerrotipos, los carteles y los «se busca» de los *sheriffs*, se veían aún, rodeados con un círculo, numerosos agujeros de bala. En aquella ciudad, que se comunicaba con San Francisco a través de una línea ferroviaria que en cuanto a lujo nada tenía que envidiar al *Orient Express*, y que tenía un teatro en el que se representaban óperas, musicales y comedias, vivió sus primeras experiencias periodísticas Mark Twain, y allí empezaron a formarse las grandes fortunas de los millonarios californianos. Todo, en Virginia City, se había detenido en aquel tiempo pasado, un salto de casi un siglo, y se podía respirar su fascinante atmósfera. Nada había sido falsificado y todo se había conservado a la perfección con sumo cuidado, como las montañas de alrededor, explotadas a conciencia hasta el último grano de oro y de plata, y luego dejadas allí, con los intestinos al aire, grises y vacías, expuestas al viento, a la nieve y al sol.

## ROMÁNTICO COWBOY

Andy apareció un día, de improviso, entre un torbellino de viento huracanado.

Oí un fuerte pataleo de cascos y, entre aquella nube de polvo que se dispersó al punto, lo vi un instante cuando todavía ceñía con las piernas, en un apretón feroz, un caballo sudado, con la baba en la boca como un encaje de nieve. El caballo se paró en seco, el *cowboy* apoyó todo su peso en uno de los estribos y las desmesuradas piernas tocaron el suelo. Se quitó el enorme sombrero y me preguntó con una sonrisa si estaba el dueño de la casa. Yo estaba sentada en los escalones, bajo el pórtico de madera, y sentí su olor cuando pasó a mi lado: olía a cuero, a caballos y a hierbas salvajes. Algo se detuvo dentro de mí y luego empezó a trotar como aquel caballo salvaje que, atado al árbol grande que había junto a la verja, seguía avanzando y retrocediendo sobre la punta de sus cascos. Ahora podía oír fuertes voces en la otra habitación, seguidas de una carcajada y de palabras que no distinguía, pero ya desde aquel mismo instante empezó mi espera.

Al oír las pisadas de los altos tacones acercándose, tuve ganas de huir, pero entretanto mi corazón se había vuelto loco y me decía a mí misma, sumida en una total confusión: «Pero ¿qué me pasa... qué me pasa...?». Cuando apareció bajo el porche y, de manera amable por demás, me preguntó si podía sentarse conmigo en los escalones, ya había perdido yo toda la seguridad con la que hasta entonces había creído poder administrar mi vida.

Pero nunca había visto una criatura tan bella, un rostro tan conmovedor, con aquella nariz infantil, aquellos ojos claros y risueños, aquella sonrisa dulce y carente de cualquier malicia. Empezó a preguntarme un montón de cosas y noté que le respondía como una tonta, y que se me encasquillaban las palabras, y que, mientras observaba con detalle aquellas piernas larguísimas, aquellas botas con espuelas y tacones, aquella camisa, aquellas manos esbeltas y fuertes, me enamoraba. ¡Dios mío, cómo me enamoré...!

Andy desapareció como había venido: el caballo se encabritó, levantó de nuevo una nube de polvo que descendió al instante, y de pronto ya no estaba allí.

Pero qué estúpida, qué majadera, ¡menudo papelón! Menudo papelón enamorarse de un *cowboy*. El colmo del mal gusto, bazofia de *western* de cuarto orden, ¿pero qué te ha dado? Y, además, quién es ése: uno que por ser guapo como un sol manda rosas rojas a los vejesterios: un vendido, un explotador. Me odiaba a muerte a mí misma, y quería dormir y no pensar, pero en cuanto cerraba los ojos volvía a ver aquella cara limpia y tersa y curtida por el sol, y aquellas piernas larguísimas, y la encantadora luz en sus ojos, y gimoteaba sobre la almohada y me debatía... me debatía...

Andy no había pasado desapercibido. A la mañana siguiente las chicas se precipitaron a mi habitación, abrieron las ventanas de par en par y trataron de sacarme de la cama. «¡Te hemos visto, ¿sabes?!», decían riendo, «¡ya verás cómo esta vez el premio gordo es para ti! ¡Caray, chica, felicitaciones! ¡Dólares de plata de los de verdad!» El rubor me encendía las mejillas, y por primera vez, perdida ya toda mi entereza, no se me ocurrió nada gracioso que decir para interrumpir aquel raudal de excitadas palabras. «Fuera de aquí, tontas», dije débilmente, «ése es el típico cazador de mujeres ricas, pero esta vez se ha equivocado de dirección.»

Entonces una de las muchachas me contó que también nuestro casero era un *cowboy* que había venido de Texas a Reno para divorciarse, pero se enamoró hasta tal punto de Nevada que se quedó para siempre. Me dijo también que era el único amigo del padre de Andy y que tenían un rancho grandísimo con millares de cabezas de ganado y más de cien caballos, y no habían hecho de él un hotel de lujo para señoras ansiosas en decadencia: eran muy ricos y, sin duda, no tenían ninguna necesidad de mandar rosas rojas. «En tal caso, figuraos si va a volver», respondí, «a coquetear en una pensión para jóvenes pobres. ¡A él le interesará una buena heredera!» Sin embargo, mientras hablaba me sentía morir sólo de pensar que ya no volvería.

Pero volvió, aquel mismo día, y luego un día tras otro, y nos llevó a ver lugares maravillosos, animales extraños y caballos salvajes, y un día me preguntó, sólo a mí, si me gustaría ir a ver su rancho, y yo le dije que no. Era feliz, pero dentro de mí algo me decía que acabaría enredándome y que aún tenía mucha vida por delante, y que debía abandonar América y regresar a casa. Hoy no sé si fue adecuado prestarle oídos a aquella voz, pero el recuerdo de Andy es, para mí, como un vendaval de pasión, un sorbo de agua en un manantial, una desenfrenada carrera de alegría, un breve pero incesante fuego de artificio que invadió e iluminó con mil colores mi juventud.

La última noche antes de mi partida, Andy vino una vez más con su caballo. En esta ocasión, él, que había sido siempre educado y amable, me ordenó con brusquedad que subiera. Lo miré sorprendida, pero él me alzó hasta la silla como si fuese una pluma.

«Agárrate fuerte», me dijo con decisión, «porque te voy a llevar al desierto y el camino es largo». Abracé su cintura tierna y sutil, y aquel dulce calor se me metió en las venas. Sabía mantenerme en la silla, pero me agarré fuerte porque sentía que aquella noche iba a ser diferente a las otras.

Cuando dejamos atrás la ciudad y nos dirigimos hacia los campos sin cultivar que se extendían a lo lejos, las espuelas se hundieron de repente en los costados del caballo y partimos al instante a galope tendido. Pegué la cabeza en la espalda de Andy y cerré los ojos.

Adivinaba los árboles que, veloces, se agitaban a los lados, las montañas que empezaban a perderse en el crepúsculo, imaginé los gritos de los animales nocturnos, el violento anaranjado del atardecer, mientras oía el viento fustigante y los latidos de mi corazón y el sonido seco de los cascos sobre las piedras y sobre la tierra. Cuando abrí los ojos, las estrellas en el cielo violeta se encendieron de repente, esplendorosas.

Conservo aún una libreta con una portada blanca ya raída y rugosa. Sobre aquellas páginas, durante varios años, dejaba caer en caliente las emociones más intensas de mi vida. Copio de ellas los renglones que escribí la última noche que pasé en Reno, después de la loca carrera a caballo por el desierto de Nevada. Ahora, al releerlos, me hacen daño.

«Andy era tan alto que cuando estuvo de pie junto a mí, mientras yo seguía en la silla, extenuada, nuestros rostros se tocaron. Me dejé llevar. Los dos nos dejamos llevar y, de pronto, el mundo entero se trastornó. Las primeras estrellas mandaban luces de fuego, el aire estaba inmóvil y el silencio era tan profundo que sólo oíamos nuestra respiración. Las plantas extrañas, como largos dedos izados contra el cielo, nos aferraron: ahora veía el cielo debajo de mí y la tierra toda como un cielo. Estábamos entre las estrellas y ardíamos con su mismo fuego. De manera que aquel abrazo fue como un repentino confundirse con todo lo creado, y gritamos fuerte mientras nos apretábamos el uno contra el otro. Aquí estaba otra vez, pleno y ardiente, el flujo del amor. ¡Oh, Dios, la vida, el latir de nuestra sangre, la juventud, la locura, el mundo lleno de estrellas, la magia de la noche, las flores gigantescas, nuestra belleza! ¡Gritábamos, y no era para menos! ¡Nos agarrábamos de las manos y gritábamos, para que nos oyeran todos, el cielo y la tierra, ese cielo nuestro y esa tierra nuestra que estaban dentro de nosotros, que éramos nosotros! Y cuando este nudo de intenso amor y de intenso dolor se disolvió en líquida ternura, yo me conmoví sobre su camisa, impregnada por el sudor de un momento de infinitud, y lloré de gratitud y de alegría porque estaba viva y porque él estaba vivo y era real, tendido en toda su desmesurada altura, y porque él veía las estrellas como las veía yo, me amaba como lo amaba yo, y como yo bendecía el día en que había nacido...»

Era el dos de mayo de 1947. A la mañana siguiente partía hacia California.

# I LOVE CALIFORNIA

¡California! ¡California!

Después del torbellino que me arrolló en Reno, fue como un tranquilo relajarse entre reencontrados afectos familiares, un tranquilo sumergirse en la dulzura de colinas cubiertas de flores, un degustar día a día el descubrimiento de un mundo nuevo, desprovisto por completo tanto de las asperezas de Nevada como de las estimulantes dulzuras de Nueva York.

Ahora vivía de nuevo en una casa, la primera casa de verdad después de más de un año de inciertos vaivenes entre el apartamento de lujo de Park Avenue, el cuartucho de la irlandesa, el pequeño y oscuro refugio de la calle 33, iluminado solamente por el afecto de una maravillosa *vicemadre*, y la anónima pensión de los estudiantes al divorcio. Ahora, en Berkeley, a un paso de la estupenda San Francisco, no sólo estaba en una casa: estaba en casa.

Decía Luigino Franchetti, mi viejo amigo querido, que no entendía por qué tenía que amarse por fuerza a los parientes que te encuentras junto a ti ya hechos de antemano y a los que nunca habrías elegido como amigos. Tenía toda la razón, pero yo tenía allí, en California, parientes que me habría gustado tener como mis mejores amigos para toda la vida. Siempre los había amado, y eran un montón: un tío, una tía y sus cinco hijos, varones y mujeres, cada uno de ellos mejor que el otro.

Me acogieron con los brazos abiertos y, por fin, volví a encontrar a mi familia, con su calor, su alegría, su libertad de pensamiento, su inteligencia, su cultura y su humanidad. Todo lo que había echado en falta durante los largos meses que había pasado en América volví a encontrarlo en aquella bonita casa rodeada de flores. Volví a encontrar nuestro léxico familiar y ese entendimiento perfecto que nace de la afinidad: ahora podía por fin arrinconar un poco el agudo sufrimiento que me provocaba la nostalgia de mi pequeño núcleo: padre, madre y hermano, que había dejado en Florencia.

Aquella tía mía extraordinaria era la única a la que parientes, amigos e incluso extraños llamaban *mamáita*: era deliciosa, siempre sonriente, inteligente y divertida: amaba a todos y todos la amaban. Era la hermana de mi padre y tenía su mismo corazón. Me había organizado una fiesta magnífica. Mi tía se había pasado todo el día trajinando para preparar exquisitos manjares: festiva, rauda y habilísima con su vestido de cocina blanco immaculado. Yo la miraba muda de admiración. Era la misma persona que recordaba rodeada de una multitud de ajetrechos domésticos, camareros, camareras, guardarropas, gobernantes y cocheros, en la gran villa de Munich. Junto a su familia, había tenido que abandonarlo todo, pero nadie como ella había conseguido hacer de la necesidad verdaderamente virtud. ¿Tengo que cocinar? Pues entonces he de convertirme en un *cordón bleu*. De hecho, en la cocina había toda una biblioteca de libros de gastronomía, y ella era capaz de hacer tanto una comida china como un exquisito desayuno francés, y más aún, de sus manos salían pequeñas obras maestras de fantasía, todas creaciones suyas, y todo lo hacía con una gracia y una alegría tales que era como si para ella aquel trabajo no fuese más que un gran divertimento. «¡Ya está listo!», decía con voz cristalina para reunimos, y después desaparecía.

Los demás la esperábamos de pie junto a nuestros asientos en el comedor y encendíamos las velas de los candelabros de plata, único vestigio de pasados esplendores. Al cabo de unos minutos, ahí estaba ella, con su vestido largo de terciopelo azul, guapa a rabiar, peinada y sonriente como si todo hubiese sido preparado sin que ella hubiese tenido que mover un dedo, justo como sucedía en la gran villa de Munich.

La misma noche de mi llegada empecé a comprender lo que era California y por qué razón quien la pisaba una vez, si hubiese podido, se habría quedado para siempre.

Los invitados a *party* en mi honor eran jóvenes y viejos, guapos y feos, americanos y no americanos de los más variados orígenes. No existían, por supuesto, aquellas horcas caudinas bajo las cuales había que pasar en Nueva York para ser invitados en ciertos ambientes: allí o eras válido socialmente, o lo eras intelectualmente, o eras una celebridad. Si no eras nada de esto, la horca se bajaba y te quedabas fuera. Aquí parecía que el criterio era del todo diferente: mientras en aquellos ambientes neoyorquinos había encontrado personas que me habían parecido incluso insoportables debido a su prepotencia y vanidad, en Berkeley este nutrido grupo de gente de todas las razas, de todas las edades y ascendencias, me pareció de una simpatía excepcional: tal vez fuera éste el criterio que se usaba en casa de mis tíos, y ellos sí que eran intelectuales, ¡y cómo!

Me divertí muchísimo y se hizo tarde, y a la mañana siguiente me dejaron dormir, también porque aquella misma noche había otra gran fiesta en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de California: el baile anual de las Bellas Artes. Mi primo, como graduando de la Facultad, tenía derecho a participar y podía llevar a una invitada. Naturalmente me moría de ganas por asistir, pero la cosa no era tan simple. El baile de las Bellas Artes era de disfraces y con tema obligatorio, cada año diferente. A mí me tocó el dedicado a ballets célebres. ¿Cómo me las apañaría para hacerme con un disfraz cuando estábamos ya a media mañana? ¿Y qué ballet elegiría?

No me parecía dar el tipo en tutú con aquel aspecto saludable que había adquirido en Reno y aquel bonito bronceado que me habían proporcionado los gélidos baños en el lago Tahoe y las largas contemplaciones de las bellezas del lago Pyramid. No, ahora sin duda no era ni diáfana ni estaba delgada como en los tiempos de la guerra.

Se me ocurrió una idea no demasiado original, y para nada divertida, cuando mi primo me dijo que poseía un espléndido *burnús*. Yo me había traído de Italia una falda maravillosa trabajada en batik sobre terciopelo de seda azul, turquesa y plata. Con aquella indumentaria no podía ser más que Sherezade, y mi primo sería el gigantesco príncipe de cuyo opulento manto saldría yo de forma inesperada, en medio de aquella multitud de estudiantes enmascarados: una sorpresita pequeña pero bronceadísima y cargada de colgantes, collares y pendientes sobre un sujetador de oro de lo más atrevido. ¿Pero dónde, y cómo, hacerse con aquellas cosas? Quiso la suerte que se presentase en casa una muchacha rusa que había conocido en el *party* de la noche anterior.

Era la esposa de un joven pintor de talento llamado Colescott y también ellos iban a asistir al gran baile de aquella noche. Había decidido vestirse de cervatilla (un ballet con ciervos hacía furor por aquel entonces en Nueva York) y la elección no podía haber sido más afortunada, porque incluso sin disfrazarse parecía una cervatilla de verdad.

Partimos juntas a la búsqueda —difícil— de un par de cuernos, altos y ramificados, y al final de la mañana dimos con ellos. Me llevó a su casa, aplicó los cuernos sobre una cinta de tela y delante del espejo se apretó la cinta sobre la frente, se alzó los largos cabellos rubios y los ensortijó en torno a las rígidas púas. Ya sólo con eso estaba guapísima: luego se pondría un ajustado conjunto de camiseta y braga teñido de verde, unas zapatillas de bailarina y, en la mano, como en el ballet de verdad, llevaría agujas de media de exagerada longitud.

El marido Colescott, joven y delgado, y de ideas vanguardistas, se disfrazaría de rascacielos (escenografía de otro conocidísimo ballet). Ví en efecto el rascacielos en un rincón, a la espera de ser estrenado: era altísimo, todo de madera pintada, con muchas ventanitas por las que se asomaban a todo lo largo innumerables hombrecitos y mujercitas con caras curiosas.

Estábamos ya en las primeras horas de la tarde y yo aún tenía que comprarme decenas de collares dorados, además de zafiros, esmeraldas, rubíes y culos de vaso, pero sobre todo el sujetador que tendría que revestir de tela dorada. Fuimos las dos juntas, excitadísimas ante la idea de estas adquisiciones insólitas y fascinantes, entramos y salimos de varios Five and ten stores, los Upim<sup>[4]</sup> locales, y no tardamos en encontrar todo aquello que nos hacía falta. Nos lo pasamos en grande, y paramos aquí y allá a engullir helados con seltz y otras porquerías, y estábamos tan a gusto juntas que conseguí convencer a la cervatilla para que se viniera conmigo a casa de mis tíos a comer algo antes de volver a su casa y vestirse para la gran *soirée*.

Eran las ocho, una hora horrible, cuando nos separamos. Ella salió escopetada gritando «¡Oh, Dios mío! ¡Colescott! ¡La que me va a armar! ¡Los cuernos...!», y yo me puse a dar puntadas en el sujetador, que se convirtió en una fábula, con aquella tela centelleante de oro. A las nueve se presentó mi imponente primo con el turbante, la cimitarra y su *burnús* azul y plata. Lo abrí y me metí debajo: le llegaba un poco más arriba del ombligo. Causaríamos, estábamos seguros, una gran sensación.

Cuando llegamos a la inmensa aula magna, había ya una multitud desbordante de muchachas en tutú, de faunos, de Petrushkas, de cisnes, de pájaros de fuego. Al redoble de los tambores mi primo se desenredó todo a lo ancho, blandió la cimitarra, abrió las alas de su gran manto y yo salí tintineante de joyas de hojalata y de cristal sobre mi espléndida falda, segura del fascinante poder de mi juventud y de mi bronceado.

Fue un auténtico éxito, pero pasados unos instantes me asaltó el pánico por aquella criatura medio desnuda entre tal multitud extranjera, que vociferaba y silbaba, y

busqué desesperadamente con los ojos una cara amiga. Bajo los grandes cuernos ensortijados de rubio, descubrí por fin, bellísima y sutil, a la cervatilla. Me precipité hacia ella gravemente consciente de mi atrevido disfraz, con aquel sujetador de formas castísimas pero por aquel entonces considerado a todas luces impúdico, y en lugar de encontrar en ella seguridad, la sentí temblorosa e insegura. Me tomó de una mano y me llevó a un rincón. «¡Ha sucedido algo terrible!», me dijo, «¡terrible, terrible!», y me contó lo que había pasado al regresar a su casa. Ciertamente que habíamos salido a las tres y que ella había regresado pasadas las ocho, pero también era verdad que, nada más salir, el marido Colecott había querido probarse el rascacielos. Se lo había izado sobre los hombros y luego había alargado los brazos sobre los costados a fin de que, deslizándola hacia abajo, la construcción le quedase adherida perfectamente al cuerpo y los ojos pudiesen coincidir con las dos ventanitas que había dejado abiertas y vacías en el piso 27. A las tres de la tarde Colecott se había quedado atascado en el rascacielos. Había hecho todo lo posible por liberarse: con las manos, con los codos, tumbándose en el suelo, subiéndose a tientos sobre una mesa, haciendo palanca debajo de la cama con la punta de la construcción. Todo en vano: no había manera, y él no se había atrevido a salir a la calle con aquel armatoste para buscar a alguien que lo ayudara. Ya era demasiado conocido: ¿qué habría dicho la gente? No podía, en aquel momento de apogeo artístico, hacer el ridículo delante de toda la ciudad. Sólo le quedaba esperar. Su esposa no tardaría: para comprar cuatro collares y un maldito sujetador, calculó, con una hora sería más que suficiente. Derrotado, se sentó en una silla y así lo encontró la alegre cervatilla a su regreso, cinco horas más tarde, y se quedó aterrada ante los espantosos bramidos que provenían del rascacielos. Cuando consiguió liberarlo de la coraza, se encontró frente a un tigre furioso que la amenazaba con las garras de punta: era una loca irresponsable, cualquier juez lo habría absuelto por uxoricidio... En cualquier caso el matrimonio se había ido al traste. Fue un drama de gritos y de odio, una cosa digna de Grand Guignol.

Pero luego el relato de la cervatilla cambió de tono: «No puedes hacerte idea», me susurró, «de lo cómico que resultaba aquel rascacielos sentado en una silla: lo había pintado tan bien que parecía de verdad, y cuando aún no sabía lo que me esperaba, cuando lo vi con aquellas piernecitas flacas colgando, aprisionado en su obra, mudo y completamente impotente sin mí, me eché a reír, y no podía parar, y seguía riéndome cuando oí el primer bramido aterrador...»

# SAN FRANCISCO CITY

De no ser por la relectura de mis numerosas cartas a casa, habría sido imposible describir la felicidad que me acompañó minuto a minuto durante toda mi estancia en California. Quería disfrutar al menos de una semana de paz en aquel valle del Edén sin pensar en los problemas que me aguardaban en un futuro inmediato. Quería que me deleitaran y malcriaran en aquel cálido nido de afectos seguros que por fin había vuelto a encontrar. No quería hacer proyectos, no quería hacer nada en absoluto, ni siquiera ir a ver de cerca todas las maravillas que había vislumbrado durante el trayecto desde el aeropuerto de San Francisco hasta la deliciosa pequeña ciudad de Berkeley. Quería dormir hasta tarde, después de tantos y tantos meses de atroz insomnio, y deslizarme dulcemente, sin sobresaltos, en aquella bahía de ensueño. Así que a menudo me sentaba sobre la hierba del jardín a leer un libro, y luego el libro se me caía de las manos: tanta belleza me distraía. Miraba aquel cielo tan limpio, escuchaba las voces familiares y seguía, hechizada, el vuelo fascinante de colibríes minúsculos que parecía un frémito de niebla, y aquel velocísimo batir de alas, y sólo cuando con los largos picos se detenían un instante para succionar el néctar de las flores, las plumas resplandecían de rojo, de verde y de azul al igual que esmaltes preciosos.

Me podía pasar horas y horas en aquel jardín, y no tardé en acostumbrarme a no temblar de miedo cuando el repiqueteo de misteriosas castañuelas traicionaba la presencia de una serpiente de cascabel entre la vegetación. No debía tener miedo, porque en aquel jardín vivía una larga y sutil serpiente multicolor, una *king snake*, mortal y vencedora enemiga de aquella estúpida serpiente de cascabel que anunciaba sus malas intenciones con sonos aflamencados. Tenía además otro eventual defensor: un misterioso galán estudiante de física, proveniente de California del Sur, donde al parecer se convive tranquilamente con esas peligrosas serpientes. Desde muy pequeños, los muchachos de dicha zona aprenden a atraparlas cuando se yerguen listas para el ataque. En ese momento las agarran por el cuello, las matan y luego se las comen asadas. Allí todos los años este deporte nacional culmina con una competición durante la cual son capturadas a centenares, para acabar luego con una gran parrillada regada con un buen vino californiano. Este estudiante de origen español que vivía con nosotros era uno de los muchos que se ganaban cama y comida trabajando y ejerciendo por horas los más variados oficios. Mi primo trabajaba de taxista, otros de mecánico o de expendedor de gasolina, nuestro huésped trabajaba de camarero en un *college* y, por la tarde, mis tíos, que habían partido poco después de mi llegada, le habían encargado regar el jardín a cambio de alojamiento. Me parecía que la vida allí era fácil para todos y poco dispendiosa. De la droga ni siquiera se hablaba, y no se tenía ninguna especial exigencia que obligase a sentirse felices o realizados.

Se estudiaba y se trabajaba, y para vestir se usaba tan sólo la indumentaria del excedente militar americano, y se disfrutaba del sol y de aquel clima maravilloso debido al cual no había ni inviernos gélidos ni veranos tórridos o húmedos. Me parecía que la felicidad estaba de veras al alcance de todos.

Me permití vivir así unos días, en aquella auténtica dulcísima holganza, pero luego volvieron a entrarme deseos de ver y conocer: atravesé la bahía sobre el puente de Oakland, crucé San Francisco, y más de una vez me recorrí de punta a punta, y en ambos sentidos, el Golden Gate, bajo el cual, desde un mar azulísimo, emergía la isla de Alcatraz, con su terrible penitenciaría. Nadie había logrado fugarse nunca de allí, y tampoco nadie lo había intentado: aunque hubiese eludido la vigilancia, no habría podido eludir los numerosos y feroces tiburones que infestaban la bahía. Pero ¡qué maravilla el panorama que se vislumbraba desde aquel puente! Hasta donde alcanzaba la vista, colinas y montañas, ensenadas y puertos, bosques y flores; ¡y aquella ciudad!, San Francisco, con sus cuestas y sus bajadas vertiginosas, que yo recorría en los pequeños tranvías, cuyos troles eran iguales a los de finales del siglo pasado, era la ciudad más luminosa que había visto en mi vida: nacida del mar, parecía encaramarse felizmente hacia la cima para dominar la inmensa extensión del Océano Pacífico al oeste, al este la tranquila gran bahía y al norte el canal del Golden Gate.

Dentro de la ciudad bullía la vida, pero no era frenética y neurótica como la de Nueva York, y la gente era tranquila y cordial, bien dispuesta y sonriente: tal vez se debiera a aquel dulcísimo clima, que empujaba más a amarse que a hincarse los dientes. Me parecía imposible que allí pudiesen existir prejuicios raciales, cuando la población era de todos los colores y se oía hablar en todas las lenguas.

El barrio chino era una ciudad dentro de la ciudad y me esperaba un lugar lleno de sorpresas y de delicias. Fui un día con mi prima, pero las calles estaban semidesiertas y las tiendas y los restaurantes, cerrados: habíamos elegido un jueves y el jueves era el día de descanso. Buscamos un sitio donde poder comer, eran las dos pasadas y teníamos hambre, pero todas las puertas estaban atrancadas. Vagando entre callejuelas y callejones silenciosos, descubrimos por fin una puertecita abierta que daba a una escalera empinada. Desde lo alto de la escalera salían extraños maullidos y extraños olores.

En la entrada había un cartel, pero estaba escrito en chino. Decidimos probar: podía tratar de un fígón. Y, en efecto, lo era: una pequeña tabernucha de aspecto horrible, ciertamente no para turistas, con desvaídos y recargados asientos recubiertos de arrugado plástico rojo. En las pocas mesas había sólo chinos, probablemente trabajadores portuarios, y en el centro ocupaba casi todo el espacio un monumental gramófono. Era de allí de donde provenían los desgarrados maullidos: su música. Nosotras tratábamos de mostrarnos amables y amistosas, pero nuestros comensales nos atravesaron con sus torvas miradas. ¿Qué querían estas dos, este par de mujeres blancas? Tímidamente, preguntamos si se podía comer.

Nos arrojaron sobre la mesa un menú escrito todo en chino. Como último recurso señalamos los platos que los otros estaban comiendo. Nos sentíamos incómodas y teníamos la clara sensación de estar en peligro. Luego un joven con un rostro sin sombra de sonrisa nos puso delante dos platos en los que sobresalía una enorme bola de espuma blanca. Nunca habíamos visto nada semejante en los restaurantes chinos. Con los palillos conseguimos llevarnos a la boca aquella espuma viscosa; no sabía a nada, pero de repente la bola se partió en dos y de ella salieron unos trozos de carne y una salsa de lo más exquisito, de un insólito, y nunca antes degustado, sabor.

Pedimos otra ración, pero una vez acabado el segundo manjar, me asaltó de súbito la duda de si no sería carne de perro, y poco faltó para que vomitara. Salimos de allí con el estómago revuelto, con enormes deseos de aire y de sol, y puede que también de chinos, siempre que, al menos, sonrieran. En la calle desierta sólo había un hombre viejísimo, sentado en el suelo, que sostenía sobre las rodillas una bandeja sobre la cual había extrañas cosas resacas, vísceras de pollo y otras entrañas polvorientas, pero también blancas rodajas de coco confitado en saquitos cerrados de papel transparente. Le compramos varios para quitarnos de la boca el pensamiento del perro y también porque aquel anciano, tan solo con su mísera mercancía, me daba una pena horrible.

A nuestro alrededor colgaban por doquier los grandes rótulos de restaurantes famosos. De noche, y en días laborables, debía de ser un espectáculo espléndido y me hice la promesa de volver, también porque la cocina china me gusta muchísimo, pero la idea del perro en salsa con la guarnición de miradas torvas me contuvo, y ya no volví a Chinatown, la ciudad de las maravillas cuando se enciende de vida.

En San Francisco conocí a dos personas con las que mantuve amistad mientras vivieron, pero tenían cuarenta años más que yo y el tiempo en que nos quisimos fue demasiado breve. Era una pareja de simpatía poco común, de gran cultura y de espíritu excepcional. Con ellos me divertí más que con la gente de mi edad. Sabía que eran inmensamente ricos y que financiaban la gran orquesta sinfónica y el Teatro de la Ópera de la ciudad. Me preguntaba cómo se las habían arreglado para acumular toda aquella riqueza, y un día me lo explicaron ellos mismos: el abuelo de uno de los dos había venido a California en la época de la fiebre del oro, pero no había sido aquel rubio metal el causante de su fortuna: habían sido los *blue jeans*, que él mismo había inventado.

Los de hacía cien años estaban hechos con una tela a prueba de bomba, duraban toda una vida y morían con su dueño, ya fuese buscador de oro, *cowboy* o bandido. Si los nietos de mis amigos disfrutasen todavía hoy de la patente de aquel genial inventor, sin lugar a dudas podrían financiar los teatros de la ópera y las orquestas sinfónicas del mundo entero.

San Francisco era, y es, una ciudad de cultura, de estudio y de intenso trabajo. Su población es alegre y fascinante; el tráfico por tierra, por mar y por aire, intensísimo. Comercio, agricultura y finanzas hacen de ella una de las más importantes ciudades del mundo, y cuando estaba allí disfrutando de ella, yo con toda una civilización milenaria a las espaldas, pensaba con estupor que la historia de aquella ciudad no había cumplido aún los cien años. Las costas de California del Norte habían sido recorridas por los navegantes españoles desde el siglo XVI, pero nadie se había percatado nunca de que aquello que podía parecer un profundo golfo

enlazado a la tierra firme, se estrechaba luego en un angosto pasaje detrás del cual se extendía una bahía maravillosa, inmensa y segura, con sus islas, sus lagunas, y colinas verdes y florecientes. Dicen que Sir Francis Drake se percató de ello, pero creo que si fuese verdad no hubiese perdido ocasión de añadir semejante perla a la corona de su reina Isabel. El primer velero que en 1775 atravesó el estrechamiento del Golden Gate, fue el *San Carlos*, comandado por el capitán Manuel de Ayala, y al cabo de un año ya existía el primer asentamiento: sólo una misión y un pequeño presidio. Pasaron más de cincuenta años, años tranquilos para aquella pequeña comunidad, hasta que hicieron su aparición aventureros, cazadores de ballenas y depredadores de animales.

La primera casa de verdad fue construida en 1835, y a visitar aquellos modestos ranchos empezaron a llegar también navíos mercantes. Cuando en 1846 los Estados Unidos se anexionaron aquel territorio, la única aldea existente contaba con doscientas almas. En 1848 la minúscula aldea fronteriza recibió el nombre de San Francisco. Fue entonces cuando la fiebre del oro vertió en aquella zona avalanchas de gente; existían poquísimas casas, se vivía en tiendas de campaña, en grutas, en tambaleantes barracones; se extendían por el suelo veleros abandonados y dentro de los almacenes se instalaban tiendas, hoteles, almacenes. En un año la población pasó de ochocientos a treinta y cinco mil habitantes y la avalancha aumentaba día tras día. Fue un período de violencia, de ganancias delirantes, de precios por las nubes, de asesinatos, de desórdenes y de incendios. La gente de bien estaba en manos de la peor carne de presidio, que tenía el control absoluto de la ciudad, pero entre 1851 y 1856 los ciudadanos honestos se organizaron en comités, nacieron los famosos Vigilantes,<sup>[5]</sup> la ciudad fue adecentada y el orden restablecido. En 1906, el año del terrible terremoto y del incendio que destruyó gran parte de la ciudad, y por completo el centro, la población alcanzaba ya los 400.000 habitantes. Ninguna otra ciudad ha nacido, muerto y resurgido en ese período tan breve que es un siglo de historia.

# SOÑANDO CON HAWAI

Estaba tan entusiasmada con California, y con su tan disfrutable *way of life*, que demoraba de continuo la fecha de mi partida a Italia. Cada vez que lo hacía les pedía a mis padres que me perdonaran por ello, pero mientras tanto había encontrado un trabajo en una tienda de ropa, me pagaban bastante bien y vivía feliz. Mi padre me escribía que en lugar de vender vestidos haría mucho mejor siguiendo un curso en la Universidad sobre la historia y la literatura americanas, pero yo le respondía que después del esfuerzo que me había costado la licenciatura, la idea de volver a estudiar me ponía la carne de gallina. Las únicas carreras que habría considerado posibles para mi futuro eran únicamente el periodismo y la moda, es posible que las dos a la vez.

Justo por aquellos días, en la Universidad de California estaba a punto de iniciarse un curso de *fashion design*, que era una materia no obligatoria en la Facultad de Economía Doméstica. Que la economía doméstica pudiese elevarse a estudio universitario, y que hasta fuera posible licenciarse, era algo que me hacía partirme de risa. Pero allí era posible, y aprender, lo que se dice a fondo, el arte de cocinar, de limpiar bien los cristales, lavar, planchar, hacer punto, remendar calcetines. Me parecía que una mujer que supiera hacer todas estas cosas normales, y que ahorrara con las alcahofas o con el perejil, pero a nivel universitario, podría convertirse en un auténtico tostón para su marido. («¿Que la sopa sabe a pegado...? ¿Pero qué dices...? ¡Recuerda que soy licenciada...!»).

La verdad es que a mí aquellas ciencias no me hubieran venido mal, pero la perspectiva de convertirme en una mujer perfecta en aquel momento, después de mi primera dura experiencia matrimonial, no me apetecía en absoluto. Conque me inscribí en el curso de moda, cuya duración sería de seis semanas.

El centro universitario era un conjunto de construcciones modernas y blanquísimas rodeadas de flores, cada tipo de deporte tenía su equipamiento adecuado, había bonitas piscinas y chicas y chicos sanos y limpios. Las del curso de diseño, todas mujeres, éramos sólo ocho. Mis compañeras sabían coser, a mano y a máquina, pero yo había sido siempre una negada para los trabajos femeninos, que en mis tiempos nos enseñaban en la escuela elemental. Recuerdo mis buenas calificaciones echadas a perder por aquel único y eterno «insuficiente» en labores domésticas. Ahora, en cambio, quería aprender a diseñar y luego confeccionar un modelo y también saber coserlo entero por mí misma. Pese a poner toda mi buena voluntad no conseguí nunca, ni siquiera durante el curso, hacer una costura derecha, pero, gracias a Dios, tenía una gran fantasía, y nuestra profesora me prestó una atención del todo particular, considerando quizá que coser a máquina no era esencial para mí.

Dentro de mis limitadas posibilidades, durante aquel curso, después de todo bastante ridículo, hice un poco lo que María Vannini Parenti y Bista Giorgini habían hecho cuando, un año antes, los había encontrado en Nueva York: empecé a interesar a alumnos, profesores y comerciantes por la moda italiana. Llevaba a clase mis pocos vestidos confeccionados con telas de preguerra, bonitos y raros para los americanos, mostraba mis joyas, los zapatos hechos a mano, y me hacía enviar desde Italia la revista *Bellezza* y las otras pocas existentes. Todo ello despertó un evidente interés, y ahora pienso que sin saberlo quizá había prendido una pequeña mecha en el *West*, a la espera de la gran explosión, del éxito fulgurante que la moda italiana alcanzaría en los Estados Unidos después de 1950. Sólo entonces se empezó a tener una imagen diferente de los italianos: ya no fueron considerados por la masa como unos palurdos enriquecidos, sino que tuvieron que reconocerles la elegancia y, sobre todo, el estilo a través de los productos que llegaban de nuestro país; lo que trajo consigo el interés por nuestra cultura. El odioso cliché de los espaguetis y de la mandolina, aquel distintivo que todavía en 1947 parecía imborrable, empezó a desvanecerse y ya no tendría que temer ser ofendida al atribuirme un origen italiano.

El curso de *design* en el que me diplomé durante aquel verano era sin duda de alto nivel. No aprendí a hacer las costuras a derechas (y esto era sólo culpa mía) y realicé con bastante fastidio los deberes para casa: había algunos tan estúpidos que me parecían una verdadera tomadura de pelo, como, por ejemplo, el de llevarse tres revistas de moda cedidas por la Universidad y luego recortar y pegar un vestido de una, un sombrero de otra y un par de zapatos de la tercera, que conjuntaran entre sí. O sea, no teníamos que pegar sandalias de raso con broche de *strass* debajo de una falda de *tweed*, o poner un sombrero *sport* sobre un vestido largo de *chiffon*.

Me parecía una verdadera estupidez que se nos pidiera semejante cosa, pero puede que en América, en aquella época, la clase media necesitase también un poco de estos elementales ejercicios: el buen gusto no reinaba en todos los rincones. Yo, en cambio, necesitaba distanciarme de los otros estereotipos de la mujer bien vestida para introducir en ciertos esquemas más libertad de líneas, más funcionalidad y menos rigor. Pocos años después del curso de Berkeley, cuando llevaba ya tiempo en Italia, me di cuenta de lo mucho que América me había enseñado, y le restituí, en los puntos clave de la moda en los Estados Unidos, un *made in Italy* hecho por mí, original y llevable, que tuvo una enorme aceptación y a mí me llenó de entusiasmo.

Trabajaba mucho, entre otras, con una *boutique* de Nueva York que fue una de las plataformas de lanzamiento de aquel tipo de moda que hoy se llama *casual*. Sabía que para este género de cosas, las damas americanas se procuraban las firmas más prestigiosas, y empecé a ver en las revistas a Jacqueline Kennedy con vestidos, pantalones y camisas que habían salido de mi pequeña organización artesanal. A menudo llegaba a través de un telegrama un extraño pedido de aquella famosa Boutique Veneziano: diez pares de pantalones del mismo modelo, la misma talla y el mismo color; diez vestidos ídem; diez sombreritos iguales, todos blancos; diez bolsos todos de color rojo; diez biquinis del mismo modelo, de la misma fantasía y de la misma talla. Siempre diez piezas, todas iguales, todas urgentes. ¿Qué misterio era aquél? Me lo desveló el gran Veneziano durante una de sus visitas a mi país: eran pedidos de la señora Kennedy, que al preferir viajar sólo con su *beauty-case*, enviaba a los diez lugares que visitaría durante sus vacaciones todo su guardarropa. Ya fuese Londres o Capri, ya fuese Suiza, Grecia o Brasil, en cada armario de cada habitación que la hospedara, la señora, con el *beauty-case*, volvería a encontrarse con su ropa, nueva a estrenar, nunca usada antes. Una broma algo cara pero bastante cómoda. Pero ni la señora Kennedy, ni las demás señoras de la alta sociedad americana se habrían podido imaginar nunca que llevaban confecciones inventadas y ejecutadas por aquella menuda dependienta, atenta y vivaz, que las había servido amablemente en el tercer piso del Bergdorf Goodman de Nueva York. También allí, por supuesto, había aprendido algo.

El de la moda fue un período emocionante de mi vida, que nació en California y acabó siendo vilmente decapitado por mí en Florencia cuando advertí que ya no podía soportar el peso del éxito apoyándome sólo en mi pequeña empresa artesana, pero yo era artesana, sólo eso: no tenía capacidad directiva, no me interesaba en especial el dinero, no había hecho nada para hacerme publicidad, y ahora me veía obligada a convertirme en una empresaria. Así que, de la noche a la mañana, regalé a mis amigos competidores direcciones de proveedores y clientes, coloqué en otros sitios a las personas que habían trabajado para mí y abandoné por completo aquel juego apasionado con los diseños, las telas y los colores.

Todo esto sucedía muchos años después de mi curso en Berkeley, una vez acabado el cual tendría que haber partido de una buena vez, pero California me gustaba mucho y me entusiasmaba con todo, así que traté de persuadir a los míos de que viniesen hasta aquí, e incluso de que se quedasen conmigo para siempre. No andaban bien de salud: aquel clima seco de constante suavidad sin duda hubiera podido curarlos, y yo me aferraba cada vez más absurdamente a aquella idea, pero desde Italia me llegaban pequeños jarros de agua fría y pronto tuve que convenir que este proyecto, que había incubado con esperanza y amor, no era más que otra de mis habituales ilusiones. En aquel tiempo, y puede que tampoco ahora, nunca conseguía someterme a una realidad que estuviera desprovista por completo de una chispa de locura.

Una vez convencida, quise disfrutar de California hasta el fondo y redoblé mis actividades y mis correrías por todo el territorio que estuviese a mi alcance. Fui a playas desiertas y lejanas donde las grandes olas del Pacífico se rompían con terrible fragor, conocí ventorros de puerto donde con un ligero guiño de ojos te ofrecían un vasito de prohibidísima absenta, visité los espléndidos viñedos de los italianos y de los franceses, y a cada degustación de sus vinos sacudía la cabeza: toda su maquinaria, les decía, no valía nada en comparación con los pies de los campesinos toscanos que exprimían un vino que ellos ni siquiera llegarían a soñar. Los viñadores se sentían heridos en su orgullo y yo reemprendería el regreso con botellas de añadas especiales que serían destinadas a los campesinos toscanos para que degustasen aquellas obras maestras, pero es inútil decir que, en una única velada con mis primos y mis amigos, de todas aquellas botellas no quedó una sola gota.

Además de mi trabajo en la tienda, acepté, en virtud de la compensación que se me ofreció, posar para dos pintores que me habían visto vestida de Sherezade en el baile de las Bellas Artes y que querían retratarme con aquel disfraz.

Con aquella falda fabulosa era evidente que cualquier sujetador desentonaba, incluso aquel todo de oro que yo misma había mal cosido. Tenían razón, pero yo no me habría desnudado delante de ellos ni siquiera por amor al arte, y puse como condición que el seno desnudo se lo inventaran ellos. Y así se hizo, aunque sus esposas

nunca les creyeron.

Me gustaba posar y ver nacer día a día dos cuadros magníficos. Me gustaba verlos trabajar con tanta pasión y acabé enamorándome de aquellos cuadros y les pedí que me los vendieran. Renunciaba a la retribución y añadiría algo más, pero ellos ya tenían un nombre y por lo tanto una cotización, y no quisieron cedérmelos a ningún precio. En casa de mis tíos ausentes se celebró luego una fiesta demencial que duró hasta el amanecer para celebrar mi cumpleaños y mi decisión de gastar la penúltima parte de la liquidación recibida de mi marido en ir a ver con mis propios ojos las islas Hawái. Había separado aquel dinero por si sufría alguna desgracia, pero mi salud era de hierro y pensé que nunca más en la vida llegaría a estar tan cerca de aquellas islas de mis sueños. Me ilusionaba reencontrarme con la atmósfera de una película que había visto de pequeña: se titulaba *Sombras blancas en los mares del Sur*<sup>[6]</sup> y se desarrollaba por entero en aquellos lugares paradisíacos, a mí me había impresionado muchísimo. Sólo me separaban de Hawái ocho horas de avión. ¿Cómo iba a imaginarme que unas decenas de años después se podría volar a diestro y siniestro y que más o menos todo el mundo podría permitírselo? Hoy se llega en un abrir y cerrar de ojos y vas a ver un cúmulo de rascacielos y horripilantes masas de turistas.

En 1947 ya era tarde, pero al menos no vi la total mortificación de los indígenas y del ambiente. Fui a una agencia: el viaje no era muy caro, la vida tampoco, a menos que no se tuvieran ínfulas de hoteles de lujo; había bastante poco que comprar y mis amados cocos caían en abundancia a lo largo de las calles. No costaban nada, sólo había que tener cuidado de que no te diesen en la cabeza. ¿Qué más podía desear? Compré el billete, metí cuatro cosas en la maleta y partí de San Francisco.

# HAWÁI, UN PARAÍSO DE MÚSICA, FLORES Y VOLCANES

Cuando el capitán James Cook descubrió en 1778 las islas Hawái, a las que bautizó Islas Sandwich en honor del primer Lord del Almirantazgo, que se llamaba así, no debió de experimentar una particular emoción, en primer lugar porque hacía ya diez años que navegaba a lo largo y a lo ancho del Pacífico y había descubierto toda clase de riquezas en aquella parte del mundo, y en segundo lugar porque no habría podido imaginar que, justo en aquellas islas y a manos de aquellos pacíficos salvajes, perdería su preciadísima piel. Sin lugar a dudas ya estaba acostumbrado a las maravillas de la Polinesia (en Tahití era como de la familia), y por eso aquellas ocho islas de ensueño, aparte de la satisfacción del descubrimiento, no debieron de parecerle muy distintas a las que ya había visitado más de una vez. La diferencia entre el capitán Cook y yo (espero que quede clara la ironía) radicaba por tanto en esto: para él aquellas tierras que surgían súbitamente del mar como montañas encantadas, no eran una novedad, y llegaba a ellas por mar. Yo, en cambio, no me esperaba un espectáculo tan maravilloso porque nunca había visto nada parecido, y además caí desde el cielo. Ni siquiera hubo tiempo de gritar «¡Tierra, tierra!» cuando, a aquella velocidad del avión y después de horas de océano azul oscuro salpicado de pequeñas y redondas nubecillas blancas, se me aparecieron de repente las islas Hawái como espléndidas esmeraldas flotantes en aguas claras y transparentes. Estupefacta, después de largas conversaciones con los pasajeros y el personal de a bordo, enmudecí de la impresión. Descendimos en grandes círculos y, cuando aterrizamos, me faltó la respiración a causa del perfume arrollador que provenía de aquella tierra. Entonces vi cuánta razón había tenido en querer hacer aquel viaje: eran verdaderamente las islas del paraíso.

Sólo unos cuantos nos quedamos allí. El avión hacía una breve escala para proseguir viaje hacia Australia y las islas Fiji. Sentí tener que despedirme de los encantadores pilotos, con los que enseguida había hecho amistad y que me habían propuesto (en broma, se entiende) llevarme como pasajera clandestina hasta aquellos otros destinos tentadores.

Descendí la escalinata bastante emocionada por aquellos olores intensos, por aquellos colores y por los dramáticos perfiles de aquellas montañas. Uno de mis compañeros de viaje residía en Honolulu y estaban esperándolo dos o tres muchachas indígenas, que corrieron a enguinaldarlo con los *lei* de orquídeas. Cantaban dulcemente *aloha*, una palabra de felicitación que quiere decir al mismo tiempo bienvenido y hasta pronto, según las circunstancias. Iban vestidas con *muumuu* de flores azules y blancas, largos hasta los tobillos, y mi primera desilusión fue su exigua belleza. Tenían, sí, larguísimos cabellos, dulce sonrisa y graciosos movimientos, pero los cuerpos eran achaparrados, sus narices achatadas y las manos y los pies toscamente modelados. Poco después descubriría que también aquellas telas que envolvían sus cuerpos y que me apresuraría a adquirir en cuanto llegase a la ciudad, habían sido estampadas en los Estados Unidos. Perdieron al punto su encanto y me guardé muy bien de comprarlas.

En un pequeño autobús recorrimos durante media hora caminos aún sin asfaltar a lo largo de la costa. Millones de flores se apretaban unas contra otras en masas compactas: las orquídeas tenían morros curiosos y orejas tiesas, los *ginger* expandían a oleadas su perfume embriagador, hibiscos grandes como árboles manchaban el verde intenso del follaje con máculas de todos los colores, y toda aquella masa, durante kilómetros y kilómetros, estaba contenida dentro de un extraño e interminable recinto de ramas secas que delimitaban los jardines. Sobre estas ramas entrecruzadas campeaban enormes rosas de madera con un corazón marrón que se tornaba negro en el centro. Este tipo de empalizada no me pareció de muy buen gusto y pregunté si por casualidad aquel tipo de tallado era una característica artesanal del país. Me respondieron entre risas que aquellas complicadas esculturas no eran más que la continua sucesión de una planta que producía flores como grandes peonías, pero que los pétalos de aquellas flores no se caían: después de la floración permanecían sobre las ramas secas y se lignificaban sobre los tallos. Imaginé lo que debían de ser aquellas rosas inmensas cuando aún conservaban sus colores, cogí algunas semillas y las escondí en un pañuelo. Exportar o importar cualquier tipo de planta estaba absolutamente prohibido en los Estados Unidos desde que, por conducto botánico, se importó de Europa una enfermedad que destruyó todos los castaños del continente entero, desde Tierra de Fuego hasta Alaska. Pero yo quería llevarme aquellas semillas a Florencia y las conservé siempre en el bolsillo, apretadas en aquel pañuelo.

En aquel mes de junio de 1947 no había todavía turistas, la ciudad de Honolulu era pequeña, con pocas tiendas y ningún rascacielos. Era también fea, de no ser por aquellas inmensas montañas que se alzaban detrás y por aquel verde brillantísimo que la rodeaba.

Me escapé al instante del pequeño hotel, más bien sórdido, que la agencia me había reservado y me fui a Waikiki Beach en busca de otro alojamiento. Encontré una habitación en una casa privada y desde la puerta-ventana podía salir directamente, descalza, a aquella arena finísima. ¡Dios, qué maravilla de playa la llamada Waikiki! Se extendía justo a los pies de ese volcán, ya extinto, que se llama Diamond Head y que surge de las palmeras para lanzarse con violencia, bello y misterioso como una esfinge, en aquel océano sin horizontes. El inmenso abanico de la playa se abrió frente a mí: estaba hecha de una arena blanca, más blanca aún que la de mis playas de Elba cuando sólo eran de cuarzo y no de polvo, y era ancha, anchísima, y la golpeaban olas gigantescas sobre cuyas blancas crestas hawaianas con tablas de madera revoloteaban ligeros como mariposas. De noche, en aquella habitación, oía palabras, reclamos y gritos que tenían la melancólica dulzura de las canciones. Por todas partes, y a cada momento, oía cantar, y el ukelele emitía sonidos de casta y tímida alegría. *Aloha* no era una palabra acuñada para los turistas: su tibio calor venía directamente del alma de aquella gente hospitalaria, amable, quizá todavía feliz en aquel entonces.

Pero Honolulu estaba abarrotada de militares americanos aún sin desmovilizar.

Los numerosos navíos de su flota, que habían sido masacrados en el repentino ataque aéreo de los japoneses al puerto de Pearl Harbor, cuando ambos países no estaban aún en guerra, seguían allí, en grandes montones oxidados, las proas contra el cielo, convertidos en inutilizables y semicarbonizados desechos. Fue justo inmediatamente después de aquel desastre, que ahora tenía ante mis ojos, cuando los Estados Unidos entraron en guerra contra Alemania y Japón.

Pasé por aquel lugar de muerte y proseguí hacia las montañas, aquellos picos agudos y verdísimos donde, debido a la repentina alternancia de aguaceros y cielos serenos relucientes de sol, se elevaban desde la tierra nieblas impalpables, y desde una montaña a otra, desde el cañón a la cascada, desde el bosque a la dura tierra volcánica, todo estaba ligado por un mágico entramado de arco iris. Bajo aquellas cimas cortantes y aquellos dulces valles rezongaban los volcanes que tantas veces habían estallado con iras furibundas delante de los ojos maravillados de los indígenas, los cuales miraban aquellas peligrosas erupciones como una fiesta de luces y colores.

Sí, era mejor alejarse de la ciudad para poder imaginarse las islas Hawái en los siglos XVIII y XIX, sin soldados, sin marineros ni pilotos, sin las casas de los millonarios, sin nuestra civilización y sin hoteles. Y de éstos, en 1947, no había todavía muchos, pero por todas partes, entre las palmeras, en las plantaciones de ananás, en las de caña de azúcar y sobre las colinas, sobre los precipicios y delante de aquellas cascadas en las que por una broma de las corrientes el agua corría hacia arriba en lugar de hacia abajo, campeaban ya triunfantes enormes carteles con el anuncio de Coca-Cola. Y eso que las islas Hawái no eran aún el estado americano número cincuenta, sino que sólo habían sido anexionadas después de que los propios indígenas, en 1898, destronaran a su reina Liliukalani y transformaron el reino en república. Que únicamente de los Estados Unidos pudiese venir la posibilidad de un gran desarrollo económico, lo había entendido ya el rey Kalakua, quien, en el lejano 1875, había ido incluso a Washington para entablar relaciones diplomáticas: las autoridades americanas le concedieron la exportación del azúcar hawaiano en América sin pagar derechos de aduana, pero a cambio de esta concesión, Estados Unidos pidió y obtuvo el uso del puerto de Pearl Harbor como base naval. Desde entonces la suerte estaba echada y nadie añoró la era del rey Kamehameha, cuando nadie sabía leer ni escribir y en la isla se vivía como en esas películas que hoy nos la dan con queso.

El desarrollo económico auspiciado se produjo a toda velocidad. En aquellas islas se precipitaron masas de japoneses, blancos de todos los orígenes, y a continuación chinos y filipinos; y así todos ellos, como si tal cosa y con toda celeridad, se cruzaron unos con otros, hasta el punto de que hoy los hawaianos puros en las islas serán más o menos unos dos mil. Es un país donde nunca podría existir un problema racial y así, juntos y bien revueltos, los individuos han acabado perdiendo sus características originarias.

Una noche, durante un *luau*, una alegre fiesta a base de viandas locales, vi dos bellos ejemplares de mujer que nunca antes había visto: eran dos gemelas, bailaban

graciosamente la *hula* vestidas con faldas cortas de rafia y coronas de flores. Tenían larguísima y lisos cabellos negros, ojos de un azul casi violeta y pequeños cuerpos esbeltos perfectamente proporcionados. Eran mitad chinas y mitad francesas y aquel cruce había ido más allá de lo bello: eran casi un milagro; nada que ver, sin duda, con aquella combinación fallida que representaba una camarera del hotel donde pasé las últimas dos noches: de padre escocés y madre samoana, ella, pobrecilla, había heredado justo lo peor de las dos razas: tenía los rasgos y el cuerpo basto de la madre y los cabellos rojo anaranjados y las pecas del padre.

En seis días vi todo lo que podía verse en la isla de Oahu: las montañas y los valles, los bosques fragantes y resonantes de reclamos de pájaros, las barreras coralinas, las flores nunca vistas hasta entonces, las terribles tormentas y el entrelazado de innumerables arcoíris que a veces nacían bajo tus pies: de pronto te convertías en una mágica criatura de luz y de color. Pero luego, por la noche, volvía con la gente de Honolulu, donde había unos cuantos indígenas dedicados sobre todo al esparcimiento de los militares y de los pocos turistas. Ya entonces empezaba a notarse un aire falso. Mi gran deseo era trasladarme a la isla de Kauai, donde, según me decían, había pocos chalets, millones de flores e indígenas todavía incorruptos que hablaban su lengua. Nada más llegar me había comprado una gramática de aquel idioma simple y musical, cuyo alfabeto tenía sólo once letras: me gustaba el sonido de las palabras, dulce como sus canciones. Estudiaba en la playa, al sol, pero no conseguía practicar con nadie: los jóvenes ya sólo hablaban inglés, y el hawaiano se había convertido en una lengua muerta. A lo mejor en Kauai... Pero no tenía los diecisiete dólares para el avión y me quedé donde estaba, atiborrándome de cocos, de papayas y de pescados y moluscos exquisitos.

El último día de mi estancia se celebraba una fiesta grande en la isla: llegaba el transatlántico *Matsonia* de San Francisco con el primer contingente de turistas de la postguerra. Por cinco dólares me compré un *lei* de treinta y cinco orquídeas que me llegaba hasta los pies y me trasladé a toda prisa al aeropuerto para no hablar, no ver y no oír. Regresé a Berkeley con aquel maravilloso trofeo, y mientras aquellas flores siguieron con vida pude seguir evitando pensar en el *Matsonia* y en su carga, que en pocos años se convertiría en otro ejército. Qué lástima. Qué lástima.

# NOSTALGIA

Tras el regreso a Berkeley de mi viaje a Hawái, advertí que mi estancia en aquellas islas me había turbado.

Cuidaba con amor las treinta y cinco orquídeas que me había puesto al cuello al partir de Honolulu: vivieron más de veinte días y su muerte me entristeció más de lo que hubiera sido justo y natural. Me di cuenta de que había hecho de aquellas flores un símbolo: ellas eran las islas pero, también, mis ilusiones, y yo no quería ver morir ni a las unas ni a las otras. Era más o menos como si algo, aunque de mínima importancia, le hubiese sido arrebatado a la completud de mi vida.

Una vez muertas mis orquídeas, no paraba de pensar en aquellas islas encantadas que habían emergido del océano mediante seísmos aterradores, y pensaba que estaban adueñándose de ellas esos hombres que nacen ya con el incoercible instinto de imponerse a la naturaleza para luego destruirla. Unos hombres que yo no había conocido hasta entonces.

Durante la guerra había visto todo tipo de crueldad, de atropellos y de engaños, ejercitados por el hombre contra sus semejantes de ideas opuestas o diferentes extracciones, pero era la guerra la que hacía que fuese así: era el miedo y el odio, o el fanatismo, o la cobardía. Eran los tiempos del *homo homini lupus*, pero yo era joven y estaba segura de mis grandes ideales y me ilusionaba con la idea de que luego tendría que regresar intacto el *homo hominis deus*, en el que creía con toda mi alma. Antes de la guerra no había visto nunca a nadie ensañarse con la naturaleza hasta el punto de devastarla: éramos todavía pocos, no viajábamos, tratábamos de mantener la belleza de nuestras tierras; nunca las habríamos ofendido. Y en cambio, en aquel 1947, sobre aquellas islas, tuve la primera intuición de lo que más tarde sucedería en todo el mundo.

Las señales del ocaso de aquella civilización polinesia, que no había producido ninguna obra maestra artística pero que en cualquier caso era digna de todo el respeto por estar en perfecta armonía con la naturaleza en la que había nacido, me parecieron patentes ya en aquel tiempo lejano. Tal vez conseguí aprovechar aún un atardecer antes de que la noche extinguiera la belleza y un nuevo amanecer mostrara fealdades y artificios que agradarían a un público obtuso. Recuerdo con amargura una viñeta aparecida en la famosa revista *The New Yorker* varios años después de mi estancia en Honolulu: sobre una extensa playa, a la sombra de una palmera, están sentados un hombre y su esposa, con un aire de aburrimiento total y caras inexpresivas. Miran los rascacielos que rompen la línea del horizonte y él le dice a ella: «¡Pero todo esto, al fin y al cabo, no se diferencia mucho de donde vivimos nosotros!».

Al volver a California traté de convencerme de que a lo mejor aquello que había intuido podía ser un caso aislado y que mis negros pensamientos sobre los instintos del hombre se debían tan sólo a una momentánea melancolía, lo que veía a mi alrededor debería haber sido una prueba: en California existía un gran respeto por la naturaleza: los dos parques nacionales estaban protegidos por leyes férreas y bajo continua y eficaz vigilancia, el estilo californiano armonizaba a la perfección con el ambiente y su clima: me parecía que aquí procuraban por todos los medios valorar la naturaleza antes que aplastarla. No veía que hubiesen infringido ninguna violencia, aunque la población, atraída por aquel modo de vivir tan distinto al del Este, continuaba incrementándose cada vez más.

Me encontraba bien en Berkeley. Había vuelto a incorporarme al trabajo en la tienda de ropa y no me parecía nada monótono, tal vez porque en todo lo que hacía ponía grandes dosis de entusiasmo. Además, con bastante frecuencia, en aquella vida tan fácil y organizada, había momentos excitantes e inesperados, como las entrevistas en la radio de San Francisco o las veladas con los grandes cerebros de las cátedras de la Universidad de California o Palo Alto. ¿Era el aire de aquella tierra lo que los hacía tan abiertos y disponibles, tan sencillos y carentes de esa presunción a la que habrían tenido todo el derecho del mundo pero que yo detestaba más que cualquier otro defecto humano? Siempre me ha resultado fácil comunicarme, y creía haberme adaptado ya del todo, mientras que, por el contrario, empezó a insinuarse en mí un cierto malestar del que, a pesar de haber practicado siempre el autoanálisis, no conseguía dilucidar la verdadera naturaleza.

Distraída con el trabajo, con el ambiente y con mis divertidos primos, no había comprendido que dentro de mí estaba brotando la nostalgia. En Nueva York la había sufrido de manera atroz, sobre todo por la necesidad de consuelo y de afecto después del *shock* producido por el desmoronamiento de mi matrimonio en sólo veinticinco días. Ahora era diferente: todo era bonito, fácil y, en ocasiones, hasta emocionante, pero me faltaba algo que a todas luces era esencial. Todavía no me había decidido a partir, y, en cualquier caso, pensaba que algún día volvería a California, pero en mis cartas de aquel tiempo veo que empiezo a hablar de infranqueables barreras culturales y mentales, y de mi deseo de Italia y de su gente, de la Toscana y de la casa de campo, de las iglesias y de los museos, y «de todas las cosas que, pese a ser pequeñas en proporción a estas grandezas, me parecen dotadas de un alma más grande, o quizá simplemente más cercana a la mía». De este modo había introducido en mis cartas las razones de mi malestar, empezaba a ser consciente de mi nostalgia, aunque poco después escribiera en otra carta: «California quedará para mí como un sueño maravilloso, un ideal de libertad alcanzada, de armonía familiar y de afecto, de calor, de sol y de amor». Incapaz como siempre de vivir sin entusiasmos, no conseguía comprender cuál de ellos era el más grande: por eso, mientras me apenaba el pensamiento de partir, y la imagen de Italia y de sus tesoros se me hacía cada vez más urgente, no conseguía fijar una fecha para el regreso.

Luego, como un mazazo, me llegó una carta de una de mis parientes. Yo había ocultado muchas cosas a los míos para no agravar en ellos la pesadumbre de mi lejanía. Había callado momentos de verdadera desesperación, de desconcierto, de dolor. Y ellos habían hecho igual conmigo. Me mandaban fotografías en las que se les veía sonrientes, me escribían cartas llenas de cosas graciosas y de comentarios que sabían que me divertirían, me tenían al corriente de todo lo que se refería a sus vidas y a las de las personas que me eran queridas, y me tranquilizaban en cuanto a su estado de salud. Ahora, en aquella carta, se me comunicaba que mi padre había sido ingresado en una clínica debido a continuas y terribles crisis de asma, y que el estado del corazón de mi madre empezaba a ser algo preocupante.

Hoy, en el momento en que empiezo a sacar conclusiones sobre mi vida, debo admitir que no tengo muchos remordimientos, exceptuando aquéllos, enormes, hacia mí misma: por haberme administrado tan mal, por haber tirado por la borda posibilidades que las circunstancias me habían puesto al alcance de la mano, por haberme sentido mortificada demasiado a menudo en favor de los demás. En cambio, no tengo ni un solo remordimiento en lo referente a mis padres: les di todo el amor posible y era mucho; todo el que se merecían.

Aquella carta preocupante, que llegó mientras empezaban a nacer en mí la incertidumbre y la nostalgia, me provocó una angustia insoportable: ¡que se fueran al traste América, la moda, las ocasiones que se me ofrecían, incluso el nuevo amor con el galán misterioso! ¡Quería partir, quería volver a casa, cuanto antes! No estoy dramatizando mis sentimientos de entonces, como podría ocurrir debido a esa lente deformante que es el tiempo: han pasado casi cuarenta años, pero yo tengo aquí delante de los ojos un documento de rara *pietas filiale* que al releer hoy, en tiempos de graves crisis familiares, me parece bastante conmovedor. Reproduzco casi por entero una carta mía fechada el 12 de agosto de 1947:

«... y decídmelo, por favor, qué medicinas tengo que llevaros. Comprenderéis que todo lo demás me importa bastante poco, pero de vuestra salud vivo, y si puedo contribuir, aunque sólo sea un poco, a mejorarla, lo único que pido es prescindir de ciertas cosas relativamente útiles en aras de algo necesario. Os lo ruego una vez más, no escatiméis nada que pueda seros de ayuda, cuidaos, cuidaos, tratad de mirar la realidad y veréis que no hay nada más importante, para mí y para los demás, que vuestro bienestar físico. Yo tengo grandes ideas para mi regreso, y me voy a dedicar a ser la gobernanta severa, porque ahora nos toca a nosotros, los jóvenes, y vosotros no debéis hacer más que descansar y descansar. Sin duda, papá sabrá encontrar el modo de que me dedique a hacer cosas útiles para él, que le ahorren fatigas, rabietas o problemas, y eso es lo único que deseo. Puede que no os deis cuenta de lo mucho que os quiero, porque las palabras no bastan, pero si os digo que os adoro es la pura verdad, y la adoración es admiración, amor y respeto. Vosotros sois lo más preciado que tengo en el mundo, todo lo demás es secundario. No pido otra cosa que poder ayudaros, moral y materialmente. Mi éxito personal pasa a un último plano frente a este deseo, que es legítimo y comprensible. Para mí, vosotros sois mucho más importantes que yo misma, y es, por lo tanto, lógico que ahora no piense más que en vosotros y en cómo organizar vuestra vida y la mía para que yo pueda por fin ayudaros a vosotros, y no vosotros a mí, como habéis hecho siempre. Para todo ello tenéis que poner también vuestra mejor voluntad y convenceros de que no va contra la naturaleza que en un momento dado los hijos sirvan de sostén a los padres. De otras muchas cosas, y de los detalles, hablaremos de viva voz, pero me gustaría que aceptarais esto como algo que no tiene vuelta de hoja. La lejanía me ha hecho ver con toda claridad muchas cosas, y ésta es mi conclusión».

Tres días después de haber enviado esta carta tuve la suerte de encontrar plaza en un avión directo a Nueva York. Era el 15 de agosto, hacía un fresco delicioso y partí con un vestido de lana ligera y un pequeño abrigo. Cuando el avión se detuvo en Chicago se me ocurrió dar una vuelta por el aeropuerto para desentumecer las piernas. Nada más llegar a la portezuela, desde tierra me llegó tal oleada de calor que creí ahogarme. Volví a entrar a toda prisa y pensé con tristeza que tendría que haberme acostumbrado a aquel clima infernal: en Nueva York sería el mismo, y desde allí a saber cuándo podría emprender el viaje de regreso.

# REGRESO A ITALIA

Llegué a Nueva York justo en pleno apogeo de una de aquellas olas de calor que recordaba como auténticas pesadillas. En el aeropuerto de Chicago había tenido una pequeña muestra, pero pude resguardarme al instante dentro del espacioso y refrigerado barrigón de nuestro aeroplano. Ahora, una vez dentro del apartamento donde, como una madre amorosa, me esperaba aquella santa mujer que era la señora Romagnoli, estaba otra vez inmersa en ese insostenible e inmenso baño turco que es Nueva York en verano, cuando la ola de calor húmedo te corta el aliento.

No conseguía acelerar las mil cosas que debía hacer antes de la partida, de modo que me pasé dos días enteros en la piscina pensando una y otra vez en la dulce y perfumada frescura de mi amada California. Pero tenía que apresurarme y tocar todos los resortes posibles para conseguir encontrar un pasaje a Italia. No era cosa fácil, en aquellos tiempos ni siquiera se pensaba en los aviones: las líneas ya en funcionamiento para Europa eran poquísimas, y lo más seguro es que sus precios fueran prohibitivos.

Me pasé días enteros localizando a personas que había conocido y que podrían ayudarme, pero parecía una empresa realmente desesperada. Encontré el mismo mercante que me había fascinado hacía unos meses, cuando para mí todo tenía el aspecto de una aventura y consideraba que no podía haber nada más excitante que un viaje con destinos sorprendentes: aquí la carga del azúcar, allí la descarga; se carga café y se desembarca quién sabe dónde. Un poco aquí y otro poco allá, quién sabe cómo, quién sabe cuándo: qué emoción, un viaje así. Pero ahora, cuando ya no se trataba de aventuras sino de una realidad a la que había que hacer frente con rapidez y coraje, los mercantes estaban fuera de toda discusión y las plazas de los transatlánticos, reservadas.

¿Cómo me las arreglaría para dejar aquella bendita América? A fuerza de tocar resortes, de poner miradas seductoras y de encomendarme con las manos juntas, alguien se conmovió y conseguí plaza en un camarote para cuatro, precisamente en aquel *Vulcania* que me había traído a Nueva York casi un año y medio antes, en medio del rebaño, obscuro por demás, de aquellas esposas de guerra. Ahora el *Vulcania* había sido renovado por completo, lo habían limpiado y desinfectado, embellecido y desodorizado: había recuperado su aspecto de transatlántico de lujo después de haber sido mortificado como buque transportador de tropas y burdel navegante. Pero tenía que esperar un mes.

Lo dediqué a liquidar mis ahorros, comprando todo aquello que a mi parecer pudiera serles de utilidad a los míos o a quien estuviese necesitado de ayuda.

Hacia un paquete tras otro, recogía cosas de los amigos, compraba sopas de lata, azúcar, medias de nailon, botas de goma, calcetines, *pullovers*. Iba todos los días a correos, y tuve que adquirir otro gran baúl para meter todo lo que llevaría conmigo. Me gasté hasta el último centavo. Visto que ahora no quería depender de mi familia, pensaba que tenía que llevar a Italia algo para vender a *precio de costo*. ¿Ruedas de coche? «Aquí», escribí a los míos, «sólo cuestan doce dólares, e incluso en el más negro de los mercados negros eso son menos de doce mil liras. ¿Creéis que podría encontrar compradores para raquetas de tenis?».

Naturalmente no compré ninguna de aquellas locuras. ¡Ya sólo me faltaban neumáticos y raquetas de tenis en aquella especie de almacén en que se había convertido mi habitación!

Recibí mejores noticias de mi familia y las semanas pasaron bastante rápido y sin angustias.

Dos días antes de mi partida, llegó, inesperadamente, el misterioso galán latinoamericano, que había delegado en algún otro la tarea de regar el jardín californiano de mis tíos. Qué gran cosa es el amor: conseguía incluso proporcionar el dinero para aquella maravilla de viaje. Durante aquellos dos días que nos quedaban pasamos alguna estrechez. La última comida la hicimos en una pequeña pizzería napolitana del puerto, no lejos del muelle donde estaba atracado, resplandeciente y lujoso con su renovada vestimenta, mi *Vulcania*. Pedimos dos pizzas, que allí hacían enormes, y luego hurgamos en nuestros bolsillos esperando tener dinero suficiente para pedir otras dos. Tal vez lo hubiéramos conseguido, pero antes incluso de pedir las, las vimos llegar a la mesa. Nos llenamos el estómago y pedimos la cuenta, pero la cuenta no llegaba. En cambio, vino hasta nuestra mesa un hombretón alto y grueso, con un gran gorro blanco y el delantal hasta los pies. «¿Lo he oído todo, sabe?», me dijo. «La envidia, porque dentro de diez días verá usted Nápoles. ¡A la comida invita la casa, pero tiene usted que prometerme que saludará a mi ciudad de mi parte!» Estaba conmovido y lo abracé, y cuando llegué a la puerta y me volví, vi que se restregaba los ojos con el pañuelo.

El camarote que me habían asignado en el *Vulcania* me pareció grande y cómodo. Puede que fuera el mismo en que nos apiñábamos las once esposas de guerra en el viaje de ida. En cualquier caso, el camarero era el mismo: nos reconocimos al instante y me contó varias cosas de aquellos viajes de castísimas esposas. Me dijo que las más desenfadadas eran las francesas y las italianas, y que, cuando el buque llegaba a Nueva York, ninguno de los miembros del personal de a bordo bajaba a tierra: sólo querían dormir y dormir.

Ahora mis compañeras de camarote eran dos señoras muy ancianas, de las que no recuerdo lo más mínimo, y una guapa muchacha siculoamericana cuyos padres la mandaban a conocer a sus abuelos a Sciacca. Llevaba vestidos muy escotados, hablaba de sus *flirts*, masticaba chicle y hablaba con un dialecto siciliano bastante contaminado y salpicado de *slang* neoyorquino. La puse en guardia sobre ciertas actitudes y se rio en mi cara. La segunda generación de italianos estaba ya americanizada del todo (tres días después de mi llegada a Italia recibí una llamada telefónica desde Sciacca: era ella, me contó que regresaría a América de inmediato, porque no se encontraba lo que se dice nada bien en la Edad de Piedra. Era de prever).

Una vez instalada en mi camarote, subí al puente para despedirme de Nueva York. Estaba atardeciendo y el famoso *skyline* empezaba a salpicarse de luces, aquellas mismas luces que quince meses antes me habían parecido de cementerio. Dejaba América, pero le decía hasta pronto. No sabía aún que, sin embargo, se trataba de un adiós. Agarrada al parapeto del puente de popa veía cómo la ciudad se disolvía lentamente. Se disgregaban las puntas agudas de los rascacielos, ya no se veían aquellas líneas que conocía, las miríadas de luces se iban haciendo cada vez más pequeñas, hasta que se confundieron en una única gran mancha luminosa que, poco a poco, se apagó del todo.

La primera vez que había visto Nueva York surgía triunfante al sol, yo estaba llena de esperanzas, amaba a mi marido, me entusiasmaba la idea de iniciar mi verdadera vida de mujer en un país nuevo, rico, libre de los fantasmas horrorosos del odio, del hambre, de la muerte. Un país que no olía a guerra, a pólvora y a sangre, una tierra intacta, donde todo aquello se conocía sólo de oídas, donde nada había sido devastado, excepto el corazón de quien había perdido a un ser querido, pero muy lejos, en una realidad desconocida y ni siquiera imaginada.

En aquella tierra yo había vivido durante casi un año y medio y había conocido la soledad y la desesperación, había llorado y sufrido, había observado en mí la rendición total y el renacimiento, había maldecido mi suerte y había ensalzado mi fortuna, había encontrado amigos y amores. ¿Cómo podía ahora juzgar a aquel país, cuando las experiencias que deberían haber sido de una vida entera se habían visto constreñidas al breve transcurso de tan sólo un año y medio? Me habría gustado sacar algunas conclusiones al dejar aquel continente que me había rechazado y luego acogido, pero no conseguí pensar racionalmente: se agolpaban en mi memoria retazos de acontecimientos, de aventuras, de encuentros y desencuentros, en un desordenado amasijo donde se alternaban la melancolía y la felicidad, el dolor y la alegría.

Dejé que todas estas sensaciones volvieran a mí sin reducirlas a ningún esquema mental. Lo que sabía era esto: América no era mi patria, y a menudo había criticado su mentalidad y no había comprendido su cultura, pero muchas personas me habían abierto sus brazos en los momentos difíciles, así que había encontrado ayuda y consuelo. Dejaba América con añoranza. Si en aquel momento hubiese sabido que nunca más volvería, puede que la hubiera dejado con dolor. Aquella tierra había abierto todos los caminos a mi juventud desbordante, a mis entusiasmos y quizá también a mis capacidades. ¿Qué encontraría en mi patria a mi regreso? Me conmovió aquel pensamiento, sentí que me inundaba una ola de ternura y de amor por mi pobre país semidestruido, empobrecido, desalentado. No debía volverme atrás, debía olvidar toda mi aventura, debía dirigirme a proa y mirar hacia adelante, hacia Europa, hacia Italia que valerosamente volvía a levantar la cabeza entre montones de ruinas. Hacia allí debía dirigir mi mirada, donde todo era agotador y difícil, donde todo estaba por reconstruir, todo por rehacer.

Cuando llegamos al golfo de Nápoles aún no había amanecido, y en la noche apenas rozada por un débil claror, vi desfilar a través del ojo de buey veloces y grandes

grupos negras, como de joviales animales marinos: eran Ischia, Capri y Procida. Corrí hasta el puente tal y como estaba y vi surgir el sol sobre Amalfi. Todo era de una belleza inaudita.

Aquella tierra se me apareció como sumergida en un baño de oro fundido, y tuve la impresión de que el golfo me abría los brazos y yo podía ir a su encuentro sonriendo de felicidad.

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR  
EL DÍA 14 DE NOVIEMBRE DE 2013.

## Notas

<sup>[1]</sup> Ciriaco de Mita, político italiano de prolija trayectoria, fue Jefe del Gobierno italiano desde el 13-4-1988 al 22-7-1989. (Esta nota y las siguientes son del traductor.)<<

<sup>[2]</sup> Se refiere a la Fuente del Elefante, auténtico símbolo de la ciudad, que se alza en el centro de la plaza del Duomo. Una de las muchas leyendas que giran a su alrededor dice que tocar al elefante trae suerte y dinero.<<

<sup>[3]</sup> Región de la Toscana donde se encuentra el famoso Observatorio de Astrofísica del mismo nombre.<<

<sup>[4]</sup> Conocida cadena italiana de tiendas de ropa, menaje del hogar, cosmética y perfumería cuyos locales se extienden a lo largo de toda Italia.<<

<sup>[5]</sup> En español en el original.<<

<sup>[6]</sup> White Shadows in the South Seas, 1928, de Robert Flaherty y W. S. Van Dyck.<<